



586.

GENEALOGIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA

Continuación de la vida de este famoso sugeto... Imprinta Real. Madrid. 1792.
2 T^o en 1 vol. Enc. Pergamino, In 8^o
Total 1 vol.



9 Hojs incluidas portada. 201 fags.

3 Hojs. incluidas portada 257 fags

R. &

112

GENEALOGÍA
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

T. 1129302 C. 71295769

CHINESE

DE CHINESE DE CHINESE

cat.

III - D - 10

GENEALOGÍA

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

CONTINUACION

DE LA VIDA DE ESTE FAMOSO SUGETO,

POR SU HIJO

DON ALFONSO BLAS DE LIRIA.

RESTITUIDA

A LA LENGUA ORIGINAL EN QUE SE ESCRIBIO

POR EL TENIENTE CORONEL

D. BERNARDO MARIA DE CALZADA.

TOMO I.



CON LICENCIA.

MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1792.

R. 766



GENEALOGIA

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

CONTINUACION

DE LA VIDA DE ESTE FAMOSO SEÑOR,

POR SU NIÑO

DON ALONSO BLAS DE LIRIA.

RESTITUIDA

A LA LENGUA ORIGINAL EN QUE SE ESCRIBIO

POR LA PRIMERA VEZ

D. BERNARDO MARIN DE CALZADA.

TOMO I



CON LICENCIA

DE LA IMPRESA REAL

AÑO DE 1782



R. 141686

EL TRADUCTOR.

A LOS LECTORES.

Años ha que llegó á mi noticia la existencia de un libro Francés, anónimo, que aseguraban ser la verdadera continuacion y conclusion de las aventuras de Gil Blas de Santillana, robadas á España por *Le Sage*. Desde entonces concebí deseos y esperanzas de poderle leer algun dia; y, con este fin, di muchos pasos, bien que inútiles. Pero, quando ménos lo esperaba, tuve el gusto de que un buen amigo mio, dueño de una vasta y escogida biblioteca, me franquease el apetecido libro, no solo para leerle, si no tambien para traducirle.

le. Empecé su lectura con desconfianza, mas la acabé con satisfacción; porque ví que el estilo de la obra, el tejido natural de los sucesos, el punto desde donde se parte para continuarla, su sana moral, y la sátira fina de las costumbres del tiempo en que se escribía, eran partes constituyentes del manuscrito español, que pasó los Pirineos para hacerse Francés. El estilo del original es el estilo mismo del que traduxo y acomodó á su lengua Francesa las aventuras de Gil Blas de Santillana; y salen al apoyo de esta, mas que presuncion, evidencia, aquellos ciertos modos de expresar los conceptos, que caracterizan los escritos de un autor. Confio en que mis lectores serán de
igual

igual dictamen luego que hubieren leído (aunque harto desfigurados por mi traduccion) los dos tomos que les presento , como los únicos , que , hasta ahora , pueden , con justicia , llamarse continuacion de las aventuras de Gil Blas.

Leida , pues , la obra , me resolví á traducirla , sin otra intencion que la de conservarla manuscrita. Así lo verifiqué , y quedó sepultado entre mis papeles el trabajo , temeroso de empalagar con él al público , acostumbrado á leer la hermosa traduccion , en quatro tomos , de las aventuras de Gil Blas , debida , en su mayor parte , al célebre Padre Isla , cuya superioridad reconozco y venero. Mas , vista la reciente publicacion de los tres tomitos , que se han añadido á los

-AT

qua-

quatro antiguos , gradué mi silencio de pública defraudacion ; y , por tanto , me determiné á dar á luz el manuscrito , para que , cotejadas ambas continuaciones , se declarase el público á favor de la que mas le agradase . Quales hayan sido las razones del autor para publicar anónimo su libro , ni me compete averiguar , ni seria posible conseguir . Está impreso en Amsterdam , año 1744 , y adornado con lámi-

T A B L A

DE LOS CAPITULOS

CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LIBRO PRIMERO.

- CAPITULO I. *Educacion de Alfonso.*
Llega Scipion de América. Pag. 1.
CAP. II. *Ingratitud castigada.* 21.
CAP. III. *Continúa la historia de la*
Condesa de Albano, y de Don Pe-
dro Patillos. 79.

LIBRO SEGUNDO.

- CAPITULO. I. *Aventuras del Señor*
Scipion. Su viage á Vera-Cruz,
y desde allí á México. Historia
del Conde de Xerez, y de Don
Alfonso. Como hizo amistad con
ellos en el camino. 117.
CAP. II. *Que el lector podrá pasar, ó*
no, segun gustare. 146.

CAP. III. <i>Relacion de una fiesta extraordinaria, que no se espera, en el camino de México.</i>	161.
CAP. IV. <i>De un mal nace un bien, ó el Diablo hecho santo.</i>	183.

LIBRO PRIMERO.

Capitulo I. <i>Relacion de Nipona.</i>	
Cap. I. <i>Relacion de Nipona.</i>	1.
Cap. II. <i>Relacion de Nipona.</i>	21.
Cap. III. <i>Relacion de Nipona.</i>	31.
Cap. IV. <i>Relacion de Nipona.</i>	41.
Cap. V. <i>Relacion de Nipona.</i>	51.

LIBRO SEGUNDO.

Capitulo I. <i>Relacion de Nipona.</i>	
Cap. I. <i>Relacion de Nipona.</i>	117.
Cap. II. <i>Relacion de Nipona.</i>	140.

SUBSCRIPTORES.

- Sr. D. Francisco Noguera.
Sr. D. Juan Aguirre.
Sr. D. Manuel Abad.
Sr. D. Nicolás Herencia.
Sra. Doña Rosalía Portocarrero.
Sr. D. Joseph María de Aristigui.
Sr. D. Joseph María Valiente.
Sra. Doña María Bernarda Guinea y Ter-
ran.
Sr. D. Gaspar de Montoya.
Sr. D. Juan de la Cruz Rodríguez.
Sr. D. Joseph Sanz Auñón.
Sr. D. Francisco Andrés, Presbítero.
Sr. D. Simon de Roxas.
La Excma. Sra. Condesa de Siruela.
La Sra. Marquesa de Mejorada.
Sr. D. Miguel Ibero.
Sr. D. Juan Antonio del Valle.
Sr. D. Juan Esteban de Escauriazza.
Sr. D. Ignacio Adan.
El Sr. Conde de Pozos-Dulces.
Sr. D. Gaspar de Lerin.
Sr. D. Juan de Gamboa.

La Sra. Marquesa de Ovieco.
Rev. Padre Fr. Francisco del Moral.
Sr. D. Mariano de Blancas.
Sr. D. Francisco Diez Catalan, *por seis juegos.*
Sr. D. Fausto Antonio Rodriguez.
Sr. D. Vicente Lopez de la Morena.
El Excmo. Sr. Conde del Castillejo.
Sr. D. Santiago Gutierrez de Alintero.
Sr. D. Manuel Samaniego.
Sr. D. Blas Gil.
Sra. Condesa de Villaorquina.
Sr. D. Juan Manuel Villoslada.
Fr. Manuel Regidor.
Sr. D. Juan Manuel Corona.
Sr. D. Joseph Domingo Cester.
Sr. D. Lorenzo Polo.
Sr. D. Joseph Ortiz.
Sr. D. Manuel Francisco de Sojo.
Sr. D. Lucas Herrero.
Sr. D. Pedro Arnal, Arquitecto.
Sr. D. Manuel Joseph Marin.
El Rev. Padre Fr. Felipe Candamo.
Sr. D. Joseph Trelles.
Sr. D. Manuel Moresqui.

- Sr. D. Joaquín Moreno de Loaisa.
Sr. D. Antonio Lopez Chaparro, Presbí-
tero.
Sr. D. Agustin Plácido Zanon.
La Sra. Marquesa de Guadalcazar.
Sr. D. Joseph Antelo y Villoria.
Sr. D. Bartolomé Gonzalez del Campo,
por dos juegos.
Sr. D. Francisco Marin, *por dos juegos.*
El Sr. Conde de Villafuente.
Sr. D. Joseph Miguel Segoviano.
Sra. Doña Micaela Afan de Rivera.
El Rev. Padre Maestro D. Blas de Linares,
General del Orden de Premonstratenses.
Sr. D. Manuel Trabuco Belluga, Dean de
Málaga.
Sr. D. Vicente Martinez.
Sr. D. Felipe Antonio Fernandez de Va-
llejo.
Sr. D. Fernando Becerra.
Sr. D. Joaquín Lopez Conesa.
Sr. D. Joseph Franco.
Sr. D. Joseph Asensio.
Doct. D. Tomas Pablo Palanco.
Sr. D. Ventura Lozano.

Sr. D. Juan de Abenojar.
El Padre D. Fernando Pamplona.
Sr. D. Segundo Serna.
Sr. D. Jayme Cassoa.
Sr. D. Máteo de Galvez, Presbítero.
Sra. Doña Alexandra del Castillo Espiau.
Sr. D. Joseph María Cabrer.
Licenciado D. Antonio Gill de Albornoz.
Sr. D. Juan Antonio de Irusta, Presbítero.
Sr. D. Manuel Herrera.
Sr. D. Juan de Villanueva.
El Sr. Marques de Gastañaga.
Sr. D. Pedro Joseph Rodriguez.
Sr. D. Vicente Aviles.
Sr. D. Rafael Boulet y de Velasco.
Sr. D. Sebastian de Zumaran y Sobrino.
Sr. D. Joseph de Chinohurreta.
El Sr. Conde de la Estrella.
Sr. D. Francisco Joseph Peralta.
Sr. D. Antonio Lopez Doriga.
Sr. D. Francisco de Aguilar y Ribon.
Sr. D. Manuel Casal.
Sr. D. Zirilo Cros.
Sr. D. Miguel de Oñatibia.
Sr. D. Diego Tirao.

- Sr. D. Joseph Fernandez Espriella.
Sr. D. Francisco Piqueres.
Sr. D. Joseph Perez de Montalvo.
Sr. D. Manuel Joseph Herrero.
Sr. D. Joseph Savid , *por doce juegos.*
El Padre Abad de Corias.
Sr. D. Joseph Agustin de Osoro , Presbí-
tero.
Sr. D. Domingo Alcalá.
Sr. D. Miguel Dieguez , *por dos juegos.*
Sr. D. Eulogio Argüelles.
Sra. Doña María Marina de Cozar.
Sr. D. Joseph Herranz y Mendez.
Sr. D. Felipe Perez de Ayala.
El Sr. Marques de Villet y Mianes.
Sra. Doña María Luisa de Velo y Arce.
Sr. D. Vicente Holcina y Sanchez.
Los Sres. Berad y Compañía , *por catorce
juegos.*
Sra. Doña Teresa Gutierrez.
Sr. D. Agustin Vicente Mascareñas.
Sr. D. Pedro Gutierrez Iturralde.
Sr. D. Pedro de Hazas.
Sr. D. Miguel de Veles.
Sr. D. Miguel de Ibarra.

Sr. D. Miguel Ferris.
Sr. D. Julian Suarez y Freyre.
Sr. D. Mariano Antonio Manso.
Sr. D. Manuel Comis , *por doce juegos.*
El Padre Fr. Tomas de la Virgen.
Sr. D. Magin Valle-Espinosa.
Sr. D. Gregorio Saez Navarro.
Sr. D. Alfonso Cortés.
Sr. D. Vicente Vazquez.
Sr. D. Francisco Xavier Martinez de Es-
pronceda.
Sr. D. Francisco Joseph Bernal.
La Biblioteca del Colegio Seminario de
Orihuela.
Sra. Doña María Manchado.
Sr. D. Clemente Muñana.
El Sr. Marques de S. Rafael.
Sr. D. Andres Luengo.
Sr. D. Manuel Bustamante.
Sr. D. Juan Antonio Sedano.
Sr. D. Francisco Argüelles.
Sr. D. Manuel María de Aguirre.
La Excma. Sra. Condesa de Torrepalma.
Sr. D. Antonio Mellado.
Sr. D. Manuel de Lardizabal.

Sr. D. Miguel de Lardizabal.
El Excmo. Sr. Príncipe de Castelfranco.
Sr. D. Pasqual Yannito.
Sr. D. Francisco Bringas.
El Rev. Padre Fr. Pedro Centeno.
Sr. D. Teodoro Dumont.
La Excma. Sra. Condesa de Montalvo.
El Excmo. Sr. Duque de Sotomayor.
Sr. D. Antonio Lavedan.
El Rev. Padre Fr. Gabriel Gonzalez.
El Sr. Marques de Zerverales.
Sr. D. Ramon Hernandez.
Sr. D. Francisco Ignacio de Sagasti.
Sr. D. Joseph Benito de Montenegro.
Sr. D. Egmidio Girona.
Sr. D. Joseph Antonio de Luzarranza.
Sr. D. Juan Beltran.
Sr. D. Francisco Silvestre.
Sr. D. Pedro Campos.
El Sr. Vizconde de Irueste.
Sr. D. Diego Juan Mateo Garcia Alcaran.
Sr. D. Zeledonio Ruiz y Rustriaga.
Sr. D. Antonio Caveza.
Sr. D. Juan de Velasco.
Sr. D. Joseph Cárlos de Holmedo, Presbí-
tero.

Sr. D. Joaquín María de Errazquin.
El Excmo. Sr. Marques de Mortara.
Sr. D. Manuel Monjarres.
Sr. D. Manuel Losada y Quiroga, *por sesenta juegos.*

VIDA
DE D. ALFONSO BLAS DE LIRIA,

HIJO DE GIL BLAS DE SANTILLANA,

En la qual se completa la obra de su famoso padre.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

Educacion de Alfonso. Llega Scipion de América.

Publicadas ya por mi padre sus aventuras, me pareció necesario dar, como voy á darla, noticia de nuestra familia, (quiza no esperada) por el humilde concepto que puede haberse formado de ella. El público, que ha recibido con tanto aprecio la obra de mi padre, y que continúa manifestándola su aprobacion, verá, que, si mi origen no es del todo limpio, por parte de mi padre, es limpiísimo por la de mi madre, pues cuenta una

larga serie de ascendientes ilustrísimos. En efecto, dicha Señora fué de una familia sin mezcla de sangre Mora ni Judía: honra de que pocas casas, aun entre las mas ilustres, pueden gloriarse. Aparte de esto, tenia conexiones con las mas de las principales casas de España. Tuvieron mis padres dos hijos. Yo soy el menor. Desde la edad de cinco años me educáron en casa de Don Alfonso, mi padrino, quien, por hallarse sin hijos, me pidió á mis padres, y les prometió, no solamente encargarse de mi educacion, si no tambien de mi fortuna y establecimiento.

Poco despues de la desgracia del Conde de Olivares, tuvo el Rey por conveniente dar á otro el Vireynato de Aragon, que mi patron servia. Esto se hizo á estilo de Corte, quiero decir, elogiando mucho á mi padrino, por lo bien que habia desempeñado sus funciones en tan eminente puesto, y sazónando el elogio con una pensión proporcionada á su nacimiento y dignidad. Se retiró á sus ha-

ciendas , y en ellas pasaba una vida quieta y solitaria , en quanto era compatible con una persona de su clase y calidad , generalmente estimada de todas las gentes del pais. Pasaba lo mas del tiempo en su biblioteca , ó en conversacion con Doña Serafina , su esposa , aficionadísima á las Matemáticas , ó bien con su Capellan , hombre de lectura , científico , modesto , y solidamente piadoso. Tenia , ademas , en su compañía á un Caballero Aleman , sugeto de juicio , que picaba en Filósofo , poseia medianamente las lenguas muertas , y hablaba , con regular facilidad , algunas de las principales de la Europa. A este pidió Don Alfonso que tomara á su cargo mi educacion. El buen Caballero se me aficionó tanto , que casi de continuo me tenia entre sus brazos. Como siempre hablaba latin , apénas cumplí ocho años quando hablaba yo dicha lengua casi mejor , y con mas facilidad , que la Española. Mi ilustre patron , que honraba á mi padre con su proteccion y benevolencia , iba , de tiempo en tiempo , con Doña Serafina ,

á pasar un par de meses en Liria; y se llevaba tambien consigo al Capellan, al Caballero Aleman y á mí.

Pasáronse los años primeros de mi educacion entre cuidados, atenciones y caricias, que no traspasáron los justos límites prescriptos por la prudencia y el discernimiento. A los trece años, ya poseía, igualmente bien, las lenguas Latina, Alemana, Italiana y Francesa, ademas de mi lengua materna. Entónces juzgó Don Alfonso, que ya era tiempo de ponerme en la Universidad de Salamanca. Envióme á ella baxo la direccion de Don Juan de Steinbock, que así se llamaba el Caballero Aleman encargado hasta entónces de mi educacion, y nos dió, para nuestro servicio, dos criados de librea.

Mi Preceptor, que me amaba como padre, trabajó mucho para adelantarme en los estudios. No descuidó cosa que pudiera contribuir á inspirarme, á tiempo, sentimientos honrados y justos. En una palabra, puso toda su atencion en hacerme buen Christiano. A ninguna par-

te podia ir sin que me acompañara. No sufría que tuviese yo visitas, ni que me familiarizase con jóvenes de conducta sospechosa, cuyos malos exemplos pudiesen viciarme. Y como yo lo quería tanto por sus modos agasajadores, nada tenía para mí de repugnante aquel género de vida.

Tan contento me hallaba en su compañía como en la de los jóvenes de mi edad. Este prudente Ayo no me rehusaba entretenimiento alguno, que fuese honesto y conveniente; y se manejaba conmigo de tal manera, que el estudio mas me parecia diversion, que penosa tarea. No podría yo decir, con puntualidad, quanto nos pasaba Don Alfonso para nuestro gasto anual; pero ello es que teníamos tres buenos caballos, bien mantenidos; y yo siempre la bolsa tan bien provista, que compraba quantos libros quería, y hacia otros varios gastos; y, quando se me acababa el dinero, volvía á proveerme Don Juan, sin pedirme cuentas. Sabia muy bien como lo gastaba yo; y puedo decir, con verdad, que no mal-

1103

gas-

gaste una peseta en dos años que estuvimos en Salamanca, sin haber visitado todavía á Don Alfonso, ni á mis padres.

Era yo inclinadísimo al estudio, y me daba á él con tanto mas gusto, quanto mi amable Ayo procuraba allanarme todas las dificultades que me ocurrían; y, por lo mismo, nunca busqué pretextos para acortar las horas del trabajo. Empleaba el tiempo desocupado en aprender el dibuxo, cosa que me entretenía muchísimo; y tambien gustaba de pasearme con mi Maestro, y con un jóven llamado Don Joseph de la Cerda. Este llevaba consigo á un hidalgo, que cuidaba de su educacion, y de que no contragese amistades con sugetos de mala conducta, y de viciadas costumbres.

Era Don Joseph sobrino del Duque de Medinaceli. Hicimonos tan amigos, que por milagro no estábamos juntos en las horas de recreacion. Nuestros Ayo, ámbos honrados y eruditos, vivian tan unidos como sus educandos. Procurábamos

con frecuencia divertimos, y casi siempre comíamos juntos, ya en el quarto de Don Joseph, y ya en el mio. En fin, llegó el caso de que D. Alfonso nos llamase; pues, por lo que Don Juan le habia escrito de mis progresos en el estudio, juzgó ser ya tiempo de que yo viajase por la Europa, para estudiar en el gran libro del mundo.

Despedímonos de Don Joseph y de su Maestro; y mi amigo me honró con la oferta de continuarme su amistad y servicios, si alguna vez llegaba á necesitarlos. Al llegar á Leyva, tuvimos el gusto de encontrar allí reunidas las familias de Liria y de Juntella, convidadas por Don Alfonso y Doña Serafina, para pasar las Pasquas en aquella casa de campo.

No me detendré en el recibimiento que nos hicieron. Baste decir que fué tal qual podíamos esperarlo de un generoso patron, satisfecho de mi conducta, y de unos amantes padres, que habian pasado dos años sin ver á un hijo, que no les habia causado el menor disgusto.

Después de los primeros cumplimientos, pregunté por mi hermano. Dixéronme, que habia ido á pescar, y que, quando salia desde por la mañana á estas diversiones, no volvia hasta la noche. Don Juan de Juntella, mi tio, se complació en informarme de su genio: me lo pintó como un hidalgo lugareño, muy instruido en todo lo perteneciente á caza y pesca; que no tenía igual en toda la Monarquía para esto de conocer los caballos y perros mas aptos á la fatiga; que no habia hombre que mejor cazase; que no tenia compañero en la pesca; que en la caza tanto hacia á pluma como á pelo; y que el mas armonioso concierto de música no lisongeaba tanto sus orejas como los ladridos de una sarta de galgos. (Tan versado estaba en el idioma perruno). Que en la estacion de la pesca, prosiguió mi tio, hacia de toda especie de anzuelos para pescar con caña; que nadie conocia mejor que él; que especie de cebo correspondia á cada género de pescado; que en tiempo de perdi-

Des- ces

ces no cazaria, por el mundo todo, con perro que él mismo no hubiese enseñado; y que, en lo tocante á caza de redes, era tan delicado, que no se servia de red hecha por agena mano. En fin, segun mi amado tio, mi hermano era un Caballero de lugar completísimo. Apostaré, continuó mi tio, á que nunca irá á la Corte, porque lo tienen embelesado las delicias de la vida campestre. Y de hecho, añadió, solo en el campo se halla la felicidad verdadera; cosa facilísima de probar con exemplos de muchos personajes, que, despues de haber buscado largo tiempo la apetecida felicidad en medio del tumulto mundano, ó en la pompa y grandeza de la Corte, conociéron al fin lo vano de sus diligencias, y tomarón el sabio partido de buscarla en los inocentes entretenimientos de una vida campestre y retirada.

Por cierto, interrumpió mi padre, que, entre su madre y tú, me habeis perdido á ese muchacho. Yo por mí le hubiera dedicado á las Ciencias, y hecho de él

algo de bueno, para que hubiese sido de alguna utilidad á su patria, y dado un cierto realce á su familia, porque no dexan, á la verdad, de necesitarse relevantes virtudes para tapar la baxeza de mi nacimiento. Pero, ya se ve, por una parte mi señora muger, segun la laudable costumbre de las madres, no quiso que su hijo estudiara, temerosa de que se le alterase la salud; y por otra tú, con tu indulgencia, y con haber lisonjeado tanto su pasion á la caza, y á otros entretenimientos semejantes, has aumentado su pereza natural, y, por decirlo así, fortificado y fomentado su aversion al estudio, de manera, que solo podrá servir para exercer un vil empleo en alguna perrera ó caballeriza.— ¡Virgen Santa! exclamó mi madre: pues ¿no ves que el pobre niño se ha criado tan débil, que hubiera acabado con él la aplicacion? Y luego ¿de qué le servirian las Ciencias? Acaso ¿no tiene en la generosidad de Don Alfonso, y en lo que has ganado con tus servicios, mas de lo que necesita para

satisfacer la ambicion de todo hombre, que se contentare con lo necesario para las necesidades de la vida?.....Y aun puedes añadir, repuso el tío, mi hacienda de Juntella, porque ya ves que no tengo hijos.—Muy bien, dixo mi padre; pero, muger, ¿no te acuerdas de que tienes otro hijo? ¿lo has olvidado? Debo creer que sí, porque todo se lo das á Sancho. ¿Qué te ha hecho Alfonso?—Por eso no os inquieteis, interrumpió mi buen padrino; ¿no me lo habeis dado? Doña Dorotea me hace justicia, creyendo que serian superfluos los cuidados que emplease en Alfonso.

Hice una profunda cortesía á mi padrino, y, al ir á darle las mas humildes gracias, me ganó por la mano mi Preceptor. Si bastan, dixo á mi patron, para merecer la continuacion de vuestras finezas, sentimientos afectuosos, y agradecimiento sumo, salgo por fiador de que siempre tendrá en vuestra persona, Señor, un patron afecto y generoso.—Añadió Doña Serafina, que no dudaba de que Alfonso-

fonso, cuyo buen carácter conocia, y mas con las justas ideas inspiradas por Don Juan de Steinbock, diese cada dia á su padrino nuevos motivos de aplaudirse de su generosidad; si generosidad podia llamarse lo que, en substancia, era pagar en la persona del hijo una parte de lo debido al padre.

Miéntas estos cumplimientos, se habia preparado la cena, porque ya era tarde quando llegamos á Leyva. Preséntose á la sazón el Capellan, nos felicitó sobre nuestra llegada, y nos hizo á ámbos un cumplimiento corto, pero finísimo: á mi Ayo sobre lo mucho y bien que habia cuidado de mi educacion; y á mí sobre el modo con que habia correspondido.

Apénas nos sentamos á la mesa, quando llegó mi hermano de la caza. Por lo que mi padre dixo de él, formé tal idea, que, si no lo creí un rústico hecho y derecho, por lo ménos le gradué de un hidalgo grosero. De ello me resultó un agradable desengaño, quando, en vez de un labrador tosco, ví en él un jóven de bello

ayre, bien formado, galan, agasajador, urbano, juicioso, vivo y prudente. Embelesado quedé del cariñoso abrazo que me dió; y tambien del cumplimiento breve y expresivo que hizo á mi Ayo. Miétras la comida, solo atendí á los discursos y modales de mi hermano; y no quedó muy contento mi amorcillo propio de ver y conocer, que el hidalgo cazador me aventajaba en todo. Habíale acostumbrado mi tio, desde niño, á tratar con las gentes, llevándolo consigo á quantas visitas hacia; y manteniéndole en Jun-tella Maestros de bayle y de esgrima, sin contar que mi tio le habia enseñado por sí mismo á montar á caballo. No se hallaba en toda la Monarquía hombre que igualase á mi tio en la inteligencia de la equitacion. Era, además, muy dado á la historia; y mi hermano le leía por las noches, y aun los dias que el tiempo no le permitia salir á caza ó pesca; y cuidaba mucho Don Juan de que mi hermano notase en un quaderno los pasages mas esenciales. En aquellas lecturas

notaban , discurrían , censuraban ó elogiaban la conducta de los grandes hombres de que se trataba. Así se familiarizó mi hermano con la historia de casi todas las Naciones , y consiguió , sin ser literato , agradar en la conversacion.

Díxome mi hermano lo mucho que habia celebrado ver los buenos informes míos , enviados desde Salamanca por mi digno Preceptor ; y no solamente , continuó , por la sincera parte que tomo en todas tus cosas , si no también por la complacencia que hubo de causar á Don Alfonso , nuestro buen patrón , á quien debemos mucho ; y , finalmente , por el gusto de ver que correspondias á sus esperanzas , y que conocias el precio de la benevolencia y proteccion con que siempre te ha honrado. Respondí á mi hermano , asegurándole lo muy agradecido que vivia á dicho Señor , y lo persuadido que estaba á que , aun quando me sometiese ciegamente á sus voluntades , nunca reconoceria debidamente tantos beneficios.

Nues-

Nuestro bondadoso patron, que no gustaba de cumplimientos, nos interrumpió preguntándome: Alfonso, ¿leistes alguna vez el emblema de la liberalidad?—Si, Señor, le respondí.—Pues sabrás, continuó, que, quando dá, vuelve la cabeza á otro lado, en señal de que no aguarda agradecimiento alguno, y de que queda ampliamente recompensado un beneficio con la satisfaccion que, de haberlo hecho, le resulta á un corazon generoso. Alabo vuestro modo de pensar (nos dixo á ámbos hermanos); pero no me gusta esa conversacion; y, si quereis complacerme, dexareis la materia á un lado. Profirió estas palabras con ademan de imponernos silencio; y, mudando de asunto: Sancho, preguntó á mi hermano, ¿os habeis divertido mucho hoy? ¿en qué habeis empleado el dia? Señor, respondió mi hermano, he recogido para un buen plato de peces, que, de aquí á poco, verá V. S. sobre la mesa.

Acababa apenas de hablar, quando entró un page á decir á Don Alfonso, que el Señor Scipion, el de América, pedia permiso.

miso para besar las manos á S. S. Todos se llenaron de júbilo con semejante noticia. Mi tia , Serafina de Juntella , exclamó al instante: ¡Bendito sea Dios , y la Virgen santísima de Monserrat ! Ya llegó mi padre amado. Levantamos de mesa. D. Alfonso fué quien primero abrazó al recién llegado. Despues mi tia se arrojó á sus pies llorando tiernamente. Cada uno de por sí , y en especial mi padre , se atropellaba para felicitarlo sobre su venida , despues de doce años de ausencia.

Por fin , tocó á cada uno su vez de cumplimentarlo ; y mi tia Juntella le presentó mas particularmente á mi hermano y á mí. En seguida de esto , le sentó Don Alfonso á la mesa junto á sí. Hízole mil preguntas , y ninguno quedó corto en preguntarle.— Señor , dixo Scipion , quando V. S. tuviere lugar para oir mis aventuras , tendré la honra de contarselas menudamente. Por ahora me ceñiré á decir á V. S. que he sacrificado mi vida al amor que profeso á mi hija , y al agradecimiento que debo á mi patron el Se-

flor Gil Blas de Santillana, á quien tengo el gusto de ver con dos hijos, que prometen mucho y bueno.—Despues, volviéndose á mi tio: Señor Don Juan, le dixo, traigo de la Nueva España bastante dinero para añadir á la tierra de Juntella las que de ella enagenáron vuestros antepasados, y aun tambien para aumentarla con otras nuevas tierras. La Señoría de Xelva, que está entre Juntella y Liria, fué comprada, dos años despues de su enagenacion, por el viejo Pedro Rondillas, mi Agente en Madrid; pero el contrato está hecho en vuestro nombre. Lo he dexado con mis gentes y mi equipage en Liria, á donde llegué esta mañana.

Tanta priesa tenía yo de tributar mis respetos al Señor Don Alfonso, y á mi Señora Doña Serafina, y de ver á mi querido patron, á vos, y á mi hija, que apenas descansé dos horas; y aun tomé vuestros caballos, Señor Don Gil Blas, dixo á mi padre, porque estaba impacientísimo de llegar á Leyva. La adquisicion,

que he referido, me ha costado cien mil escudos: yo os la regalo, dixo á D. Juan, para indemnizaros, en algun modo, de lo que faltare á mi hija de nobleza. Todavía me reservo doscientos mil pesos. Y traigo, ademas, un regalillo de un collar, de hermosas esmeraldas de América, que espero me haga el favor de aceptar la Condesa de Leyva. Otro collar traigo tambien de gruesas perlas, redondas, y de bellas aguas, que ofrezco á Doña Dorothea. Y, en fin, algunas tapicerías, trabajadas en pluma, para el Señor Don Alfonso. A mi amado patron, el Señor Don Gil Blas, no le traigo mas que un corazon penetrado de agradecimiento y de cariño; pero á su hijo segundo le destino una bella hacienda, adquirida para él en México. Otra cierta cosa guardo, confiando en que no dexará de admitirla el hijo mayor. Y, despues de lo dicho, me quedan unos títulos de nobleza, adquiridos á costa de mi sangre, de mi suma vejez, y de las enfermedades inseparables de ella. (Bien se dexa conocer que el
buen

buen hombre tenia mucha razon en esto último).

Ved aquí, continuó , un compendio de mis cosas , miéntras se presenta ocasion oportuna de circunstanciarlas. Ahora pido la gracia de que ninguno prorrumpa en los cumplimientos , que su buen corazon le dictare : quanto he declarado es una obligacion con que he cumplido : ninguno se mueva de la mesa : ruegos que continúeis cenando , y que me dexeis ir al quarto , que se me hubiere preparado , á buscar el reposo que necesito , porque estoy sumamente cansado del viage.

Al instante mandó Don Alfonso á un criado , que acompañase á Scipion á la habitacion que le estaba destinada , supuesto que no queria que ninguno se levantara de la mesa. Con todo , por mas instancias que hizo , no pudo conseguir irse á su quarto sin mi padre ; bien que le dexó muy luego para que reposara , y volvió á la mesa.

La llegada del Señor Scipion , en tiempo de tan numerosa concurrencia , fué gran

gran motivo de alegría para todos, aunque algo alterado por la pena de verle tan caduco y enfermo, y de consiguiente tan cercano al fin de su carrera. Yo no estaba muy enterado de sus asuntos; pues solo oí hablar de él algunas veces á mi padre, y á mi tía, suponiendo que se hallaba en América. Manifesté deseo de enterarme de todo. No fué larga la conversacion despues de cena, pues cada qual se retiró á su quarto. Y como yo era recién venido, quiso mi hermano obsequiarme, y me acompañó al mio. Allí le pedí que me contase lo que supiese de las cosas del honrado Scipion.

Nada te puedo rehusar, me dixo; pero ya es muy tarde, y necesitas dormir. Su historia es algo larga; y así te ruego que suspendas tu curiosidad hasta que estemos en Liria. Entónces te mostraré un manuscrito de nuestro padre, que contiene toda su vida hasta tu nacimiento; y como las aventuras del Señor Scipion están tan encadenadas con las suyas, se refieren allí largamente, y bien circunstanciosamente.

tan-

tanciadas. Cedió á sus razones: me acompañó algunos minutos, para ver si necesitaba de algo, me dió las buenas noches, y se retiró á su cuarto.

CAPITULO II.

Ingratitud castigada.

Apenas apuntó el alba del siguiente dia, quando me levanté, segun lo acostumbraba en el Colegio. Como aun dormian todos, quise ver el estudio de Don Alfonso, donde me entretuve leyendo hasta que conocí que se habian levantado las gentes de casa. Pasé entónces á la sala, donde ya estaban Don Alfonso, Don Juan, y mi padre. Me pareció que hablaban de negocios serios; y, por lo mismo, no hice mas que saludarlos, y me fuí al patio grande de la casa, á ver á mi hermano montado sobre un hermoso caballo Turco, que manejó y trabajó con mucha gracia. Luego que me vió, se vino á mí, me saludó, y preguntó como ha-

bia

bia pasado la noche , añadiendo , con mucho cariño , que no habia entrado en mi cuarto , por creer que me hubiese levantado mas tarde. Maravillado quedó quando le dixé lo que habia madrugado , y que , por un motivo igual al suyo , no le habia buscado en su habitacion. Me preguntó si queria montar á caballo , para desayunarme con mayor apetito. Respóndile , que lo apreciaba mucho ; pero que aun no habia saludado al Señor Don Alfonso ; fuera de que tambien me parecia oportuno aguardar á que baxara el Señor Scipion.

Tienes razon , dixo mi hermano : no habia yo dado en ello ; y aun tenia intencion de almorzar contigo , y luego irme á buscar á D. Pedro Patillos , con quien tenia concertada para hoy una pesca en cierto parage del rio , que suele darla abundantísima. Pero le enviaré un lacayo disculpándome. Miéntas tanto esperame en el comedor. Esta es cabalmente la hora en que todos nos juntamos para tomar el desayuno.

A ese D. Pedro Patillos, le dixé, me parece haberselo oído nombrar á nuestra madre, y me engañaré mucho si no es pariente nuestro. Lo es efectivamente, replicó mi hermano, como hijo de un primo de Doña Dorotea: nos favorece con venir á vernos á Liria, y aun me honra con su proteccion; pues, por mas pariente que sea, debo usar de este término, hablando de un Caballero de su clase, tan superior á nosotros, y que se presta á ser nuestro amigo. Regresó de sus viages poco despues que partistes para Salamanca. Vino ya casado con una Señora Romana; y esta Dama es, al parecer de todos, la mas acabada hermosura que hay en toda España. Le ha traído un dote, que no hubiera parecido despreciable á algunos Príncipes Soberanos; y su mérito personal podria dar lustre al primer Trono de la Europa. ¿Ves todo esto? pues, mira, puedo decirte, sin ponderacion, que Don Pedro no desmerece de tenerla por esposa; porque es bien formado, galan, y de tan agradables facciones, que se concilia á pri-

primera vista el cariño. Su nacimiento es ilustrísimo, pues cuenta una larga série de abuelos, así paternos como maternos, que han ocupado los primeros puestos de la Nación, y sido condecorados con Encomiendas y Ordenes de Caballería. Basta ver sus modales para inferir su noble origen. Todos quantos lo conocen lo aman por su buen corazon: su conversacion es amable; y su dulzura, benignidad y complacencia, lo constituyen módelo de buenos maridos.

— Me lo pintas tal, dixé á mi hermano, que ya tengo ansia de conocerlo. Te pido que aproveches lá primera ocasion, ó que lá proporciones, para presentarme á él. Ya conocerás por lo que te quiero, repuso mi hermano, que habré sentido que te anticipases á pedirme lo mismo que yo deseo proporcionarte. Ademas de que su trato te gustará, hay tambien que podrá serte útil, pues es sobrino del Duque de Ossuna, de quien es hermana su madre. Ya sabes quan superior á otros es este Señor en nacimiento, bienes, títulos, y figura que en la

Cor-

Corte hace.—Si, le dixé: lo sé.— Pues aun es mas que todo eso, repuso mi hermano, por su virtud y mérito personal. Todo el mundo, de comun acuerdo, le tiene por un hombre de providad. Si es grande por su nacimiento, lo es todavia mas por sus esplendorosas virtudes. Ningun lustre participan estas de aquel. Nuestro nacimiento no es efecto de nuestra eleccion. La gloria que producen al Duque sus virtudes toda es suya, porque la saca de sí mismo, sin deberla á sus ascendientes, ni al favor de la Corte. Corresponden sus gastos al papel que representa en el mundo; pero en esto es diferentísimo de otros muchos, pues no grava en manera alguna al mercader, al trabajador, ni al artesano. El platero, el sastre, el fabricante de galones, y el guarnicionero, no necesitan humillarse á un mayordomo, á un ayuda de cámara; ó á un comprador, para buscar medios de ser pagados. En su casa todo es orden y regla. Satisface lo que debe con igual escrupulosa exâctitud que un comerciante honrado, que, para man-

tener su crédito , paga las letras en el mismo dia prefixado. Ultimamente , y para acabartelo de retratar en pocas palabras, tiene tantos amigos como personas le conocen; y si , por suerte , alguno le quiere mal , cosa difícil de creer , será sugeto con quien se avergonzarán de tratar todas las gentes de honra. Cierta dia me favoreció Don Pedro con llevarme á una casa de campo del Duque , donde estuve cerca de seis semanas. En ella noté el modo noble de recibir á los huespedes ; sin alterar la economía ; la verdadera grandeza de par con la cordialidad ; el fausto y el esplendor , acompañados de una afabilidad que le gana los corazones ; y , en fin , una caridad encendidísima , sin muestra alguna de ostentacion.

Su hijo , si creemos á los aduladores , (porque ¿ dónde falta esta gusanera ?) es de humor chistoso , alegre , magnánimo , valiente y de bello trato. Pero los que aman la verdad , mas que la lisonja , le pintan como un hombre que solo tiene la apariencia de dichas virtudes. Le motejan de

libertino, extravagante, pródigo, pendero, y excesivamente dado al vicio. Según ellos, mas que para instruirse, ha viajado para perderse. No tanto ha procurado conocer el mundo, y los intereses de varias Naciones, quanto recoger en sí los defectos particulares de cada una. Es, por exemplo, tan altivo como un Veneciano, tan vengativo como un Romano, tan petimetre como un Francés, tan vinoso como un Alemán, y tan orgulloso y lleno de buena opinion propia como un Ingles &c.

No creas que me mueva maledicencia genial á hacerte tan mala pintura de este Caballero. Sé que D. Alfonso piensa enviarte á la Corte, y no dudo que uno de sus criados sea procurarte la proteccion del Duque de Ossuna. Por tanto, me ha parecido del caso enterarte de lo que se piensa y se dice en el mundo del padre y del hijo.

Tan embelesado estaba mi buen hermano hablando conmigo, que se habia olvidado de despachar su caballo. Aun iba á continuar, quando llegó á decirnos

un page, que Doña Serafina había ya bajado á la sala. Entregó mi hermano su caballo al palafrenero, y llegamos á la sala quando tomaban chocolate. En aquellos tiempos era un regalo exquisito, no tan comun como hoy día, y que solo se gastaba en las casas de forma. El Señor Scipion preguntó por las mas de las familias de la vecindad, y, entre otras, por la del Conde de Fuente-buena. Respondióle Don Alfonso, que este buen Señor aun vivia, pero que habia dexado el Reyno de Valencia, retirádose á una hacienda que tenia en el Reyno de Murcia, y establecido en una bellísima casa de campo, que, por un lado, miraba al Mediterraneo, y por otro presentaba la mejor vista que cave en la imaginacion, por la agradable mezcla de un paisage lleno de bosques, florestas, prados, vergeles, sembrados, llanuras y colinas: todo sumamente variado, enriquecido de vergeles, que se perdian de vista, donde ya se presentaban olivos, ya naranjos, y donde la naturaleza parecia que superaba

al arte para hacer aquella morada deliciosa: sin hablar de los muchos arroyuelos de agua clarísima, cuyas orillas, esmaltadas de flores, mantenian una primavera interminable. Mas la hacienda que tenia aquí en nuestra vecindad, continuó mi tío, la cedió á su hijo Don Pedro Partillos, que tendria de trece á catorce años quando partisteis para América. Es un amabilísimo Caballero, y muy merecedor del tesoro que posee en la persona de su esposa. Solo os dire de paso, que la ha traido de Roma, donde casó con ella: es de familia distinguida, y hermosa sobre manera, realzándose esto con un mérito extraordinario, y con la bagatela de un dote de sesenta mil ducados de renta. Nuestro amigo Sancho podrá contaros su historia, que no dudo os divertirá. El está muy bien con dicha Señora, porque ha sabido ganarse la estimacion de Don Pedro, quien le ha contado todas las particularidades del suceso: ha estrechado más su amistad la circunstancia de ser tambien Don Pedro cazador, y muy inteli-

gen-

gente en todo lo relativo á pesca, y caza de páxaros. Me gustó tanto la historia que empené á Sancho en que la escribiese. El mostró despues á la Dama lo escrito; y ella lo recibió con aquella urbanidad, que tanto realza sus bellas prendas; y, ágradecida, le proporcionó copia de las dos únicas cartas escritas entre ella y Don Pedro, quando éste la pretendia. Las copió del original Italiano; y el Padre Don Gerónimo, nuestro respectable Cura, las trasladó al Español. De ninguna manera dudo, continuó hablando con mi hermano, que dareis mucho gusto al Señor Scipion, y á otros de la concurrencia, si les proporcionais la lectura de vuestra obra. Os aseguro, dixo hablando con todos, que nuestro amigo Sancho no escribe muy mal para no haber cursado en las Universidades.—El Señor Scipion fué quien primero aseguró que la oiria leer con grande complacencia. Oir esto, y correr mi hermano á traer el manuscrito, todo fué uno. Entónces dixo Don Alfonso: miéntras nuestro autor

di-

divierte con su lectura á los que ignoran su contenido, nosotros, que ya lo sabemos, daremos una vuelta por el bosquecillo. Muy bien, replicó la Condesa de Leyva, y con eso Doña Serafina de Juntella y yo nos iremos á nuestro tocador.

De manera, que no quedáron á mi hermano mas oyentes que el Señor Scipion, mi Maestro y yo. Abrió su manuscrito, y para darse, en tono de chanza, cierto ayre de autor, nos hizo un preambulillo sobre que no hallariamos en su obra aquel estilo castigado con que debiera haberse escrito.—Iba mi Preceptor á responderle, quando el Señor Scipion, que no entendia de cumplimientos, le pidió que empezara sin mas ceremonias. Entónces mi hermano leyó la historia tal qual aquí se narra, y qual la copié del mismo original.

Historia de la Dama Romana,

6

la ingrátitud castigada.

El Conde de Albano, y el Marques de Castruccio, eran dos Señores jóvenes, descendientes de dos ilustres casas. El primero, aunque tan jóven, disfrutaba ya de un rico patrimonio; y el segundo ni aun podia pasarlo medianamente, léjos de hacer una figura proporcionada á su nacimiento, pues era hijo de un padre, que se habia arruinado con el juego, y otros gastos disparatados, en que dan muchos sujetos distinguidos, que, faltos de buena educacion, no saben lo que es un pensamiento honrado. Una buena tia se compadeció de él, y tomó á su cargo educarlo. La Condesa de Spizza, que así nombraban á su tia, apénas se hallaba en estado de vivir en Roma conforme á su clase; de manera, que, para acudir á las necesidades de su sobrino, se determinó á retirarse al

pue-

pueblo donde tenia su hacienda ; y allí, por medio de una prudente economía, consiguió educar convenientemente al sobrino, que miraba como heredero suyo. Así que lo vió en edad proporcionada, lo envió á la Universidad de Padua para que allí acabara sus estudios. Eligió aquella Universidad con dos miras: es á saber, con la de instruirle fundamentalmente en las ciencias, y con la de que contraxese amistades con algunos Señores Venecianos: no olvidando al mismo tiempo que quizá podria introducirse con el Serenísimó Dux de la República, y con un Procurador de San Marcos, ambos emparentados con la familia de Castruccio, á quienes particularmente lo recomendó, para que, en lo sucesivo, le proporcionasen algun empleo en servicio de la República. Luego que el Marques llegó á Padua hizo conocimientos; y ordinariamente son mas sólidos y durables los que se hacen en los Colegios. Contraxo especial amistad con el Conde de Albano, porque ámbos eran de igual edad, y ambos de familias ilustres, contribuyen-

do á estrecharla mas y mas , y á hacerla mas duradera, la conformidad en los genios. Rara vez se separaban, miéntras el Marques se hallaba con dinero; pero como la pensioncilla que su tia le habia señalado no daba de sí para encontrarse en todas las diversiones á que el Conde le convidaba, buscaba algunas veces pretextos para negarse.

A los principios le daba el Conde cariñosas quejas de que no le pagaba lo mucho que le queria , y el Marques se disculpaba lo mejor que podia ; pero , como los pretextos menudeasen , llegó á creer el Conde que la amistad del Marques se habia entibiado ; y de resulta continuó las diversiones con los otros camaradas suyos sin convidarlo.

No dexó el Marques de sentir semejante procedimiento; pero su amor propio no le permitia declarar al Conde el verdadero motivo de haberse negado á algunos convites. El Conde, que era buen amigo del Marques, conocia que le faltaba algo quando éste no le acompañaba.

ba. Por último, usó de tales mañas, que al fin supo, por el lacayo del Marques, el verdadero motivo de las disculpas de su dueño. Vió que, no la falta de amistad, ni no la del dinero, habia causado el aparente desvío del Marques. Pero este descubrimiento le originó otro nuevo embarazo. Conocia su modo de pensar, y sabia que el puntillo de honra no le permitiria entrar en diversion alguna, sin pagar su parte. El Conde podia sobradamente ayudarlo, y lo deseaba mucho, porque no hallaba recreo donde su amigo no estaba; pero no sabia de que medio valerse para socorrerlo, sin que lo sospechase. Al cabo de largas meditaciones dió con un medio, que puso luego en práctica. Embarcóse sobre el Brenta, que es un canal delicioso, bordeado de bellísimos jardines, y llegó á Venecia, que no está léjos de Padua. Envió á llamar al Banquero, de quien recibia anualmente, por órden de sus tutores, mas de cinco mil zequines, y le mandó que entregára dos mil cada año al Marques de Castruccio;

pe-

pero con la circunstancia de componerse con el Banquero de éste (quien daba cada año mil zequines al Marques de orden de su tia) y de tomar tan buenas medidas, que su amigo cobrase cada tres meses, sin descubrir de donde le venia el aumento. Así puso á su amigo de par con él, y en estado de acompañarlo á todas partes, salvado ya el motivo de sus excusas.

Cumplió puntualmente el Banquero con las órdenes del Conde. Pagóse la pension, y se guardó el secreto. Disminuyó algo sus gastos el Conde, y el Marques aumentó los suyos. Ambos amigos se niveláron, y se hicieron inseparables.— Verdad es que Castruccio se admiraba quando recibia su pension, pero dexaba correr las cosas. (No lo hubiera hecho así en caso de disminucion). Sin embargo, solia ocurrirsele que su tia, que se quitaba de lo necesario para mantenerlo, no podia haber hecho de pronto tal aumento. Tampoco podia sospechar del Dux, aunque pariente suyo, porque estaba cargado de familia, y ademas nuevamente revestido de aquella imá-

gen

gen de dignidad quimérica , que , léjos de ser lucrativa , era onerosa en los años primeros. Ni menos creia que procediese el aumento del otro pariente suyo , Procurador de San Marcos , porque era avaro , é incapaz de generosidad semejante.

Procuró inútilmente sacar alguna luz del Banquero de Padua , que le entregaba el dinero , mas no tuvo otra respuesta , sino que su correspondiente de Venecia , que traia su dinero de Roma , le mandaba pagar al Marques de Castruccio tal cantidad , que le remitia cada tres meses.

Véanse aquí , pues , dos amigos unidos estrechamente. Tres años viviéron juntos , admirando su amistad á quantos los conocian. Finalizó el Conde sus estudios , y pensó en empezar sus viages. Los tutores le enviáron letras para que tomara de su Banquero quanto dinero necesitase. Le arregláron el curso de sus viages , y le encargáron que viese á Milan , Turin , Génova , y que volviese por Florencia para ir á Roma , desde donde iria á ver á Nápoles , ántes de dexar la Italia.

Lue-

Luego que recibió las cartas el Conde fué á dárselas á leer á su amigo. Notó la mucha impresion que le hicieron, y, sin darle tiempo para que hablara, le dixo: veo, querido Marques, que no siempre la ciega fortuna hace justicia al mérito, y que suele derramar profusamente sus favores sobre los ménos dignos. Si no fuese tan ciega, no podria yo recibir ahora de tí unas pruebas que acreditasen tu amistad para conmigo. Ya me ves en vísperas de dexar á Padua, sin estar en mi mano detenerme mas en ella, porque no lo permite el estado de mis negocios. Pero no me puedo resolver á separarme de tí: no, amigo mio: sé que ha de costarme mucho el dexarte, y que será para mí un golpe insufrible. Conozco tu corazon, y no dudo que ha de serte tambien sensibilísima mi ausencia. Acabáronse ya tus estudios como los míos. Los viages que voy á emprender te serian tan provechosos como á mí, y aun quiza mas. Sé qual es el único motivo que puede impedirte acompañarme, porque sé el estado de tus cosas; pero

á bien que no ignoras la situacion de las mias. Sabes que , por la gracia de Dios, disfruto tan considerables bienes, que bastarán para ámbos. Tú , que ya eres dueño de la mitad de mi corazon , ¿escrupulizarás serlo tambien de la mitad de mi hacienda , ó , á lo ménos , de que la disfrutásemos en comun ? Creo seguramente que aceptarás este partido , si es que eres tan verdadero amigo mio como pregonas. Y , para que no dudes de la sinceridad de mi oferta , te revelaré un secreto , que hasta ahora se ha resistido á todas tus indagaciones. Ni aun ahora te lo comunicaria yo , si no fuese para probarte , que no es nueva la oferta que te hago , y que no procede de mero cumplimiento. Cerca de tres años ha que parto contigo mi pensión, sin que hayas podido rastrear como se ha verificado tal aumento.— ¿Dónde hallaré expresiones , exclamó el Marques pasmado de tanta generosidad , para significarte lo crecido de mi gratitud ?— No pido mas recompensa , dixo el Conde , que la continuacion de tu amistad , de la que ha-

go

go mas aprecio que de todos los bienes del mundo.— Puedes contar con la mia , re-
puso el Marques, pues no hallaria consuelo
en cosa alguna , si me separase de tí; aun-
que no faltarán almas mezquinas , que , no
conociendo lo que puede una verdadera
amistad, interpreten malignamente mi ac-
cion de acompañarte , y la atribuyan mas
al deseo de participar de tus muchos bie-
nes , que al aprecio de tu mérito perso-
nal, y al agradecimiento que no puede
reusarse á un obrar como el tuyo , tanto
mas estimable quanto mas raro.— Y ¿qué
acciones ó intenciones son , preguntó el
Conde , las que no pueden ser mal inter-
pretadas? Quando un hombre de bien,
querido amigo , sabe que nada tiene que
reprehenderse , se le da poquísimo de la
falsa opinion agena. El mundo siempre ha
sido el mismo. Si no se puede obrar bien,
sin que los otros piensen mal , sufrase el
mal que no se alcanza á remediar por la
satisfaccion de hacer el bien.— Pasáron
entre ellos algunos cumplimientos mas , y
al fin quedáron convenidos. Cedió el Mar-
ques

ques á las generosas ofertas de su amigo, y escribió á su tia todo quanto el Conde intentaba hacer en favor suyo. Tambien el Conde escribió á la Condesa de Pizza, confirmándola lo que su sobrino la noticiaba; y ambos, de acuerdo, dixéron á la buena Señora, que no se estrechase mas de allí adelante para mantener á su sobrino, pues éste, por la generosidad de su amigo el Conde, podia vivir sin sus auxilios. Dispuesto todo para su viage, dexáron la Universidad, y se fuéron á Venecia á casa de su Banquero, quien les proporcionó quantas diversiones da de sí aquella gran Ciudad. Allí permaneciéron hasta la llegada de un Caballero, que tambien habia de acompañar al Conde en sus viages. Pusiéronse, pues, en camino para Roma. Allí señaláron al Conde sus tutores, para viajar, una pension anual de veinte mil escudos Romanos. No me detendré en relacionar sus viages, ni en describir los Países que corriéron, pues harto de esto se lee en las relaciones de infinitos viageros. Notaré solamente, que nuestros dos amigos vivié-

ron unidísimos, sin alterarse su amistad por cosa alguna, y como si fuesen dos buenos hermanos.

Vueltos á Roma, continuáron sobre el mismo pié: vivian juntos, comian juntos, trataban á unas mismas gentes, disfrutaban de unas mismas diversiones, y participaban recíprocamente de sus bienes ó males.

Así pasáron sus primeros años, hasta que, llegados á la edad en que ya disgusta la vida de soltero, el Marques propuso un dia al Conde que se casara, y le ofreció la hacienda, de que ya era dueño, para aumentar el dote de la esposa que eligiese, y asegurar quanto poseia á los hijos que pudiese tener. Por fin, bien persuadido el Conde á que el Marques no queria casarse, pensó en establecerse, consultándolo todo con su amigo, y no dando paso sin su anuencia; pero no admitió sus ofertas, porque no las necesitaba. Casó, pues, con una Señorita, de familia ilustre, que le traxo un dote considerable. A los once meses de casados, parió una niña la

Condesa, con mucha felicidad al parecer. Estaba satisfechísimo el Conde de ver la pronta convalecencia de su muger, quando, subitamente, una calentura de leche, acompañada de otros accidentes varios, la quitó la vida, dexando inconsolable al Conde. No ménos apesadumbrado quedó su amigo. Como éste participaba de todo lo relativo al Conde, y como la Dama difunta, además de sus bellas prendas, le habia estimado mucho, así por su cortesía natural, quanto por lo muy amigo que era de su esposo, sintió su muerte de manera, que no era facil conocer qual necesitaba mas consuelo, si el esposo ó el amigo.

Pusieron por nombre María á la recién nacida, que es la que hoy hace dichoso á Don Pedro su marido. Educáronla con la mayor ternura y cuidado, y apostaban entre el Conde y el Marques á qual la manifestaria mas cariño. Con dificultad hubiera conocido ninguno quien de los dos era su padre, porque ámbos lo parecian. Con todo, bien conoció ella la

la diferencia en lo sucesivo. Diez años tendría la pobre niña quando cayó su padre peligrosamente enfermo. Ninguna diligencia omitió el amigo para su restablecimiento: le sirvió en quanto pudo, porque llamó á los Médicos de mayor fama, no hubo tasa en los remedios, y se hizo consulta sobre consulta; mas todo inútil. Conoció el enfermo que se moria; pero conservaba su juicio, aunque tan debilitado por el mal. Pidió que le traxeran á su hija. El Marques no se habia apartado de la cabezera de la cama del enfermo, durante su enfermedad, pues, quando lo vencia el sueño, dormia sobre un camape al lado de la cama. En fin, dió pruebas de tan amargo sentimiento, que no se creía pudiese sobrevivir á su amado amigo. El Conde, pues, hizo un esfuerzo para incorporarse sobre la cama, y encarándose con su amigo: estimado Castruccio, le dixo, ruegote que mires por tu salud: cuidala por amor de mí: considera quan necesaria me es: por esta pobre criatura, y por tí, amo la vi-

da

da: veome ya al fin de ella, y todo mi consuelo es que encontrara en tí otro padre: recíbela como que es la cosa más preciosa que puedo dexarte, en señal de nuestra amistad: la confio á tus cariñosos cuidados: traslada á ella la amistad, no alterada entre nosotros, mientras he vivido: acuerdate de que es la hija de tu querido amigo Albano: creo que este solo título es mas que suficiente para que la ames y cuides. Entónces, bañado en llanto, puso aquel depósito precioso entre los brazos de su amigo. Tan enternecido se hallaba éste, que no dió mas respuesta que baxar la cabeza sollozando. Su desconsuelo mereció la lástima y admiracion de quantos estaban en el quarto.

Seguidamente llamó el Conde á su ayuda de cámara, le entregó la llave de su papelera, y mandó que le tragese tal caixon. Traido, sacó de él el Conde un paquete sellado. Es á saber, que habia detenido al Cura que le administró los últimos Santos Sacramentos, y enviado á llamar

mar

mar un Escribano. Este es, dixo, mi testamento: he dividido mis bienes entre mi hija, y mi amigo Castruccio: á éste amigo fiel confio la educacion de mi hija, y á su eleccion dexo casarla segun su clase, y á gusto suyo: le traslado toda la autoridad que sobre ella tengo; y, en caso de desobedecerle, casándose sin su aprobacion, declaro á mi hija desheredada de la parte de mis bienes que la dexo, y la reduzco á lo estrictamente necesario, dando y transfiriendo lo sobrante, con plena propiedad, al Marques.

En caso que el uno ú la otra muera sin hijos, le substituyo al que quedare, quien, por este medio, disfrutará de todos mis bienes. Y, si mi hija quisiere ser Religiosa, poseerá el Marques, con derecho pleno, la otra parte de mis bienes, pagando á mi hija un dote proporcionado á su nacimiento, y á las Religiosas del Monasterio en que entrare.

He juzgado oportuno, dixo al Cura, declarar de boca mi última voluntad en presencia vuestra, y de la de estos tes-

tigos , á lo ménos por lo relativo á la institucion , que es lo esencial , para que esto valga en caso necesario : bien que he tomado todas mis precauciones para que nada falte al testamento , y pueda tener entero efecto , así por la substancia como por la forma.

Puso el testamento en manos del Marques ; y , volviéndose á su hija , la habló como convenia á su edad , la encargó que fuese muy obediente al Marques , que siguiese en todo sus consejos , que se ajustase á quanto dispusiese para ella , y que considerase , que , aun quando fuese mayor , siempre seria el Marques mas capaz de juzgar lo que podia convenirla. Dicho esto , se enterneció tanto , que no pudo aguantar mas la presencia de aquella amada hija. La abrazó amorosísimamente , é hizo señas á las criadas para que se la llevaran llorando amargamente , como lloraba , aun sin conocer todo lo que á perder iba. Diéronse prisa á sacar á la niña , quien , al retirarse , repetia sollozando : ¡Ay , papa mio ! ¡Ay , papa mio ! No ha-

había ninguno de los concurrentes que no llorase. Hizo el Conde los últimos esfuerzos para dirigir, con moribunda voz, algunas palabras á su amigo. He aquí, dijo, mi amado Castruccio, la vez primera que prefiero mi satisfaccion á la tuya, y que puedo ver tu afliccion, sin acongojarme. Confieso que gozo un cierto placer en considerar que la muerte me ahorra los intensos dolores que hubiera yo padecido, si hubiese tenido la desgracia de sobrevivirte, y de verte en un estado igual al mio. Perdoname, querido amigo, esta pequeña parcialidad, por ser la única que puede reprehenderseme en todo el curso de nuestra larga amistad, y por ser tanto mas perdonable, quanto es nacida de lo que te quiero. Voy á morir: es verdad; pero..... Aquí le faltó la voz, exhaló un suspiro, y cerró los ojos para no abrirlos hasta que la trompeta llame y saque de los brazos de la muerte á los habitantes de los sepulcros.

No se templó la pesadumbre del Marques con la rica herencia de su amigo.

Nun-

Nunca se habia visto amistad mas sincera que la del Conde ; pero ni tampoco mayores demostraciones de agradecimiento y de amistad que las que dió el Marques.

Luego que se lo permitió el dolor, encargó al mayordomo las funerales de su difunto amo, mandándole que no perdona-se gasto para que la pompa fúnebre correspondiese á la clase del Conde ; y á la amistad de ámbos, cuya memoria honraba. Desembarazado ya de las atenciones que debia á las cenizas de su amigo, se encerró en su quarto para no ver á nadie. Apenas pudieron conseguir sus criados que tomara algun alimento ; y entónces, aunque con repugnancia, solo tomó el preciso para no desfallecer. En fin, á no haberlo contenido la Religion, y el conocimiento de la necesidad que de él tendria la pobre niña, en quien via renacer á su amigo, hubiera muerto al rigor de la hambre, para acabar con un dolor que le parecia imposible vencer.

Miéntas el Marques permanecia reti-

rado, desempeñaba el mayordomo puntualmente sus órdenes. Embalsamó el cadáver de su amado señor, á quien habia servido cerca de treinta años. Púsole de cuerpo presente en una sala colgada de negro; y no omitió ceremonia alguna de estilo. Los Religiosos mendicantes se relevaban de hora en hora para encomendar á Dios al difunto, y rociarlo con agua bendita; y se celebráron innumerables Misas por su alma. Despues de haber estado expuesto el cadáver, segun costumbre, lo trasladáron á la Iglesia con el mayor aparato. Habianse llamado todas las Cofradías y Comunidades Religiosas, excepto los Jesuitas, porque estos Padres no habian aun determinado si serian del Clero regular ó secular; fuera de que se ignoraba si eran ó no mendicantes, aunque se sabia que disfrutaban rentas. Todos quantos acompañáron al cuerpo lleváron un cirio encendido, y cada Comunidad su música particular, que cantaba con tono lúgubre, segun el Ritual Romano, algunos Salmos del Oficio de difuntos. Detras de todo el

lucido acompañamiento iba el cadáver con todas las insignias de su dignidad. Pero continuaban despues los plañidores alquilados, vestidos de ropas talares negras, cubiertos los rostros con cendales, que precedian á los parientes y á toda la principal nobleza de Roma convidada. Las carrozas iban enlutadas, y los caballos con mantas negras, que arrastraban por el suelo, gobernados por los cocheros, vestidos tambien de luto, y con hachas encendidas en las manos. Llegado el acompañamiento á la puerta del templo, fué recibido el cadáver por el Cura, introducido en la Iglesia, y colocado en medio del coro. Finalmente, se hizo el entierro con toda la pompa acostumbrada en la Capital del mundo Christiano, donde reside el Xefe visible de la Iglesia, y Vicario de Jesu-christo, que nos ha predicado y enseñado la pobreza y la humildad. Hízose el novenario acostumbrado, no solamente en la Iglesia del entierro, sino tambien en todas las Iglesias Parroquiales de Roma, y en todas las de las Ordenes mendicantes, y

se

se celebró una infinidad de Misas de requiem. Por último, aunque el Conde hubiera sido sobrino ^{10 hijo} del Papa, no se hubiera hecho mas para el descanso de su alma, y para el honor de su cuerpo.

Gran remedio son los dias para curar pesares. Estuvo á la verdad el Marques inconsolable mas de dos meses; pero al cabo empezó á irse poco á poco dando al trato. Un dia llamó á los parientes del difunto Conde Albano, al Cura, al Escribano, y á los demas firmados en el testamento. Abrióse en toda forma, y se vió que los artículos principales, en especial el relativo á la institucion de los herederos, ó legatarios universales, eran conformes á lo dicho por el Conde: los demas artículos eran concernientes á mandas pias, y á recompensas para sus criados. Empezó el Marques á actuar como heredero y amo. Mandó que se pagaran todas las mandas particulares; y subió todo, comprehendidos los gastos funerales, á cerca de treinta mil escudos Romanos; pero, ni con mucho, llegaba á la mitad de lo

que

que habia depositado en dinero contante.

Dadas estas disposiciones, puso á su Pupila entre las manos de una Dama, de mucha distincion y mérito, que quiso encargarse de su educacion. La puso casa y criados, correspondiente todo á sus bienes y nacimiento; y despidió á todos los criados del difunto, dando generosamente á cada uno un año mas de salario. Solo se quedó con un ayuda de cámara y dos lacayos, y con esta comitiva partió á tomar posesion de las haciendas heredadas.

El vasallage que le rindiéron en su nuevo Condado, la mudanza de ayre y de lugar, la vista de unas bellas tierras, la certeza de ser dueño de todas, y particularmente la idea de que todos los hombres han de morir, contribuyó mucho á templar su pena. Pero ¿qué digo *templar*? la disipó de tal manera, que no solamente llegó á olvidar tanto como debía á su amigo, si no hasta que hubiese habido jamas otro Conde Albaño que él.

Todo está sujeto á mudanzas en la naturaleza, y acaso no hay, baxo la bóveda
de

de los Cielos, criatura mas propensa á ellas que el hombre. No se diferencia tanto una estacion de otra estacion, ni un dia de otro dia, como el hombre se diferencia de sí mismo de un instante á otro. Cada edad de la vida trae alguna alteracion á nuestros cuerpos. Tan grande es la relacion entre éstos y nuestras almas, que así unos como otras cambian recíprocamente, segun sus recíprocas disposiciones ó inclinaciones. Añádase á esto, que las pasiones y los sentidos tienen tal ascendiente sobre la razon, por poca rienda que se les dé, que llegamos á mirar con indiferencia, y sin escrupulo, aquellas acciones con cuya sola imagen hubieramos temblado de horror en otro tiempo.

Suele la mudanza de fortuna hacer á un hombre totalmente diverso de lo que ántes era; y cada dia vemos exemplos de esta verdad. Tal que, en un estado de mediania, limitaba toda su ambicion á solo lo necesario, si, por acaso, llega impensadamente á poseer muchos bienes, formará proyectos ambiciosos iguales, ó qui-

za superiores, á lo que tiene.

Así se verificó en el pobre Marques. Quando nada tenia propio, nada deseaba, y se creia dichoso disfrutando de los beneficios de su amigo; pero apénas se vió propietario de tanta hacienda, quando, no contento con poseer la mitad de los bienes del Conde, empezó á cavilar en los medios de apoderarse de todos por entero.

Luego que el Marques abrió el testamento del Conde, en presencia de los testigos, declaró solemnemente: que cuidaría con esmero de la educacion de Doña Maria: que, mientras viviese, haría ver á todos que la niña tenia en él un segundo padre, no menos amoroso que el perdido: que siempre obraria con ella justa y agradecidamente: que preferiria sus felicidades y ventajas á las suyas propias: que aunque la generosidad sin exemplo de su amigo le habia hecho propietario de la mitad de sus bienes, él se consideraba como un simple administrador de ellos: y, finalmente, que como no pensaba en casarse, lo devolveria todo mejorado y amplificado,

segun esperaba , á su querida Pupila , como á única y legítima heredera del Conde de Albano. Pero ¡ay! ¡quán vanos son los proyectos de los hombres! ¡quán poco conocemos nuestras fuerzas propias! ¡quán diferentes son nuestras acciones de nuestros proyectos!

Ya habia borrado el tiempo en el Marques la memoria de su amigo y bienhechor. Fuese poco á poco acostumbrando á mirarse solo á sí mismo , se acordó de lo grande de su nacimiento , y se entregó del todo á la vanidad.

Viéndose ya poseedor pacífico de mas bienes que necesitaba para representar un papel proporcionado á su clase , se dió á cavilar en los medios de quitar á la hija de su bienhechor la otra mitad de los bienes de su padre. Projectó , pues , casarse con alguna Señora de calidad que pudiese darle hijos , para que no acabara en él la raza y el nombre de Castuccio.

Comunicó su intencion á una Señora anciana , parienta suya. Con tal , la dixo,
que

que yo encuentre una muger ilustre, virtuosa, jóven, conveniente, de quien yo pueda presumir que tendré hijos, no me pararé en que sea rica, ni en el tanto mas quanto del dote.

Doña Margarita, que así se llamaba la parienta, le participó que tenía en su casa quanto podia desearse en una jóven, que reunia en su persona las circunstancias apetecidas. Era una viuda de pocos años, parienta del difunto marido de Doña Margarita, de ilustre casa, pero con un hijo de seis años, que le habia quedado de su muerto esposo, con quien solo estuvo casada dos años. Era Dama prudente, hermosa sin presuncion, alegre sin atolondramiento, agasajadora sin aduacion, urbana con los grandes sin baxeza, cariñosa con los pequeños sin familiaridad, y de genio igual y complaciente. Se gobernaba con tan discreta economía, que, teniendo poco, hacia un papel correspondiente á su nacimiento; y, sobre todo, era tan solidamente virtuosa, que ni la envidia ni la maledicencia

pudieron nunca denigrarla.

Tantas prendas juntas no dexáron de hacer impresion en el corazon del Marques. Informóse del nombre de la viuda, de su calidad y de sus bienes. Díxole Doña Margarita, que era la Condesa de Espineda, hija del Marques del Campo, cuyas haciendas estaban á unas veinte millas de Roma, sobre el camino de Civita-Vecchia, y poseidas entónces por un hermano de la viuda; que el difunto Conde de Espineda, su marido, era Veronés; que tenia de viudedad dos mil escudos Romanos al año; y que, quando llegaba á Roma, regularmente la honraba con servirse de su casa, y vivir con ella familiarmente.

Enterado así de todo, suplicó el Marques á Doña Margarita, que le proporcionase ocasion de ver á la Condesa. La buena Señora lo hizo así, y dixo al Marques, que volviese al dia siguiente á la misma hora. Acudió puntual, vió á la viuda, y quedó prendado. Hablaron luego del asunto, y se conviniéron facilmente. Al Marques le gustaba la viuda. Esta sabia que el

Marques era rico ; y la esperanza de casar algun dia á su hijo con la Pupila del Marques, la cerró los ojos para no ver la mucha diferencia entre las edades del novio y la suya. Por último, se finalizáron los contratos , y solo se difirió la ceremonia del matrimonio aquel tiempo debido á ciertos respetos públicos, y preciso para los preparativos necesarios.

Celebrado el casamiento , ordenó el Marques su casa , y se traxo á ella á la Condesa de Albano su Pupila. Así el Marques como la nueva Marquesa la acariciáron mucho á los principios : esta la miraba como su nuera futura , la amaba como madre , y la educaba cuidadosamente.

Aun no se habian cumplido dos años de matrimonio , quando el Marques , viéndose ya con un hijo , pensó seriamente en los medios de realizar el proyecto de apoderarse de toda la sucesion de su difunto amigo , y de agradecer así el beneficio mas señalado , haciendo la negra abominable traicion de despojar de sus bienes á una huerfana , cuya educacion y subsisten-

tencia se le habia confiado.

Para mas facilmente conseguirlo , procuró entiviar á la Marquesa el cariño que tenia al hijo del primer marido. No le costó gran dificultad , porque la Marquesa parió un segundo hijo , y colocó tanto su amor en los dos habidos del segundo matrimonio , (cosa harto comun) que al cabo le llegó á ser indiferente el pobrecito Espineta. Ya no se trató mas de casarlo con la Pupila , motivo principal del casamiento de la Marquesa , sino que , al contrario, de acuerdo con su marido , trabajaba únicamente en establecer la fortuna de sus últimos hijos sobre la ruina de la Condesa de Albano.

No quedó artificio que no se usara para el lógro. Tendria entónces la niña Doña Maria como unos catorce años. Primeramente, la priváron de todos los entretenimientos que hasta entónces la habian permitido , y del trato de algunas muchachas amigas suyas. Despues empezó la Marquesa á manejarla con dureza y altivéz , á hablarla con acritud, á desaprobar quanto ha-

cia, y, en fin, á tratarla, como dicen, qual una madrastra. Por otra parte el Marques la arrimaba al oydo gentes que, con más cara de compasion, la persuadian de continuo á que solo un Convento la guarecería de los males que la aquejaban. Ponderábanla dichas gentes la felicidad inseparable de una vida religiosa; pintábansela como un estado al abrigo de los cuidados, de los pesares y de las desgracias, que lleva de suyo la vida mundana; y se la representaban como un camino derecho que lleva, á los dichosos que lo siguen, á las habitaciones celestiales, donde el alma gustará placeres sin fin, solo destinados para los que son tan virtuosos y firmes, que resisten á los engañosos atractivos de esta vida mortal y pasagera, y para los que, por particular gracia de Dios, tienen la prudencia de preferir las riquezas eternas á los bienes temporales de este baxo mundo. Declamaban tambien los piadosos consejeros contra la locura de aquellos necios y debiles mundanos, que son tan ciegos que se apegan á unos bienes y riquezas que

ob no

no tienen seguridad de gozar una hora, quando arriesgan perder los inestimables tesoros, que son eternos.

Aunque la moral era tan bella y pura, penetraba Doña María el fin de los aconsejadores, no obstante de ser tan niña. Conoció el Marques que los sermones no producian el prometido efecto; que las bellas exhortaciones de sus emisarios no hacian impresion alguna sobre el espíritu de su Pupila; y que no habia modo de promoverla tentaciones de tomar el hábito. Aparte de esto, los parientes de la Condesita habian propuesto al Marques varios partidos muy ventajosos para ella; mas él los habia rechazado diestramente, ya pretextando la temprana edad de la Pupila, ya algunos defectos personales que la suponía, y ya asegurando que tenia tal vocacion á la vida Religiosa, que no se atrevia á hablarla de matrimonio. Pero como vió que eran inútiles todas las cautelas tomadas, creyó necesario el inventar otras nuevas. Aumentó la Marquesa su severidad, procurando

do

do conseguir, por medio de pesares y desvios, lo inútilmente intentado por via de representaciones y consejos. La quitó todas sus joyas y juguetes; la interceptó el trato con los suyos, cuyas visitas recibía en presencia de la Marquesa; y no la permitió mas salida que á la Iglesia, y eso en el coche del Marques, con las cortinas corridas, y acompañada de una dueña, tan bien instruida y amonestada para el caso, que era imposible engañarla.

El Duque de Ossuna estaba entónces de Embaxador de España en la Corte Romana. Acompañábalo un sobrino, llamado Don Pedro Patillos. Este Señor habia visto muchas veces á la Condesita en la Iglesia, sin habersele pasado por alto la vigilancia de la dueña. Quedó ciegame-
te enamorado de aquella temprana hermosura. Buscó por mucho tiempo ocasion de entregarla un billete, á hurto de la vieja. No sabia que hacerse para darla á entender que la amaba. Pensados ya, pues, muchos medios de ponerla en la mano un
bi-

billete, y habiendo tropezado en todos con obstáculos insuperables, se le ocurrió emplear para el caso á dos criados ingeniosos y determinados del Duque su tío. Hallólos dispuestos á servirle, y así les dixo como habian de portarse. En efecto, á la mañana siguiente tomaron el billete, y he aquí lo que hicieron. Aguardaron á que la Condesita entrara en la Iglesia; y, miéntras oia Misa, uno de ellos quitó la pezonera á una de las ruedas del coche. Al volverse á casa Doña María, el otro criado, que se habia vestido de labrador, dió voces al cochero, diciéndole, que iba á bolcarse el coche, que se detuviese, porque faltaba una pezonera; y entretanto se afanaba en ayudar para que la caja no bolcase. Quedó el lacayo cuidando de las mulas, miéntras el cochero fué á buscar una pezonera. No dexó de desazonarse algun tanto la Dueña: asomó la cabeza para ver lo que pasaba, y dió gracias al fingido labrador, que habia avisado al cochero. Miéntras esto sucedia, el otro criado ha-

lló modo de poner el billete en manos de la Pupila, haciéndola señas de que callase, y lo guardase con cuidado. Tomó el billete, y se lo guardó en el pecho; y conoció, por la librea, que era criado del Embaxador de España.

Volvió el cochero, pusóse la nueva pezonera, y llegaron las Damas á su casa, sin que la vieja Argos hubiese visto ni sospechado lo del billete. Habló con la Pupila del riesgo que habian corrido, y atribuyó su buena fortuna á milagro de la Virgen Santísima; pero la niña pensaba mas en el billete que en el milagro. Apénas estuvo sola, quando lo abrió, y leyó lo que sigue:

A la Condesa de Albano.

SEÑORA.

«He tenido el gusto de veros en la
«Iglesia. ¿Cómo, pues, no habia de afi-
«cionarme á vuestras gracias? Sus efectos
«son superiores á toda resistencia. Conoz-

»co lo que pueden, y experimento que,
 »desde el dia que excitáron mi admira-
 »cion, depende mi felicidad de la que po-
 »see tantos atractivos. El amor que os
 »tengo, Señora, iguala á la hermosura que
 »lo ocasionó. No tengo términos con que
 »explicarlo. Si el amor se permitiese á
 »la explicacion, haria una injusticia á
 »vuestras perfecciones. Quedo esperanza-
 »do en que mis respetosos desvelos os
 »convencerán de mi sincera pasion, y de
 »la pureza de mi afecto. Ninguno en el
 »mundo desea tanto ser todo vuestro co-
 »mo

Don Pedro Patillos.”

Leido el billete, no dudó en que el tal Don Pedro Patillos fuese aquel mismo Caballero que no apartaba los ojos de ella quando estaba en la Iglesia. El caso es que ella ya lo miraba con inclinacion. No la faltaba mas que saber si era sugeto de calidad. La dificultad estaba en como conducirse para descubrirlo, por-

Lei-

que ni podia hablar de ello con las gentes que la rodeaban, ni trataba con personas de afuera, si no en presencia de la Marquesa.

Despues de alguna meditacion, abrazó un expediente, que creyó útil. Aguardó á estar sola con el Marques y la Marquesa, y preguntó á su Tutor ¿si conocia á un cierto Don Pedro Patillos, y qué hombre era? Maravillado quedó el Marques de la pregunta; y la preguntó tambien ¿de qué procedia aquella curiosidad? La Condesita, sin turbarse, le respondió sonriéndose, que satisfaciese su curiosidad, y le diria despues cierta cosa que le sorprehenderia. Entonces el Marques la dixo: ese Don Pedro es sobrino del Duque de Ossuna, Embaxador de España, jóven de desarreglada conducta, vergüenza y oprobio de su familia, y actualmente viajador para acabarse de perder. Hizo este bello retrato con tal embarazo y turbacion, que Doña María, de edad ya de diez y seis años, y con un ingenio igual á su hermosura, compre-

hen-

hendió la causa de haber hecho el Marques tan horrorosa pintura. De esto resultó no quedar engañada, y formar un concepto contrario al que habia querido inspirarla el Marques.

Ahora, repuso éste, dime como sabes el nombre de dicho extranjero, y con qué fin te has informado de él.— Tomad, dixo la Condesita, y satisfaced ampliamente vuestra curiosidad en ese billete encantado. La tal friolera, continuó, se ha encontrado dentro de una caja de mi tocador; pero lo que no cabe en la imaginacion es como ha llegado á ella. Con todo, no creo que haya sido por milagro, y si que ese Don Pedro sea tan malvado, que tenga pacto con el demonio.

Mientras leia el Marques el billete, examinó la Pupila los movimientos de su rostro, y conoció facilmente, por la variacion de colores, las inquietudes terribles que su lectura le causaba. Pero se esforzó el Marques quanto pudo para ocultar la agitacion de su ánimo. Dió á leer el billete á la Marquesa, y, despues de pensar un

poco, amada Mariquita, dixo á la Condesa, no me canso de admirar tu prudente conducta en un negocio de esta especie. Señor, interrumpió ella, yo era muy niña quando murió mi padre, pero no tanto que no me acuerde del encargo que me hizo de miraros como padre, y de obedeceros como tal: sus últimas palabras están profundamente grabadas en mi memoria; y como, gracias á Dios, no me he separado hasta ahora de su voluntad, espero continuar lo mismo, no ocultandoos cosa alguna, y sometiéndome á vuestras disposiciones y luces, en quanto se dirigiere á mis intereses. Mas que persuadida estoy, por la larga recíproca amistad entre vos y mi padre, á que no buskais mas que mi bien, y á que mis intereses os importan tanto como los vuestros propios; y así, creo que no puedo hacer cosa mejor que entregarme totalmente á vuestro juicio y experiencia.

No quiso la Marquesa callar en coyuntura tan importante. Admirada y complacida estoy, dixo, de ver que el in-

genio y el juicio disputan la preferencia á la hermosura en la amable Mariquita. Piensas como debes del Marques, continuó hablando con la niña: no es posible que ame á sus propios hijos mas tiernamente que á tí, ni que busque su bien estar con mas desinterés que el tuyo; y cree, hija mia, que no le cedo en amarte, y que la mayor satisfaccion mia será verte gozar una felicidad tan permanente que:::~::~

Aquí estaban de la conversacion, y ya la Condesita se preparaba á responder á un discurso tan obligatorio, cuya poca sinceridad conocia, quando el Conde de Paruta, Caballero Veneciano, que estaba en Roma, entró y estorvó á la Pupila responder. Acabada la visita, saliéron juntas de la sala, y fuéron á pasearse al jardin. La buena de la Marquesa se deshizo en alhagos y protestas del cariño mas tierno y sincero. Luego se introduxo á dar á la Condesa consejos, acompañados de odiosas pinturas de la escandalosa vida de los jóvenes de distincion; y como la impor-

taba persuadirselo así á la Condesita , se dexaba arrebatat del zelo con demasia , y tanto , que tuvo que disculparse con la Pupila, diciéndola que , como se trataba de sus intereses , no podia contenerse en ciertos límites. Oyóla Doña Maria con atención y reserva , sin que se la escapase palabra , gesto , ni sonido de voz, por donde sospechase la Marquesa que no creia todo quanto la contaba. Al contrario , se mostraba la niña horrorizada de los malos caracteres de los jóvenes Romanos , y particularmente del de Don Pedro, á quien la Marquesa habia puesto de oro y azul, como dicen.

Así pasáron lo mas de la tarde ámbas Señoras , y se retiráron muy satisfechas de sí mismas. La Marquesa aplaudiéndose de haber engañado á la Condesita ; y esta gozosísima de haber deslumbrado á la Marquesa y al Marques , y hallado medio de saber , por los interesados en callarselo, quien era Don Pedro, cuyo aborrecible retrato ni habia hecho impresion en su ánimo , ni disminuido la

in-

inclinacion con que ya lo miraba.

X Despues de cenar, continuó el Marques la conversacion , interrumpida por la visita del Conde de Paruta. Sabia ya lo hablado en el jardin , y por tanto se extendió en elogiar la prudencia y fino modo de pensar de su Pupila , trayendo luego la conversacion hácia Don Pedro. Lo pintó como uno de aquellos hombres desalmados , para quienes no hay cosa sagrada. Segun su concepto, eran nada para aquel jóven robos, asesinatos, sacrilegios y venenos , en tratándose de contentar sus pasiones. El Duque de Ossuna , hija mia, está tan encaprichado con él , que no hay modo de que crea cosa alguna en desventaja suya. Ese libertino hace de manera que separa inmediatamente á quantos pueden noticiar al Duque sus desbarros. No hay en la casa un criado que no esté de su parte ; y así , amada Mariquita , soy de dictámen que vale mas precaver todo insulto de su parte , que aventurarnos al riesgo , á la sombra de nuestra clase , ó de nuestro crédito. Ese Don Pedro seria

muy

muy capaz de robarte en medio del dia, y á la vista de toda esta gran Ciudad, capitaneando una tropa de esos asesinos, que aquí se alquilan por dinero.

Ello es cierto, continuó la Marquesa, que en todas partes se habla de él como de un determinado sin miramiento alguno: y si yo hubiera de dar algun consejo á Mariquita, seria el de meterse en un Convento hasta que ese jóven peligroso se fuese de Roma, ó se hubiesen tomado las medidas para guarecerla de todo atentado. Ese era justamente mi pensamiento, interrumpió el Marques.—Pues el mio no, replicó modestamente la Pupila, porque tengo suma repugnancia á todo lo que es Convento. Lo mucho que me amais os hace el peligro mayor de lo que en efecto es. Yo pienso que los hombres se cansan, quando ven frustradas sus diligencias, y creo que lo mas propio para cansarlos es no hacer alto en ellos. Fuera de que las leyes están muy claras, y no osará Don Pedro hacer la menor violencia á una Señorita de mi clase. ¿Qué tengo que temer? ¿Aca-

so vuestros officiosos cuidados, y los buenos exemplos de esta mi Señora, no son mas que suficientes para contenerme en los límites de mi obligacion, en caso de que la edad mia no parezca bastante madura para fiarse de mí? No alcanzo la causa de encerrarme, solo porque vuestro Don Pedro sea un licenciado. Encerrad mas bien al culpado que al inocente. ¿No me asegura sobrado la justicia? ¿Para qué, pues, necesito de otra proteccion? Si hubiera yo sospechado que un calabozo habia de ser la recompensa de la confianza que de vos hice, me hubiera guardado de hablaros del despreciable billete, y tomado el partido de reposarme sobre la severidad de las leyes, sin aventurar un secreto, que con tanta indiferencia miro.

Por fin, habló la Condesita con tal firmeza, que aturdió á sus Tutores. Empezaron á sobresaltarse de una resistencia, que tan nueva les parecia, y juzgaron oportuno mudar de manejo.

Sosiegate, hija mia, dixo el Marques, continuando la conversacion: si lo mucho que

que te queremos nos aconseja los medios mas convenientes para guarecer tu virtud de todo riesgo (aunque no sea del gusto tuyo , por falta de exámen y de meditacion sobre el mismo peligro) tambien nos aparta de todo quanto puede desagradarte. Ya , pues , que tienes tanta repugnancia al Convento , pensemos en otro medio de librarte de las importunidades de ese atrevido Español. No creo que lo haya mas seguro , dixo la Marquesa , que el que le hemos propuesto , y no dudo que la virtuosa Condesita será de nuestro dictámen en consultándolo con la almohada.

Pues yo estoy segurísima , repuso la Pupila , de que no habrá peligro alguno que me impela á refugiarme á un claustro.—Era ya tarde , y conociendo el Marques que la muchacha no cederia , le pareció del caso interrumpir la conversacion. Diéronse las buenas noches , y se separaron con mucha urbanidad , como personas bien educadas , aunque de botones adentro poquísimo satisfechos unos de otros. Una doncella , recibida aquel
mis-

mismo día, alumbró á la Condesita hasta dexarla en su quarto, donde fué recibida por una vieja, tan desconocida para ella como la criada, á quien mandó la vieja retirarse diciéndola, que ella serviria á la Condesa.

Algo sorprendió á ésta la mudanza; pero no dexó de alegrarse de verse libre de su antigua dueña gruñidora. Iba, no obstante, á preguntar por ella, quando la nueva Aya le dixo: Señorita, estoy aquí de orden del Señor Marques para serviros en todo quanto se os ofrezca, y ocupar el puesto de la que ha sido sospechada de haber metido un billete dentro de vuestro tocador. Pero os suplico que no entreis en desconfianza por la repentina mutacion de vuestros criados. A veces suelen las cosas servir para diversos fines que se destinan. Por mas que hayais honrado á mi antecesora, puedo asegurar que no habrá merecido tales honras por mas zelo y fidelidad, que en mí vereis: en prueba de ello os digo, que, aunque estoy aquí puesta para acechar vues-

tras

tras acciones, podeis creerme incapaz de semejante baxeza, y vivir asegurada de que desde ahora mismo me sacrifico toda al cumplimiento de vuestros deseos. Dicho esto, calló para aguardar la respuesta.

Estuvo tan sobre sí la Condesita, que no cayó en la trampa armada. Conoció muy bien el fin de la nueva dueña; y respondió con mucha indiferencia: que le importaba poco el que la hubiesen dexado ó quitado la criada antigua: que como no tenia secretos, no necesitaba de confidentas; y que si la despedida habia realmente cometido la culpa que la imputaban, habia llevado justamente su merecido.—¡Ay, Señora! repuso el nuevo Argos; como vos conocieseis á Don Pedro, la perdonariais, aun quando fuese ciertamente culpada; porque habeis de saber, Señorita, que no hay, en todo el patrimonio de San Pedro, Caballero mas completo, ni de mas mérito que él. No puede darse un Señor de mas bella presencia, mas urbano, mas benigno, ni mas ama-

amable; además de lo mucho que le recomienda su buena conducta, su ingenio y sus habilidades. Por último, Señorita, desde que ese Extrangero está en Roma se ha grangeado fama y estimacion universal.

Será así, contextó friamente la Condesita; pero el Señor Marques me lo ha pintado muy otro; bien que á mi nada se me da de que sea malo ni bueno. Diciendo esto, empezó á desnudarse. La buena dueña iba á continuar justificando al Señor Don Pedro; pero la Condesita se lo estoryó mandándola callar, y metiéndose en la cama.

CAPITULO III.

*Continúa la historia de la Condesa
de Albano , y de Don Pedro
Patillos.*

Madrugó mucho la Condesita , y escribió una relacion circunstanciada, aunque compendiosa , de la situacion en que se hallaba. Despues escribió un papel á D. Pedro , lo cerró todo muy bien , y lo ocultó cuidadosamente. Así decia el papel:

A Don Pedro Patillos.

”La crueldad con que quieren violentarme á tomar el estado Religioso , para usurpar , sin obstáculos , unos bienes que son mios , no me permite ocultar lo que siento. Las circunstancias me fuerzan á atropellar con todos los respetos , que prohiben á una muger determinarse tan prontamente. He meditado sobre vuestro nacimiento y caracter ; y , precisado

”do

»do mi corazón á haceros justicia en to-
»do, no vacila en declararos que será
»la mas feliz del mundo, luego, que sa-
»liere de prision para ser esposa de Don
»Pedro.

La Condesa de Albano.“

Así que hubo escrito, se volvió á la cama para evitar toda sospecha. De allí á poco entraron sus nuevas criadas. Hizo la dormida, y despues todos aquellos esperezos de una persona que despierta. Se vistió, y pasó á tomar el chocolate. No se renovó desde luego la conversacion de la noche antecedente, porque habian quedado poco satisfechas ambas partes. Mantuviéronse muy serios, y entraron recado de que el coche estaba pronto. La Marquesa fué á la Iglesia con la Condesita, quien no estuvo tan devota como atenta á ver si descubria al criado que le habia puesto en la mano el billete de Don Pedro; bien que hacia todas las correspondientes gesticulaciones de devocion. No tardó mucho en dar con el

el criado, quien conoció al instante que habia respuesta que recoger, pues semejantes mensageros entienden con perfeccion el idioma de los ojos. Al salir se mezcló entre la gente, y se acercó con tanto disimulo, que la Condesa, haciendo como que se recogia la basquiña por detras, le metió en la mano su carta. Retiróse luego el astuto criado, tan contento como lo quedaba la Condesita.

No debe esperarse que yo me detenga ahora á pintar la suma alegría que causó á Don Pedro la lectura del billete. No hubo agasajo que no hiciese á su fiel mercurio; pero el mas sólido fué un bolson de doblones que le entregó, y que el picaro estimó en mas que las caricias del mayor Potentado. El donativo fué mas que suficiente para no dexarle duda del importante servicio que habia hecho á Don Pedro. Apénas este Señor vió, en la memoria escrita, el estado de su amable Condesa, quando sintió todo lo que en semejante caso sentiria una alma generosa. Irritado hasta lo sumo contra la

negra ingratitud del Marques, se dispuso á consultar con los mas habiles Abogados de Roma; pero no olvidó el peligro en que estaba la hermosa Condesa de ser encerrada por fuerza en un Convento, de donde sería mas dificultoso sacarla, aun suponiendo que lo pudiese descubrir.

El Duque, su tio, habia salido de casa para ir á tratar de negocios graves con el Cardenal sobrino, y lo esperaba con impaciencia. Apénas llegó, se le presentó el enamorado Don Pedro, y le notició que amaba á la Condesa. No se lo desaprobó el Duque, porque sabia quien era la Dama, conocia su familia, y sus muchos bienes. A la aprobacion del tio siguió la súplica de Don Pedro de que le dixese como habia de portarse para desconcertar, quanto ántes fuese posible, los proyectos del indigno Tutor, declarados en la memoria de la Condesa, que Don Pedro le presentó.

Te doy la enhorabuena, querido sobrino mio, dixo el Duque á Don Pedro:

mucho me alegro de tu buena fortuna ; pero debo advertirte , que tú , mas que otro alguno , debes obrar con gran circunspeccion , evitando dar paso alguno que pueda comprometer mi caracter , y la gloria del Rey mi Señor (á quien Dios guarde) y no lisongeándote fuera de proposito de hallar en mi la proteccion que no pudiere concederte , qualesquiera que fuesen las conseqüencias de mi repulsa ; pues bien sabes que la honra de S. M. me importa mas que la vida. No obstante, haz una cosa : envia inmediatamente á llamar de mi parte al Señor Leontino , diciéndole que le deseo hablar : es un famoso Abogado : le pediremos su dictámen , y concertaremos con él los medios mas prontos y seguros de libertar á la Condesa de la violencia injusta de su ingrato Tutor , para cumplimiento de tus deseos.

Don Pedro se dió tan buena maña , que no tardó en comparecer el Señor Leontino , siendo de bellissimo agüero para Don Pedro su pronta venida.

En pocas palabras contó el Embaxador

dor al Abogado el suceso, y le mostró la memoria escrita de la propia mano de la Condesa, juntamente con la carta dirigida á Don Pedro. Fué de dictámen el Señor Leontino, que el Duque visitara al Gobernador de Roma, ofreciéndose á acompañarlo, y añadiendo, que no dudaba de que, informado el Gobernador del lastimoso estado de la Condesa, mandase comparecer, en día señalado, al Marques y á su Pupila, para oír las razones de ámbas partes; y que, miéntras tanto, contase S. Exc. con que él tomaba baxo su protección á la Pupila.— Aprobáron su parecer el grave Embaxador y el impaciente Don Pedro. Tomáron los tres el coche, y llegaron al Palacio del Gobernador. Cabalmente estaba entónces hablando con el Marques, que era muy amigo suyo. Entráronle recado de la visita del Embaxador de España, de su sobrino, y del Abogado Leontino. El Marques, que tenia la conciencia puerca, y que nunca olvidaba su principal negocio, malició al instante que aquella visita podria tener relacion con

los asuntos de la Condesa; bien que no tuviese la menor sospecha de que hubiera respondido á la carta de D. Pedro.

Como el Marques trataba familiarmente al Gobernador, se pasó á otro quarto mientras la visita del Duque. Este dixo en pocas palabras el motivo de su visita, y rogó al Gobernador, que oyese hablar mas largamente sobre el caso al Sr. Leontino. Habló este con su acostumbrada elocuencia. Primero tocó la situacion del Marques quando vivia con un corto patrimonio. Despues elogió la incomparable amistad del Conde, y la extraordinaria confianza que hizo de la providad del Marques. Demostró quan obligado estaba el Marques, así por el honor como por la gratitud, á corresponder, á toda costa, á tanta confianza. Hizo palpable que el Marques, con inaudita perfidia, obraba directamente contra todo lo que debia á su amigo difunto; y que sus procedimientos eran ingratos, deshónrosos é injustos. Por último, concluyó suplicando al Gobernador, que protegiese á la Condesa, que

mandase, por provision, sacarla de la casa del Marques, que citase á este á comparecer y responder á los cargos que se le hacian, y que fixara el dia que gustase para oir las razones de ámbas partes por sus Abogados.

No poco sorprendido quedó el Gobernador de lo que acababa de oir. Respondió gravemente, que siempre habia tenido al Marques de Castruccio por un modelo de honor, equidad y agradecimiento. Verdad es, dixo, que su patrimonio no correspondia á su nacimiento y á su mérito; pero tambien es cierto que todas las gentes honradas se alegraron de ver recompensada su virtud por el justo discernimiento del Conde de Albano. Si aquel Señor no hubiera conocido bien el bello caracter del Marques, no hubiera sido tan su amigo miéntras vivió, y se hubiera guardado de legarle al morir igual porcion de bienes que á su hija, y de dexarle poder amplio y autoridad absoluta sobre ella hasta que entrase en un Convento, si era llamada á la vida Religiosa, ó se ca-

sa-

sase con la aprobacion , y por la eleccion de su generoso amigo. Por mas autoridad que yo tenga , continuó el Gobernador , no alcanza á oponerse á la voluntad del difunto , ni á anular su testamento. Las últimas disposiciones de un moribundo son leyes con que debe cumplirse al pie de la letra ; y asi digo , que no puedo sacar á la Condesa de la casa del Marques , á quien la confió su padre. Pero , con todo , si quereis significarme la persona que intenta la acusacion contra el Marques , escribiré dos letras á este , señalaré dia para escuchar á ámbos , y creo que el acusado se justificará tan bien , que confundirá y avergonzará á su acusador.— Entónces tomó Don Pedro la palabra , y dixo al Gobernador : yo , Señor , soy quien acuso , y quien se obliga con su cabeza á probar quanto el Señor Leontino acaba de decir.— Pudiera muy bien suceder , replicó el Gobernador , que estuviesséis mal informado : yo , por mi parte , así lo espero : en fin , citaré al Marques para pasado mañana , y el Señor Leontino se dará por avisado para

om el

el mismo día. Con esto se acabó la visita.

Al volver el Gobernador de cumplimentar al Duque, halló en la sala al Marques que lo aguardaba. Maravillado quedareis, amigo mio, le dixo, quando supiereis que el motivo de esta visita es ::::: No prosigais, interrumpió el Marques: todo lo he oido: me hallaré aquí al tiempo prefixado para destruir una maliciosa calumnia, que, aunque tan falsa, no dexaria de causarme inquietudes, á no esperar que el testimonio de la Condesa misma me justificará plenamente con vos, para que esta fábula no me produzca vuestro desconcepto.

Aseguró el Gobernador al Marques, que era negocio difícilísimo alterar la buena opinion que tenia de su honor y providad.

Despidióse el Marques, y se retiró á su casa tan agitado como dexa conocerse. Pasó lo restante del día sin ver á nadie, hasta la hora de cenar. Séntose á la mesa solo con la Condesita, porque la Marquesa cenaba fuera. Violéntose muchísimo

mo para encubrir sus inquietudes, pero las descubria su melancólico silencio. Acabada la cena, y retirada la familia, preguntó á la Pupila con afectada indiferencia, ¿si no habia oido jamas hablar de Don Pedro? Respondió que no, y que suponía que la sabia precaucion tomada con las mugeres que ántes la servian, habria cerrado al temerario la entrada por donde introduxo su ridículo billete.— Pues el billete, repuso el Marques, aun no es tan malo como sus acciones. Has de saber que se ha hecho Ayo y Tutor tuyo. Hoy ha estado en casa del Gobernador, y, por el ministerio del Abogado Leontino, se ha desatado en invectivas contra mí. ¿Lo querras creer? Ha intentado darme á conocer por amigo infiel é ingrato, y por Tutor injusto y cruel. Aun mas ha hecho. Ha tenido la osadia de pedir que te saquen de mi casa, y que me hagan comparecer juridicamente para responder á las acusaciones intentadas contra mí por causa tuya.— Y ¿con qué autoridad? replicó la Condesa.— Pasado mañana lo ve-



remos , repuso el Marques.— ¡Temerario! exclamó la Condesa. ¡Se puede dar insolencia semejante! Espero, Señor, que me hallaré presente , pues nadie mejor que yo confundirá á ese Señor Don Pedro mi Tutor , y le haré ver que no soy una niña que se dexa gobernar así como quiera. Tambien espero que el Gobernador me hará justicia , y atenderá á mi declaracion.—Aqui llegaban quando entró la Marquesa.

Tan agitado estaba el Marques , que creyó , á todo creer , quanto habia dicho la Condesa , y la dixo , que nada dudaba de su afecto y prudencia.— Lo que es de mi prudencia , recargó la niña , no respondo ; pero sí de mi afecto , incapaz de alterarse por cosa alguna.— Como ya era tarde , se despidió y retiró á su quarto , satisfechísima de los procederes del Señor Don Pedro.

Luego que el Marques estuvo solo con la Marquesa , se lo contó todo , y aun quiso meterlo á zumba ; pero ella tomó el asunto muy de otro modo , y dixo , que



lo miraba como cosa seria , pues no creia que Don Pedro se aventurase á tanto , sino movido por los parientes de la Condesa , interesados en sacarla de entre sus manos ; que quiza habrian ya formado el proyecto de casarla con Don Pedro , sabiendo quanto crédito tenia con el Santo Padre el Duque su tio ; y que á no estar segura , como lo estaba , de que la Condesa no podia hablar ni oir á nadie sin su noticia , la hubiera creído culpada , y mirado la natural sencillez con que les mostró el billete de Don Pedro , como diligencia practicada para echarles tierra en los ojos , y deslumbrarlos totalmente. — ¡ Bueno ! bueno ! dixo el Marques. Pues ¿ no acabas de oir tu misma las protestas de cariño que acaba de hacerme la pobre muchacha ? — Eso mismo me da mas que pensar , repuso la Marquesa. Ya sabes como la hemos tratado ; y , finalmente , sabes lo que te va en el éxito de este negocio : no titubeemos : el mejor partido es deshacerse de Don Pedro : con esto cortas el arbol por la raiz : con esto los conjurados quedarán sin la

proteccion del Duque. Quitado una vez de en medio tu acusador, no habrá quien zele tu conducta en la administracion de los bienes de tu Pupila; y si acaso ésta tuviere parte en la trama (cosa que tengo por moralmente imposible) verá frustradas todas sus esperanzas.— Sintió el Marques alguna repugnancia á tomar el partido que le aconsejaba su muger; y así la dixo, que no se determinaria á una accion tan vil, aun quando fuese el único medio de salir del apuro.— ¡Quán poco de acuerdo estas contigo mismo! replicó la astuta Dama. Vacilas sobre la muerte necesaria de un declarado enemigo, y matas determinadamente á la hija de tu amigo y bienhechor.— ¡Cómo matarla! exclamó el Marques: ¡Dios quiera que ni á pensarlo llegue! Pues ¿qué llamas, repuso ella, la intencion de meterla por fuerza en un Convento? ¿No es esta la muerte mas cruel de todas? ¿No será enterrarla viva? ¿En qué nos detenemos? ¿Por qué vacilamos? O Don Pedro muere, ó te resuelves á verte avergonzado el resto de

tus dias , y , lo que mas es , reducido con tus hijos á la última miseria . Si no tienes mas valor en asunto que tanto te importa , te haré ver que soy , aunque muger , mas valerosa que tú . Conozco á un cierto asesino que , mediante una corta gratificacion , dará á Don Pedro pasaporte para el otro mundo , y asegurará tu sosiego en este , ántes de veinte y quatro horas . Comprehendió el Marques el riesgo que corria , si se examinaba su conducta , y vió las fatales conseqüencias que resultarian . Abrazó , por fin , el dictámen de su muger , se informó de lo tocante al asesino , y sacó que estaba casado con una muger que antiguamente habia servido á la Marquesa .

A la madrugada del siguiente dia fué el Marques á casa del dador de pasaportes , indicado por la Marquesa . Lo encontró en cama , por haberse recogido tarde . Su muger introduxo al Marques bien embozado en su capa , le suplicó que esperara un instante , y llamó á su marido , que no tardó en salir . Díxole el Marques , que necesitaba de su ministerio para
el
que

que un cierto Don Pedro fuese despachado en ménos de veinte y quatro horas.—Preguntó el valenton al Marques, ¿qué afrenta habia recibido de aquel sugeto?—Me parece, respondió el Marques, que eso nada te importa, con tal que yo te pague bien.—¡Cómo que nada me importa! exclamó el rufian: ¿qué pensais de mí? Sabed que soy honrado y concienzudo. No Señor: como yo no me asegure de que Don Pedro merece la muerte, sin quedarme escrupulo de haber pronunciado su sentencia, todas las riquezas del mundo no bastarán á corromperme. Tengo pundonor, y gusto de la justicia. Al mismo tiempo que soy executor, quiero ser juez íntegro de la pena que impongo. Por quanto hay no quisiera que la sangre de un inocente clamase contra mí. Hay otro mundo, Señor, despues de este, y tengo un alma que salvar.—Con todo de qué el Marques no tenia gana de reir, apenas pudo contener la risa. Vaya amigo, le repuso, puedes sobre mi palabra..... No me fio de palabras de nadie, interrumpió el picáron: tratamos de

la vida de un hombre , y yo he de convencerme plenamente, y en conciencia, de que el delito merece la muerte.— Pues bien , dixo el Marques, te informaré. En efecto se lo contó todo , y le preguntó despues ; ¿qué te parece ? ¿Estás convencido ? ; Ay señor ! dixo el camastronazo: no he perdido una silaba de vuestro discurso, y hallo que el tal Don Pedro, sin que le hayais dado motivo, quiere manchar vuestra familia , cosa mas importante que la vida para un hombre honrado , y de consiguiente intenta daros un golpe mortal, golpe mas funesto que la misma muerte. Su atentado es mil veces mas horroroso que el vuestro , porque vos obrais precisado. Nuestra conservacion propia es la primera ley de la naturaleza. A parte de esto , Señor , me parece que ese hombre es un enredador , que se mete en negocios que no le tocan. Mejor iria todo el mundo, si se purgara de esa casta de gentes. En fin, Señor, en resumidas cuentas, mi parecer es que no le concedais tiempo para verificar su mal designio. Dadme esa mano,

continuó , alargándosela : desde ahora mismo os lo aseguro incapaz de causaros daño. ¿Quáles son sus concurrencias? ¿Qué criados tiene? ¿Dónde se le puede encontrar de noche?— Regularmente , dixo el Marques , lleva tres lacayos en su coche ; va á todos los bayles , á todas las visitas , no falta á las operas , ni á los conciertos , ni hay funcion en Roma donde no sea de los primeros.— Está muy bien , Señor : contad ya con la cosa hecha , porque esta misma noche morirá sin falta. Lo mas de la principal nobleza se juntará á la noche en casa de la Condesa Fenicia , donde se representará una opera nueva. Lo acecharemos tan bien á la salida , y tomaremos tan justas medidas que , antes de mañana , os daremos buena cuenta de su persona. Necesito llevar conmigo tres camaradas , muy honrados , que se contentarán con doscientos escudos cada uno. Y ya sabeis , Señor , que , en estos negocios , el dinero va por delante. Muy bien , dixo el Marques ; pero ¿y si yerras el golpe?— ¡Ay Señor ! interrumpió el asesino : en tal caso tratais con

personas honradas, cosa que ya debiais haber conocido, viendo que no os he preguntado quien sois, y que he oido vuestra historia baxo nombres fingidos, segun vos mismo dixisteis. Dadme solamente unos novecientos escudos, y os doy mi palabra de que, si ese hombre no queda despachado esta noche, cobrareis vuestro dinero mañana á estas horas, á ménos de que alguno de nosotros sea muerto ú herido, pues, en tales circunstancias, la parte del muerto es de la viuda, ó bien se retiene, si es herido, doble de lo que importa la cuenta del Cirujano, por via de gratificacion; y los que escapan ilesos se atienen regularmente á la generosidad del patron, siquiera por el tiempo que han perdido.

Basta, dixo el Marqués: ántes que te vistas estaré aqui de vuelta con el dinero; pero mira que fio en tu palabra.— Llegó á su casa, y calmó los recelos de la Marquesa contándole lo sucedido.

La muger del baladron, que conocia al Marqués, tuvo la curiosidad de escuchar

á la puerta quanto habian hablado.

Quiso la Providencia que aquella muger tuviese un pariente criado de Don Pedro. Quedó sin padres desde niña, y la crió la madre de dicho pariente, á quien siempre quiso mucho. Temió que, muerto Don Pedro, no perdiese el primo su fortuna, pues no solo era criado, sino favorecido de aquel Señor; y sobre todo esto se acordaba de lo mucho que habia debido á su tia. Esperó á que volviese el Marques, que no tardó en llegar con el dinero. Luego que se fué, salió el asesino á componerse con sus camaradas. Al instante corrió la muger á contar al primo quanto sabia. Este la pidió que esperase un poco. Entró á despertar á su amo, que aun dormia, y le dixo: levantaos al instante, Señor, porque pelagra vuestra vida. Volvió á salir, y, un instante despues, entró con su prima, á quien hizo contar palabra por palabra lo que sabia. La pobre muger acabó suplicando á Don Pedro, que lo dispusiese de modo, que su marido no cor-

riese riesgo, y que nunca supiese ser ella la descubridora del secreto. Con lo qual se retiró, sin aguardar mas respuesta. Llegó á su casa ántes que el marido, y se volvió á desnudar, de manera que, quando aquel llegó, la encontró ocupada en sus haciendas diarias. Dióla dinero, y la mandó que preparara comida para tres amigos que habia combidado, advirtiéndola, que tenia que hablar con ellos, y que así, luego que hubiese servido la comida, y puesto las botellas sobre la mesa, saliese de casa á visitar á alguna amiga; lo que obedeció puntualmente ella; y, ya que hubo salido, se encerró el asesino con sus tres compañeros, miéntras la muger se encaminó á casa de su primo para contarle quanto pasaba.

Ya Don Pedro habia noticiado al Duque de Ossuna todo el suceso. Entónces se aseguró éste en que el Gobernador era amigo del Marques, y sospechó si acaso le habria revelado el asunto. No juzgó por lo mismo conveniente acudir á él;

sino que acordó con su sobrino dirigirse al Vaticano, á pedir una audiencia al Papa.

Al bajar la escalera, columbró Don Pedro en el vestíbulo á la muger del asesino. Díxoselo á su tio, y éste volvió atras, mandando que le presentaran la muger. Esta repitió al Embaxador lo mismo que habia dicho á su sobrino, y añadió, que los tres valentones estaban actualmente en su casa con su marido. Dióla S. Exc. una bolsa de zequines, y la despidió asegurándola, que nada tenia que temer. Envió el Duque al instante algunas gentes para que, puestos á la vista de la casa de los quatro asesinos, tomasen sus señas en saliendo, y se quedasen unos para seguirlos, miéntras otros fuesen á noticiarle lo que habia. Dadas tan acertadas órdenes, marchó el Duque derecho al Vaticano. Fué inmediatamente admitido á la audiencia, y notició al Santo Padre quanto pasaba, quien quedó escandalizado y sorprendido de un atentado tan horrible, y dixo al Duque, que lo tomaba todo á

su cargo. En consecuencia de ello, envió á llamar al Capitan de Guardias, y le declaró sus intenciones.

Expedidas las órdenes, y dadas las providencias, hizo Don Pedro, durante el dia, sus visitas acostumbradas. A la entrada de la noche se fué á casa de la Condesa de Fenicia. Ya entónces estaban, junto á la puerta-cochera de la casa, dos de los quatro guapos, que hacian como que hablaban de cosas serias. Los enviados en su seguimiento no los habian perdido de vista. Luego que Don Pedro entró, se acercó uno de los guapos al cochero, y le dixo, como por pasatiempo; ¡bello tren! ¿puede saberse quien es su dueño? Uno de los criados del Embaxador, que se hallaba presente, y entendió la pregunta, le respondió, que su dueño era Don Pedro Patillos, sobrino del Embaxador de España.—Acaso será ese Caballero, que acaba de entrar en casa de la Condesa de Fenicia, replicó el guapo.—El mismo, repuso el criado.—Entónces los dos valentones hicieron la desecha,

echa, y se separaron. Ambos fueron seguidos por los criados del Embaxador, bien disfrazados. Viéronlos entrar, uno despues de otro, en una taberna inmediata; y poco despues se les juntaron los otros dos camaradas, igualmente observados y seguidos. Luego que estuviéron los quatro juntos en la taberna, diéron parte al Capitan de Guardias de lo observado. Como era ya de noche, se embozó en una capa, y, acompañado de dos Oficiales, se presentó al tabernero, y pidió que le proporcionase un quarto, desde el qual pudiese ver y oír á los quatro hombres, entrados poco habia en la taberna, cuyas señas le dió; y, para que no dudase con quien hablaba, se desembozó el Capitan, y mandó al tabernero que guardara profundo secreto, amenazándole con la muerte, si aquellos hombres se le escapaban por culpa suya.

Comprehendió el tabernero que el asunto no era cosa de chanza. Los metió en un quartito únicamente separado del otro por un tabique de tablas. Quisiéron

estar á obscuras, y se colocáron de manera, que , por una de las junturas de las tablas , veian y oian á los quatro conspiradores. Estos consultáron mucho tiempo sobre qué lugar elegirian para dar su golpe. Por fin lo determináron, y enviáron á uno de ellos para que se informó de la hora á que se acabaria la funcion , y de si el coche de Don Pedro estaba todavia á la puerta. No tardó en volver, y dixo á sus camaradas, que allí estaba el coche, y que aun podian beber una botella mas de vino , porque faltaba como cosa de un par de horas para acabarse el concierto. Los Oficiales , que lo oyéron todo , baxáron y pidieron un quarto con luz. Dos de ellos se quedáron , y el otro fué á dar órdenes á la guardia. Dispusose tan bien la tropa desde la taberna hasta el lugar destinado para el asesinato , que no se dudó de la prision de aquellos malvados. Miéntras tanto volviéron los Oficiales á intimar al tabernero que , si dichos hombres rastreaban lo que se hacia , responderia de ello con su propia cabeza.—Aseguro el taber-

bernero, que no conocia tales gentes (quiza no mentia), y que , quando fuesen sus más cercanos parientes , ó íntimos amigos , primero era él y su familia.

Pagaron los guapos su gasto , y salieron de la taberna , quando ya les pareció hora . Siguiéronlos los Oficiales á cierta distancia , y llegaron los quatro asesinos á tiempo que finalizaba el concierto . Partieron muchos coches ántes de que arriase el de Don Pedro . Entónces los asesinos se esforzaron á penetrar para verle tomar su coche ; mas los criados les estorvaron acercarse . Luego que nuestros valientes vieron que Don Pedro iba ya á entrar en su coche , se diéron prisa á tomar el camino de su casa , pero siempre observados por los Oficiales . Así que Don Pedro supo la marcha de los asesinos al apostadero , se metió en el coche del Conde de Tripalda , quien lo llevó al Palacio de España . Su coche partió vacío , pero con los vidrios echados , y con sus dos lacayos detras , como si hubiese llevado al amo . Apenas llegó el coche al pa-

parage donde estaban apostados los asesinos, quando uno de ellos mandó parar al cochero, y cada dos se pusieron á los estrivos del coche; pero en el mismo instante se echaron encima los soldados, y los llevaron presos sin ruido.

La mayor parte de la tropa, que aguardaba el éxito, estaba oculta en algunas casas vecinas, habiendo advertido á sus dueños, que aquello era para prender algunas personas sospechosas á la Corte, y que, baxo pena de la vida, callasen, para de este modo, prender mayor número. Los vecinos, que maliciaron podría ser algun negocio del Santo Oficio, callaron como unos muertos; de manera que el atentado no se hizo público en Roma, y solo fué sabido de los que concurrieron á estorvarlo.

A la mañana siguiente, se esparció el rumor de que habian asesinado á Don Pedro la noche antes. Cuidóse de que la noticia llegara quanto antes á casa del Marques. No cabe explicarse quanta fué su alegría. Particularmente la Marquesa.

estaba loca de contento. Aconsejó á su marido, que fingiese ignorarlo, y que fuese, como acostumbraba, á casa del Gobernador, que ella lo seguiria, como lo hizo efectivamente de allí á poco, acompañada de la Condesa, á quien nada dixo de la muerte de Don Pedro; de manera que ambas Damas iban contentísimas, pero con motivos diferentes. Poco tiempo habia que estaban en casa del Gobernador el Marques, su muger y la Pupila, quando llegó el Abogado Leontino. Dixo, en su presencia, al Gobernador, que Don Pedro habia sido asesinado la noche antes, y que así, faltando el acusador principal, no tenian por que comparecer el Marques y la Marquesa, á quienes debia descargárseles de la acusacion intentada contra ellos. Fingiéron maravillosamente quedar áturcidos de la noticia; pero fué milagro que la Condesa no muriera de dolor. Arri-móse á ella con disimulo el Abogado, y le dixo al oido, que era una noticia falsa esparcida de propósito. Con todo, era tanta su agitacion, que tuvo que pedir un vaso

de agua, con lo que se repuso algo. La Marquesa disfrutaba gozosamente de la afliccion de la Pupila, y la dixo: no acabo de admirarme, Mariquita, de verte tan acongojada por la muerte de un hombre que no conoces: mejor será que nos vayamos á casa, y no incomodemos mas al Señor Gobernador, porque puede repetirte la congojilla, y siempre será bueno hacer-te una corta sangria.— Entónces la interrumpió el Abogado diciéndola: Señora, ved aquí una órden de su Santidad para que la Condesa se quede en casa del Señor Gobernador. Con efecto entregó á este la órden. Vos, Señora, continuó, podreis volveros quando quisieris.— Aquella órden fué para ambos esposos un rayo del cielo que los aterró. El Gobernador dixo, que le precisaba obedecer á la letra los Decretos del Sumo Pontifice, y, volviéndose á la Condesa, añadió: que aunque, segun la relacion que tenia en la mano, la imputaban el asesinato de Don Pedro, con todo, la Gobernadora, su muger, cuidaria de suavizarle las penas de su arresto.

Los Marqueses, que nada comprendieron, se despidieron del Gobernador diciéndole: que aguardarian con sumision las órdenes de su Santidad, por lo relativo á la Condesa.

Tomaron el coche, y se fueron en derecha á casa para hablar mas comodamente de sus asuntos. Pero ; cuánto fué su pasmo, quando, al llegar, encontraron á toda la familia en el vestibulo, rodeada de soldados, y selladas las puertas de todas las habitaciones! El Oficial Comandante no les dió tiempo para que volvieran en sí. Dixo al Marques, que tenia orden de asegurarse de su persona, de sellar las puertas de la casa, y de dexar una guardia en ella; y que la Señora Marquesa le perdonaría, si, en virtud de las órdenes con que se hallaba, no la permitía pasar mas adelante; que podia irse donde mejor la pareciese en el coche en que habia venido; pero que la acompañarian soldados para volverse con el mismo coche y caballos.— Pues ; qué es esto? preguntó la Marquesa: ; Qué significa un procedimien-

to tan extraño y desusado? — Temo, Señora, replicó el Oficial, que será, por vuestra desgracia, demasiado justo. Pero no puedo detenerme. Entre el Señor Marques en mi coche, que yo le haré compañía; y vos, Señora, id donde quisiereis. Dixo la Marquesa, que deseaba acompañar á su marido; pero la reusaron esta gracia. Medio muerto el Marques, entró en el coche con los tres Oficiales, y fué llevado al Palacio del Gobernador. En aquel intervalo fuéron tambien llevados allá los quatro asesinos, con grillos en los pies, y esposas en las manos. Estaban en la antecámara quando entró el Marques. Luego quando éste puso los ojos sobre el principal de ellos, á quien habia dado el dinero, estuvo para desmayarse. Apenas se vió en la presencia del Gobernador, exclamó así: nada me preguntéis, Señor: me confieso culpado: no puedo escapar de la mas rigurosa justicia. Bendigo al cielo de que me haya acusado ese hombre: nada deseo tanto como la mas pronta muerte. — En vista

-35
de

de esto , hizo su confesion , y la firmó.

Retirado que fué el Marques , presentáron al Gobernador los quatro asesinos. No tan solo no quisiéron confesar, sino que su xefe protestó que no conocia al Marques. Por último , y para abreviar , los quatro fuéron condenados á galeras miéntras viviesen. Pero agrabáron mas la condena del principal , como tan justamente lo merecia. Todos los bienes y efectos del Marques fuéron confiscados en favor de la Condesa de Albano , y él condenado á degüello. Pero la generosa Condesa hizo tanto , y suplicó tanto , que por intercesion del mismo Duque de Osuna , consiguió del Santo Padre la vida del Marques , y que se conmutase la pena de muerte en una prision perpetua. No estuvo mucho tiempo preso , porque murió al cabo de tres ó quatro meses. Miéntras vivió , se mantuvo la Marquesa oculta en casa de su hijo ; pero , muerto el Marques , se retiró á un Convento. Sus hijos hubieran muerto de hambre ; pero la virtuosa Con-

de-

desa los remedió, señalándoles una buena pension, luego que la declararon poseedora, no solamente de lo que el Marques habia heredado del Conde de Albano, sino tambien de todo lo atesorado por el Marques en la administracion de la tutela de la hija de aquel amigo generoso. De allí á poco, casó la Condesa con Don Pedro, su libertador, y su Santidad los honró dándoles la bendicion nupcial. Vivió con su marido en Roma, hasta que, siendo llamado el Duque de su Corte, lo siguió á España. Estuvo dicha Señora algun tiempo en Madrid, y despues se vino aquí, donde vive querida, estimada y admirada de quantos logran la fortuna de conocerla.

Acabó mi hermano su narracion, y le diéron por ella gracias y aplausos. Hablamos despues de varias materias indiferentes, mientras volvian del paseo; pero, viendo que no llegaban, fuimos á buscarlos al jardin.

Ya estabamos cerca, quando descubrimos á lo léjos, sobre la calzada grande, un

coche con seis mulas, escoltado por muchos criados á caballo bien armados. No bien los descubrimos, quando uno de ellos, á carrera tendida, se vino hácia la casa. Diximos á Don Alfonso, que sin duda le venia alguna visita de cumplimiento. Dimos vuelta á casa, y, apénas entramos, quando un lacayo advirtió á mi buen patron de que la Condesa de Ximenez venia á visitarlo. Salimos á recibirla, y fué tan á tiempo, que Don Alfonso pudo darla la mano para baxar del coche. Mi hermano sirvió á la hija de la Condesa, que era una hermosa muchacha de trece á catorce años.

Avisáron á la Condesa de Leyva, que estaba arriba con mi tia y mi madre, y baxáron á cumplimentar á las nuevas huespedas. La recién llegada habia enviudado algunos años habia, bien que aun no pasaba de veinte y ocho. Era parienta cercana de mi madre, como tambien el Conde su difunto esposo, para cuyo matrimonio fué necesaria dispensa, á causa de la proximidad del parentesco. Venia de Madrid, donde

fué á entablar algunas pretensiones , y se volvía á Xativa á pasar allí algunos dias. Así ella como su hija tenían muchos bienes en las cercanias de aquella Ciudad. Habia rodeado para visitar á Don Alfonso, y contaba con haber seguido inmediatamente á Xativa á ver á mi tio y á mi madre, en caso de no haberlos encontrado en Leyva.

Aunque dicha viuda no era hermosa, era por muchos respetos amable; porque tenia gran juicio , vivo ingenio , y conversacion chistosa. Pasó algun tiempo en Francia con su difunto marido , que estuvo en ella de Embaxador , y resultó que la vivacidad Francesa sirvió de correctivo á la gravedad Española.

Sus antepasados poseyeron la Señoría y Castillo de Ximenez , destruido ántes de la irrupcion que hiciéron los Moros en España , á persuasion del Conde Don Julian , en el año de 713 , reynando Don Rodrigo , último Rey de los Godos. Ganáron los Moros una señalada victoria en una batalla general , dada entre Xerez y

Medina-Sidonia , en Andalucía , en la qual quedáron derrotados totalmente Castellanos y Godos ; de manera que ya no encontráron los infieles quien se opusiera á sus conquistas. La nobleza , capitaneando los que se salváron de la derrota , se retiró hácia Asturias y Vizcaya , y buscó asilo en los Pirineos y otros lugares circunvecinos. Suinza , de quien la Condesa y su marido descenden en línea recta , era entónces Señor de Ximenez. Juntó como pudo un puñado de gentes de las ruinas del Ejército, y se retiró á las montañas cercanas á Segura , y allí se juntó con algunos otros , que tambien buscaban refugio. Se defendiéron valerosamente , y de tal manera los imitáron sus hijos , que nunca pudiéron los Moros subyugarlos. Y luego que los Españoles empezáron á prosperar , y á decaer los Moros , se pusieron los descendientes de Suinza en posesion de su antiguo patrimonio , que continuáron defendiendo , y mantuviéron sin dificultad. Extinguida , pues , la línea masculina , por la muerte del padre de la jó-

ven

ven Condesa , reúne ésta en su persona los derechos de padre y madre , y se ve única heredera de los bienes y títulos de familia tan ilustre.

Podría tener entónces como unos trece años : era bastante gallarda , pero demasiado niña para su edad ; bien es cierto que acababa de salir de la compañía de unas Monjas , y esto me la hacía algo ménos amable. Con todo eso , aquella misma sencillez hizo un efecto contrario en el corazón de mi hermano , quien opinó que con ella se aumentaba su buen parecer. Se enamoró de ella desde el mismo instante que la vió , y llegó á tanto que , en el poco tiempo que estuvo con nosotros la Condesa , todos notáron el repentino caimiento de mi hermano , sin poder penetrar la causa.

Una noche , antes de mi partida de Leyva , dixo la Condesa Serafina al Señor Scipion , que esperaba con impaciencia el cumplimiento de la oferta que la habia hecho de contarla sus aventuras de América ; y que no dudaba que la Condesa de

Ximenez las oiría con muchísimo gusto.

Respondió el Señor Scipion , que estaba prontísimo á obedecerla; pero que temia no fuese mal empleada la atencion con que lo honrase.

Tan al contrario será, repuso la Dama, que no podrá darse tiempo mas utilmente empleado. Me basta, replicó Scipion , la honra de obedecer vuestras órdenes: no debo buscar mas disculpas; y así, Señora, voy á satisfacer vuestra curiosidad.

Todos quantos estaban en Leyva se dispusieron á escuchar atentamente , y el Señor Scipion empezó así su historia.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Aventuras del Señor Scipion. Su viage á Vera-Cruz, y desde allí á México. Historia del Conde de Xerez, y de Don Alfonso. Como hizo amistad con ellos en el camino.

EN mi primer viage á América supe quales mercancías eran allí de mas pronto despacho, y mas lucrosas. Determinado á volver allá, hice un cargamento considerable. Tenia yo algun dinero, que, junto con el que me prestó Don Gil Blas, y el que hallé modo de tomar en Cadiz, compuso la cantidad de quarenta mil pesos. Embarqué todos mis efectos á bordo del San Joseph, navio de la flota pronta á hacerse á la vela, y partimos. Nuestro viage fué muy feliz, pues llegamos á Vera-Cruz en once semanas. Recibiéronnos con grandes demostraciones.

ciones de gozo, y fuimos todos en procesion á la Iglesia Catedral para dar gracias á Dios de habernos llevado con bien.

Dime prisa á desembarcar mis mercancías, y tomé mulas para dexar quanto antes á Vera-Cruz, cuya situacion hace su ayre mal sano. Tiene dicha Ciudad hácia el Oeste Sud-oeste unas lagunas de aguas cenagosas, y está circundada de arenales. El sol, que es ardentísimo, atrae de los pantanos exhalaciones muy perniciosas. Y es imposible aguantar el calor que causa la reverberacion de los rayos del sol en los arenales.

Cargados mis efectos, tomé el camino de México, aunque, á decir verdad, hubiera podido despacharlos en Vera-Cruz á ciento por ciento de ganancia.

Ibamos juntas unas treinta personas, sin contar los mozos de mulas. Entre mis compañeros de viage, habia nueve Religiosos Franciscanos Misioneros, á quienes los Indios trataban con un respeto, que tocaba en adoracion. A la tercera noche

lle-

llegamos á Xalapa de Vera-Cruz, que es lugar de unos dos mil vecinos entre Españoles é Indios. Allí empecé á ver el mucho luxo del Clero Regular en aquellas comarcas felices.

Antes de llegar á dicho pueblo, hice conocimiento en el camino con dos sujetos de nuestra caravana, si así puedo llamar á la tropa de viajeros: eran ya hombres muy hechos, y llevaban entre los dos quatro criados. Por su buena traza los creí antes Caballeros que negociantes, y mas viendo que no llevaban mercancia alguna. Eran reservados, no se abrian con nadie, y me pareció que tenian alguna inquietud en sus animos. Procuré divertirlos como pude en el camino, y aun ganarles la estimacion y confianza, haciéndoles algunos cortos servicios. Era suma mi curiosidad de saber quienes eran, y qué los habia llevado á aquel nuevo mundo, donde no creia yo que nadie fuese por su gusto á viajar.

Como yo habia andado otra vez aquel camino, iba provisto de todo lo neces-

rio para padecer ménos. Les ofrecia yo de tiempo en tiempo algunos refrescos, en que ni siquiera habian pensado, los quales les parecian tanto mas deliciosos quanto mas oportunos, y me daban muy cordiales gracias. El uno recibia con bastante franqueza y bondad lo que yo le presentaba; pero el otro como que sentia tener que agradecer á un hombre, que juzgaba muy inferior á él.

Al acercarnos á Xalapa, envié delante á un criado mio para que fuese á parar á casa de Don Rodrigo de Calles, comerciante rico de aquel pueblo, con quien habia yo tratado en mi viage anterior. Se alegró tanto de mi llegada, que me salió á recibir fuera del pueblo, para obligarme á que aceptara el hospedage de su casa. Pasados los cumplimientos primeros, le mostré á mis dos amigos, y le pedí que los alojara juntamente conmigo. Hícele aquella suplica porque yo conocia su casa, y su mucha urbanidad, y me respondió con todo agrado, que no podia darle mayor gusto. Los dos amigos
qui-

quisieron escusarse cortesmente ; pero el mismo D. Rodrigo les hizo mil instancias, de manera que aceptaron sus ofrecimientos mirándolos como un señalado favor.

La casa de Don Rodrigo era tan espaciosa , que mas bien parecia palacio de un Virey , que habitacion de un simple Comerciante. Luego que entramos, vimos que el interior no desmentia el exterior : los muebles eran tan magníficos como el edificio : los criados muchos : la mesa tan delicada y profusa , como grande y noble todo lo restante. Por mas que nuestros Extranjeros afectaban un cierto ayre reservado , se les traslucia por el semblante la admiracion que los ocupaba.

Ya que todos nos conociamos mas, propuse á mis dos Extranjeros alguna mayor detencion en aquel pueblo. El de mas edad me respondió , que se detendria con mucho gusto ; pero que no se atrevia á incomodar mas tiempo á Don Rodrigo, á quien ya no sabia como agradecer las particulares finezas que le debia. Aquí no estais en Europa, interrumpió el gene-

roso Comerciante : la hospitalidad , des-
terrada de entre los Europeos , ha encon-
trado asilo en América. Permitidme que
francamente os diga , que , por vuestra re-
sidencia en mi casa , no gasto un real de
plata mas. Mi mesa siempre se sirve como
habeis visto ; y , en quanto al alojamiento,
os aseguro que me complacéis mucho en
ocuparlo. Dios ha bendecido mi comercio,
me veo rico , abundantemente provisto
de quanto puedo desear , y la única cosa
que me falta es una buena compañía :
creed que , léjos de estarme vos agrade-
cidos , os lo debo estar yo : miéntras mas
estuviereis en mi casa , mas tendré que
agradeceros.— Semejantes expresiones, re-
puso el Extrangero , me cierran entera-
mente la boca, y me fuerzan á no rehusar
los ofrecimientos que con tanta generosi-
dad nos haceis , porque , de no , temeria
que sospechaseis dudaba yo de vuestra
sinceridad. Como los demas compañeros de viage
lo habian de continuar al dia siguiente,
mandé á mis mozos de mulas que continua-

sen tambien; y escribí con anticipacion á México, á un Comerciante conocido mio, pidiéndole que recibiera mis efectos, y que me alquilara una casa cómoda, y moblada, para quando yo llegase.

Descansamos tambien al dia siguiente sin salir de casa. Al otro dia nos divertimos en recorrer el pueblo. Al entrar en casa por la noche acometió al mayor de los Extrangeros frio, con síntomas de calentura. Retiróse á su quarto, llamóse á un Cirujano, y se contentó con sangrarlo ligeramente. Sintió alivio y pasó bien la noche. Dixéronnos al dia siguiente que se hallaba mejor, pero que deseaba guardar cama todo el dia, y que le acompañase su amigo. Lo visitamos Don Rodrigo y yo, nos recibió muy cariñosamente, y nos dixo quanto sentia que su indisposicion aumentase las incomodidades que causaba á unos sugetos que apenas lo conocian. Volvió mi amigo á tranquilizarlo sobre este particular. Yo me aventuré á decirle, que su mal mas era procedente del animo que del cuerpo; que yo le habia siempre

notado una cierta melancolía, señal de alguna amarga pena que podría contribuir mucho al aumento de sus males, si no empleaba la razón para vencer su tristeza.

No cabe, nos dixo á ambos, obrar mas generosamente de lo que obráis conmigo. Creed que lo agradezco como merece; pero, por lo que mira á mi pena, noto que les es facil á los que disfrutan salud predicar la paciencia á los enfermos: quando está sosegado el animo, se dan bellas lecciones de estoicismo á los atribulados. Bien habeis adivinado, Señor Scipion, dixo encarándose conmigo: la desgracia que me oprime, y una afrenta sensibilísima, hacen mas impresion en mi alma, que la calentura en mi cuerpo: verdad es que la esperanza de remediar la primera, y de lavar, tarde ó temprano, la segunda, contribuye mucho á tranquilizarme, y á impedir que no muera á la violencia del sentimiento. Ved aquí el único motivo de mi viage á México. Ni por curiosidad, ni por avaricia, he salido de mi patria. La justicia y la esperanza de

vengar nuestra honra , indignamente insultada , nos ha impelido á transportarnos á América. Luego que me sienta algo menos fatigado que me hallo ahora , os contaré mis sucesos , y entónces juzgareis si no se necesitan fuerzas mas que humanas para no desmayar baxo el peso de las desventuras que me agovian.

Don Rodrigo , continuó dirigiéndose á mi amigo , tenemos letras de cambio para Don Pedro Mendoza , en México : si la indisposicion me precisare á causaros algunos gastos mas , espero que añadireis á las finezas que os debo la de enviar un hombre de vuestra confianza para que me traiga dinero , porque el que tenemos pronto se distribuirá entre Médicos y Boticarios , pues á estos Señores se les debe pagar sin retardó. — Díxole Rodrigo que él tenia dinero á su disposicion para que tomara quanto quisiese , y que así descansara sobre este particular. — Dió gracias á Don Rodrigo , y le pidió que enviara á llamar á un Médico. No tardó en venir. Pulsó al enfermo , y declaró que necesitaba de al-

gun

gun reposo, que la indisposicion era una friolera, y que luego se restableceria, con tal que se tranquilizase. Así fué, pues en ménos de ochos dias quedó enteramente bueno.

Estuvimos en casa de Rodrigo veinte dias, y le dexamos á disgusto suyo. Hizo quanto hay que hacer para detenernos, y se mostró apesadumbrado de nuestra marcha.

La víspera de nuestro viage, y hallándonos todos juntos en conversacion, dixo el que habia estado enfermo á D. Rodrigo, que se acordaba de habernos prometido contarnos su historia. Es mucho lo agradecido que me hallo, continuó, á lo bien que nos han tratado aquí, y quiero pagar alguna de mis deudas cumpliendo lo prometido. Procuraré hacerlo lo mas brevemente que pudiere.

Mi nombre es Gerónimo, y mi apellido Varon, tan conocido por lo ménos en Castilla, Provincia de mi nacimiento, como algunos otros que quiza pasan por mas ilustres. El título de Conde de Xerez, y
de

de la hacienda así nombrada, viene de mi abuelo materno, y pasó á mi casa por falta de herederos Varones en aquella.

No os cansaré con la varia relacion de mi vida, y solo me detendré en lo que tuviere relacion con el desgraciado suceso que me aflige. Habia en mi vecindad un Caballero riquísimo, llamado D. Henrique de Rialto, que tenia dos hijos, el mayor llamado Diego, y el segundo Lope. Ya eran hombres hechos quando perdieron á su padre, quien dexó sus títulos y bienes á Don Diego, y á Lope algunas tierras, y mucho dinero contante.

Vivimos como buenos vecinos y amigos con el padre, miéntras vivió, y con los hijos, muerto su padre. Eran hombres de mérito, y de buena educacion; y con todo son origen de la ruina de mi familia, y causa de este largo y peligroso viage que emprendimos.

Bendixo el cielo mi matrimonio dándome un hijo y una hija. Ambos eran todo mi bien; pero no, porque si emprendo retrataros las prendas personales y mora-

les de mis hijos, creeréis que hablo como padre á quien perturba el discernimiento la ternura. Llamóse mi hijo Henrique, pues tuvo por padrino al Caballero de quien ya hicimos mencion. Eran nuestros hijos, á poco mas ó ménos, de una edad, habian aprehendido todo con unos mismos Maestros, y la costumbre, la vecindad, los pocos años, la uniformidad de genios y de clase, todo concurrió á estrechar la mayor amistad entre Don Lope y mi hijo. Creció tanto con el tiempo aquella amistad, que comunmente los llamaban los dos amigos. Don Diego frecuentaba mucho mi casa. Enamoróse de mi hija Julieta, y me pidió permiso para tratarla, baxo esta condicion, y obtener su consentimiento, á fin de pedirmela por muger. No podia yo desear para mi hija establecimiento mas ventajoso. Antes de que él pensase ser mi yerno lo habia pensado yo, porque eran muy de mi gusto su bello natural y caracter, su justo raciocinio, su gran juicio, su amable conversacion, sus cariñosos

modales , su arte de insinuarse , su graciosa persona , su atractiva fisonomía , y su talle suelto y ayroso. En una palabra , era tal , que ninguna Dama tenia que temer la crítica , por haberle entregado su corazon. Sobre todo esto era muy rico ; de manera , que yo tenia sobradísimas razones para esperar que mi hija fuese dichosa con tal esposo. Ya conoceréis que no le costaria dificultad obtener mi consentimiento , ni tardaria mucho en ser querido de mi hija. Por último , se habló de matrimonio , nos convenimos , y se diéron á los Escribanos las instrucciones para formalizar los contratos matrimoniales. Todo dispuesto ya , y firmados los contratos , no quedaba mas que fixar el día en que debian casarse. Don Diego y yo hicimos preparativos extraordinarios para que todo fuese magnífico.

Deberia haberos dicho antes , que nuestras haciendas estaban situadas á las inmediaciones de Sigüenza. Entretanto que tratábamos de la boda , riñeron dos Caballeros sobre los limites de sus tierras.

Uno de ellos, llamado Don Antonio, residia en el mencionado pueblo, y el otro, llamado Don Ramiro, era vecino de Don Diego. Para evitar las formalidades de justicia, se conviniéron á terminar su querrela con la espada, tomando cada uno un segundo.

Don Ramiro nombró á Don Lope para el campo de batalla; y Don Antonio hizo á mi hijo el fatal honor de nombrarlo para su segundo. No aguardeis que os refiera las circunstancias de aquel duelo infeliz, porque solo pudieron saberse por lo que dixo Don Lope en sus interrogatorios, y es de creer que no declararía cosa que fuese en desventaja suya, siendo el único que no quedó en el campo de batalla.

Bien es verdad que un labrador, que araba no distante del lugar de la tragica escena, confirmó por su deposicion, baxo juramento, lo declarado por Don Lope, es á saber: que hizo éste quanto pudo para evitar la riña con mi hijo, que le forzó á sacar la espada: que, quando Henri-

que

que le acometi6, se mantuvo sobre la defensiva, solo reparando los golpes: que hablaba bastante alto Don Lope para oir distintamente que recordaba á mi hijo su recíproca estrecha amistad, y que le exhortaba á no intentar la muerte de un hombre que sacrificaría su vida por conservarle la suya: que mi desventurado hijo respondió, que la honra sofocaba en él toda consideracion, y que, diciendo esto, se arroj6 á Don Lope, y lo hirió en el brazo derecho: que, al dar el golpe, se clav6 en el muslo la espada de su contrario herido, y que, siendo mortal la herida, por haber roto la vena-caba, como despues lo acreditaron los Cirujanos, registrando el cuerpo, expir6 de allí á poco, perdida toda la sangre: que Don Lope, viendo caer á su amigo, se abraz6 con él, lo levant6, y lo tuvo entre sus brazos hasta que muri6: que, por otra parte, Don Antonio habia estrechado á Don Ramiro, y tropezado y caido sobre él, quando nadaba ya en su sangre: que, yendo hácia ellos Don Lope,

se puso Don Antonio ligeramente en pié para aguardarlo: que se arrojó Don Lope sobre él, como un leon, gritándole, que le habia quitado mas que la vida, siendo causa de la muerte de su amigo: que aunque Don Antonio habia ya recibido muchas heridas, riñendo con Don Ramiro, no dexó todavia de pelear con mucho vigor, hasta que, por último, recibió en el estomago una estocada, que lo derribó muerto al lado del que acababa de matar..... Pero, con todo, ¿seria imposible que hubiesen sobornado con dinero al labrador para que declarase lo dicho, aun baxo juramento?

La santa Hermandad, que por todas partes tiene espías, supo al instante del duelo. Acudió corriendo al campo de batalla, á tiempo de prender á Don Lope, pero no á tiempo de impedir la sangrienta tragedia. Lleváronlo á la carcel de Sigüenza, y cabalmente á tiempo que estaba junto el Tribunal, llamado las Cortes. Quiso tomar conocimiento del asunto, y mandó que Don Lope fuese lleva-

do á Madrid baxo una buena escolta. No ignorareis que de Sigüenza á la Capital hay como unas veinte y dos leguas. Mucho tiempo habia que se trabajaba en abolir el abominable uso de los desafíos, y que se hacian leyes severísimas contra tan barbaro furor; de manera que no se dudaba que Don Lope perdiese la cabeza en un cadahalso, sin que le valiese favor ni recomendacion alguna.

Este desgraciado suceso rompió totalmente las medidas tomadas para el matrimonio de mi hija. No podia resolverme á admitir por yerno al hermano del matador de mi hijo; ni era natural que Don Diego quisiera enlazarse con la familia de un hombre, que respiraba contra la suya venganzas, y solicitaba la muerte de su hermano. Apenas se recibieron en Sigüenza las órdenes para transferir á Don Lope á Madrid, quando lo sacaron escoltado de diez Caballeros de la santa Hermandad, mandados por un Oficial de aquel Tribunal temible.

Don Diego, que amaba mucho á su hermano, y lo supo todo, tomó tan buenas medidas, que, al segundo dia, salió al encuentro de la santa Hermandad, con una docena de valerosos amigos, bien montados y armados; pero con máscaras para no ser conocidos. Aguardáron á la tropa en un paso ventajoso, se arrojáron sobre ella, y la quitáron el preso, con el que se retiráron y escondiéron, de manera que no pudiéron ser descubiertos. Bien es que se sospechó haber sido ganados los de la escolta, porque no hicieron resistencia.

Es preciso ser padre para comprender mi mucha pena. No ménos que yo sintió mi hija un accidente que le quitaba de un golpe á un hermano muy querido, y á un hombre mirado ya como su esposo. Pero, al fin, el tiempo, mitigador de todo, templó algo nuestro pesar. Luego que lo permitió la prudencia, Don Alfonso de Alarcon (que es este mismo Caballero que me acompaña, y quien me induxo á emprender este viaje)

ge), me pidió á mi hija Julieta para muger. Como es ilustre, y ademas merecedor de mucho por su mérito y su persona, no titubee en concedersela, teniéndolo por muy buen partido. Mandé á Julieta que recibiese sus visitas, y lo mirase como destinado para su esposo; pero noté en ella una repugnancia invencible, y fué la primera vez que la vi opuesta á mi voluntad. Con tanta aspereza trató á Don Alfonso, que el buen Caballero desesperó de lograr su casamiento. Yo me enojé tanto, que determiné valerme de toda mi autoridad paternal. Díxela, que pues así desconocia sus propios intereses, no queria perder mas tiempo, y que se preparara á dar la mano á Don Alfonso dentro del término de ocho dias. Respondíome con frio sosiego, que yo era muy dueño de disponer de su persona, pero que no lo era de dar á Don Alfonso un corazón que yo mismo habia entregado á D. Diego.

Al dia siguiente no acudió á la hora de comer, y envié á preguntarla el motivo. Respondió la doncella, que su ama esta-

ba

ba algo indispueta. Tomé aquella disculpa por puro efecto de su obstinacion , y resolví no darme por entendido , para dexarla tiempo de reflexionar sobre sus obligaciones. Así pasé quatro dias , sin informarme de como estaba. Acabóseme la paciencia , y , al quarto dia por la noche , subi á su habitacion , y quedé sorprendido de no encontrar á mi hija , ni á su doncella. Alboroté la casa , pregunté á todos los criados , y saqué en limpio , que no se habian atrevido á informar de lo que hacia mi hija , á quien juzgaban levemente indispueta , y descubrí tambien , que no habian visto á la doncella desde el primer dia de la fingida indisposicion de su ama. Todo su quarto estaba desordenado. Registrélo todo , y ví que no faltaba ninguno de sus vestidos. De ello congeturé , que se habia escapado vestida de hombre , y quizá con la misma ropa de su difunto hermano. Con este pensamiento registré su guarda-ropa , y hallé efec-

ti-

tivamente que faltaban dos vestidos, y una parte de su ropa blanca. Entónces ya no dudé de su fuga, en compañía de la doncella; pero no podia dar en qué camino habrian tomado.

Lo primero que hice fué informar á Don Alfonso de mi infortunio. Este opinó que se registrase tambien el escritorio de mi hija. Quiza, dixo, se encontrarán en él algunas cartas ó billetes por donde se congeture hácia qué parte convendrá buscarla; bien que no dudo que, sabiendo donde para Don Diego, habrá ido á buscarlo disfrazada de hombre.

Escudriñamos todas las gabetas del escritorio, pero inútilmente, pues no encontramos cosa que pudiera indicarnos el camino que habia tomado, ni tampoco encontramos ninguna de sus joyas.

En fin, entramos en su alcoba. Don Alfonso, que registraba con ojos de lince, divisó en un rincón un papel, caido sin duda por descuido entre la turbulencia y el temor. Era cabalmente una

carta de Don Diego en que noticiaba á mi hija , que él y su hermano estaban ocultos en Cadiz , baxo los nombres de Fernando y Gonzalo , en la casa de un Comerciante Ingles , llamado Bennet.

Mas de lo que deseabamos tenemos, exclamó Don Alfonso. No hay que vacilar : allí encontraremos á estos amantes. Tomemos postas , que aun llegaremos á tiempo de pedir satisfaccion al matador de vuestro hijo , y al robador de mi esposa.

Las palabras de *matador de vuestro hijo* despertáron en mí toda la cólera , que ya se iba extinguiendo ; y como la evasion de mi hija estaba tan fresca , y yo no dudaba que Don Diego tuviese parte en ella , me dexé llevar de la venganza , de manera que ardia en deseos de tomar satisfaccion de todos tres.

Mandé que al instante nos traxesen postas ; y , aunque nos avisáron que la mesa estaba puesta , era tanto nuestro pesar por la afrenta recibida , que , sin sentarnos , bebimos un poco de vino , y montamos á caballo para llegar á Cadiz quanto

antes fuese posible. Cansamos los primeros caballos , tomamos otros , y caminamos sin parar. A las dos de la madrugada llegamos á un lugarcillo, de cuyo nombre no me acuerdo , y allí refrescamos , y volvimos á mudar caballos.

No habiamos andado dos leguas, quando cayó el de Don Alfonso , cogiéndole debaxo. Oíle gritar , y acudí á su socorro con los criados. Sacamosle del conflicto, pero magullado y contuso. Nos quedaba media legua de allí al primer lugar. Pusimosle á caballo lo mejor que pudimos, pero iba con trabajo. Dexé con él á los criados, y me adelanté para buscar algunos mas auxílios. Efectivamente , al cabo de media legua , entré en un meson , y, valiéndome de una silla de unos viageros, que aun dormian , volví á buscar al lastimado , y le pusimos en una buena cama. Envié á buscar un Cirujano á Alcalá, que no estaba léjos , y , luego que llegó, sangró á Don Alfonso , y le puso sobre las contusiones unos paños de aguardiente ; pero , por mas que se le cuidó , tardó
-19
unos

unos ocho dias en poderse empezar á mover.

Temiendo, en este intermedio, que el accidente de Don Alfonso desbaratase nuestros proyectos, dando lugar á que se alejasen los fugitivos, escribí á Don Guillelmo Suarez, Gobernador de Cadiz, y le envié la carta por un criado antiguo, único sabedor del motivo de nuestro viage. Dada cuenta al Gobernador de la muerte de mi hijo, y de la evasion de mi hija, le suplicaba prendiese á esta, juntamente con el robador y su hermano; y le decia tambien baxo que nombres corrian, el disfraz de mi hija, y como se llamaba el Comerciante, en cuya casa no dudaba yo que estuviesen todavía.

Tuvimos precision de permanecer en Alcalá cerca de tres semanas, antes de que Don Alfonso pudiese continuar el camino. No era menester tanto tiempo para tener respuesta de Cadiz. De un dia á otro aguardabamos la vuelta de nuestro criado, con la noticia de que estaban presos los fugitivos; pero nos vendió el

picaro , pues hasta ahora no le hemos visto. Apénas pudo andar D. Alfonso , quando continuamos nuestro camino , que nos pareció penoso y largo , porque hay cerca de cien leguas desde Sigüenza á Cadiz. Luego que llegamos, me fuy derecho á casa del Gobernador. Díxome que no habia visto criado ni carta. Entónces lo enteré de mi asunto , y concluí suplicándole , que enviase á registrar sin detencion la casa del Comerciante Bennet. Respondióme, que este era hombre muy honrado , y bien quisto en la Ciudad , y que, fuera de eso, no debia la Corte , en buena política, dar motivos de disgusto á los negociantes de una Nacion , que se estaba en el caso de contemplar ; pero que bastaba lo enviase á llamar , pues no dexaria de presentarse.

En efecto, acudió luego el Comerciante. Hablóle el Gobernador en mi presencia ; y él respondió con franqueza , indicio de su verdad , que habia tenido en su casa dos Caballeros tales quales se le pintaban : que se los habia recomendado un

Caballero Ingles, que habia marchado á Londres: que habian estado algun tiempo en su casa con sus criados: que habia cabalmente siete semanas que se les unieron dos Caballeros jóvenes, quienes vivieron con ellos, aunque en habitacion separada: que habia poco mas de un mes que un lacayo, con tal librea (justamente era mi bribon de criado) habia traído una carta al mas jóven de los últimamente llegados: que, leida la carta por todos con la mayor atencion, les habia causado mucha inquietud: que, despues de una larga consulta, fué uno de ellos á preguntarle ¿si habria alguna embarcacion pronta á salir de España para qualquiera pais? que él le respondió, que un navio para Vera-Cruz aguardaba solo viento favorable, y que, si lo conseguia, se haria á la vela al dia siguiente: que, oido aquello, le suplicó el tal, que, sin perder tiempo, contratase con el Capitan del navio el pasage de los quatro con sus criados, que hiciese transportar al instante sus equipages á bordo, que encargase

al

al Capitan que aumentara proporcionadamente sus provisiones ; y que , para el efecto , le puso en la mano una bolsa con cien doblones : que él por sí practicó brevemente la diligencia : que los Caballeros se despidieron de él , se embarcáron , y diéron á la vela al siguiente dia con favorable viento : que , al despedirse , uno de ellos le precisó á que aceptara una sortija (que nos mostró) de mucho precio ; que , con todo , á ninguno de ellos conocia ; y que , por último , no dudaba fuesen personas de la primera distincion , así por lo que pudo congeturar de sus modales , como por sus joyas , y por otras muchas particularidades.

Dimos gracias al Comerciante de lo que nos habia referido con tanta exáctitud é ingenuidad : lo dexamos en casa del Gobernador y nos despedimos. Vueltos á nuestra posada , mandamos que nos diesen pronto la cena , porque necesitabamos descansar. Entretanto me dixo D. Alfonso , que habia ya tomado su determinacion , y que queria seguir al robador , aunque se

hubiese refugiado en el último rincón del mundo. Vos, Señor, continuó, si quereis acompañarme suplirá la justicia de vuestra causa á los años que me llevais; y creed, que bastamos los dos para tomar completa satisfaccion de las injurias que nos han hecho (particularmente á vos á quien han quitado dos hijos) esos dos hermanos, que no tanto lo son por la sangre , quanto por su baxo modo de pensar. Si no quereis acompañarme , aunque mucho mas ofendido que yo , resuelto estoy á partir solo , y á reñir con los dos allí donde los encontrare. En una palabra , nos convenimos en que iríamos á buscarlos juntos. Al dia siguiente, tomamos letras de cambio para todos los Puertos y Ciudades principales de América , á fin de precavernos contra qualquier atraso ú retardo, por falta de dinero. Aguardamos la salida de la flota, que no tardó en hacerse á la vela. Llegamos felizmente á Vera-Cruz, donde supimos que los sugetos de las señas dadas habian arribado allí , y tomado el camino de México, en cuya Ciudad con-

-iii-
fia-

fiamos saciar nuestra venganza, y castigarlos segun la enormidad de sus delitos.

Nos compadecemos mucho del Caballero anciano, aunque allá para nosotros no tuvimos por tan delinquentes á los dos hermanos y á la Dama; pero no nos pareció del caso decir, en presencia de Don Alfonso, cosa que se dirigiese á minorar lo que ellos tenian por el mas horroroso atentado.

Yo me quedé con Don Rodrigo. Ya habia me dixo, la historia de ese Caballero; que antes que nos separásemos, quisiera que me diera algunas noticias de él, y él todavía ignoraba. Encontréme por casualidad en la Vera-Cruz á la llegada de un navio: fui á bordo, y vi en él á los señores que tan generosamente persiguieron nuestros huespedes. Conozco que puede haber de la buena cara y medallas de dos de ellos, y en especial de la hermosa de mas jóven. Pregunté al Capitan si algunos pasajeros traian algunas mercaderias preciosas, y como me respondiese, que solo sus equipages particulares, tuve curiosidad de saber que gentes eran; y tan-

CAPITULO II.

Que el lector podrá pasar , ó no ,

según gustare.

Dadas las órdenes para continuar nuestro viage al día siguiente , se retiraron los dos Caballeros á su quarto. Quedeme solo con Don Rodrigo. Ya habeis oido, me dixo , la historia de ese Caballero ; pues, antes que nos separemos, quiero contaros lo que falta , y él todavía ignora.

Encontreme por casualidad en la Vera-Cruz á la llegada de un navio : fuy á su bordo , y ví en él á los sugetos que tan encarnizadamente persiguen nuestros huespedes. Confieso que quedé prendado de la buena cara y modales de dos de ellos , y en especial de la hermosura del mas jóven. Pregunté al Capitan ; si aquellos pasajeros traian algunas mercadurías preciosas ? y como me respondiese , que solo sus equipages particulares , tuve curiosidad de saber que gentes eran ; y tan-

to mas no viniendo á estos países sino personas empleadas, ó atraídas por el comercio. Para satisfácerme, me acerque á ellos, y, despues de algunas preguntas indiferentes para entablar conocimiento, les ofrecí la casa de mi amigo, de que yo podia disponer, diciéndoles, que estarían incomodadísimos en una posada, lo que ciertamente hubieran experimentado no admitidas las ofertas que les hice.

Para abreviar, las aceptáron con gusto y agradecimiento. Les proporcioné mulas, y los acompañé hasta aquí, donde, á fuerza de súplicas, los reduxe á pasar conmigo algunos dias. Insensiblemente hallé modo de ganar su confianza; y como un dia, entre otros, les manifestase yo cierto anelo de saber que cosa podia haber llevado á unos países, que nadie visita sino por el cebo de la ganancia, á unas personas que se conocia ser de distincion, y que no llevaban miras de comercio; me contó Don Lope su historia, que quadra totalmente con lo que nos ha contado el Conde de Xerez de la amistad de

su hijo con Don Lope. Por tanto, no hablaré de ella, ni de otras circunstancias cuya repetición fuera inútil; pero, en pocas palabras, os haré el retrato de Don Henrique, hijo del Conde de Xerez, tal qual me lo hizo Don Lope.

Era bien formado, y de alta estatura, vigoroso, vivo, quereloso, propenso á la cólera, y ménos prudente que determinado. Afectaba una cierta sencillez, que le era natural. Segun él, tenia mucho de indecoroso para un hombre de honra el ocultar su modo de sentir; y para un hombre de juicio el violentarse, por la impertinencia ó necedad ajena, á lo que al mundo se le antoja llamar *bella education*.

De un modo de pensar tan cinico resultaba, que decia quanto se le venia á la boca, no guardaba medidas con nadie, lo censuraba todo, y ni se las ahorraaba con sus mas cercanos parientes, ó mejores amigos.

Como ninguno gusta de oír verdades, ni de que le reprehendan sus defectos en

público ; y como cada qual tiene derecho para exigir de los otros la misma urbanidad con que los trata, se concilió muchos enemigos. En una ocasion , continuó Don Lope , oí que le dixo á cierto hombre , que le mostró unos versos de composicion suya , y que no le parecian mal (pues todo autor mira sus producciones con ternura), oí que le dixo , repito , que mejor hubiera hecho en exercitar la prudencia para callarlos , que el ingenio para escribirlos ; ademas de que así á él , como á sus amigos , les hubiera agasajado , ahorrandoles una lectura tan propia para fastidiarlos.

Pero debo confesar , prosiguió Don Lope , que sus modales abiertos é ingenuos me han sido muy útiles. Como eramos amigos íntimos , y yo lo amaba como á hermano , no dexaba de temer su censura. Quando nos hallabamos juntos , procuraba estar sobre mí , temiendo no se me escapase decir ó hacer alguna cosa que le diese motivo para censurar ; y como rara vez nos separabamos , me acost-

tumbré insensiblemente á meditar antes de hablar ó de emprender; porque seguramente me hubiera contemplado ménos que á otro ninguno. Lo inferia yo asi de lo que solia decirme, quando queria disculparse de ser tan severo censor: esto es, que él me decia como amigo lo que otros, que no lo eran, no dexaban de pensar, y que me censuraba cara á cara, por mi bien, aquello que los otros censurarian en mi ausencia, con sus amigos y conocidos, para ridiculizarme, y divertirse á costa mia.

Otras cosas mas me dixo Don Lope para darme mejor á conocer su genio, de las quales unas sabeis yá, y otras seria inútil referir. Quando llegó á la narracion del desafio continuó así.—Quedé sorprendido al ver que D. Henrique iba por segundo de Don Antonio, y no ménos lo quedó aquel. Os he acompañado, dixo D. Henrique á Don Antonio, resuelto á reñir por vuestra querella; pero creo que podré volverme sin sacar la espada.—¿Qué es esto? dixo D. Antonio: ¿sois aquel amigo formal,

que se jactó conmigo de tan sincero? Mas bien sois de estos amigos del tiempo, que vuelven la espalda en la ocasion. ¿Es eso mantener la opinion de pundonoroso de que tanto os vanagloriais? ¿Llamais ser hombre de honor el no tener mas corazon que una gallina? ¿Es eso ser Caballero?

Y ¿habrá motivo, interrumpió Don Henrique, que deba impelerme á reñir con un amigo íntimo? ¿A quitar una vida, en cuya defensa perderia yo la mia mil veces?

Aquí no venimos á disputar con la lengua, dixo Don Ramiro. Con la punta de la espada se han de resolver nuestras querellas. Hablando así, se quitó casaca y chupa, y continuó diciendo: he traido conmigo un hombre honrado y valeroso, resuelto á no ser ocioso espectador. Tengo seguridad de que, así como abrazó mi querella, abrazará mi venganza. Don Lope piensa tan noblemente, que no es posible cometa una accion vil, queriendo cubrirla con el pretexto de una frívola
amis-

amistad. Vos, Don Henrique, tened entendido que, si no pierdo la vida, publicaré por todas partes vuestra pusilanimidad: con que así, no os negueis á sostener la alta opinion que he tenido de vos hasta ahora. En ocasiones como estas no quadra bien á un hombre animoso disculparse con el ligero pretexto de ser amigo.

no Picado Don Henrique hasta no mas de tan ofensivas objeciones, me miró, y me dixo: hermano (así nos llamabamos regularmente), ponte al lado mio, y hagamos ver á estos dos Caballeros, tan faltos de razon, quañ peligroso es dudar del valor de un hombre honrado. Sé mi segundo, que yo los convenceré de que Don Henrique no es cobarde.— Replíquele que yo habia ofrecido mi brazo á Don Ramiro, y que no podia, con honor, volver mi espada contra quien habia prometido defender; así como me era imposible sacarla contra él mismo, á quien no pensaba haber encontrado en tal parage.—

Espero, continuó Don Henrique, que no se exigirá de mi la atrocidad de que te

-2108-
mi-

miré como enemigo. Despues, encarándose con Don Ramiro: me habeis insultado, le dixo, de un modo que toca en ultrage: conmigo, y no con Don Antonio, las habeis: preparaos á que midamos nuestras espadas; y, al mismo tiempo, se despojó y sacó la suya.— Replicó Don Ramiro, poniéndose en defensa, que él debía reñir con Don Antonio, que lo habia desafiado. Y vosotros, Señores, que os entreteneis en hablar, dixo mirando á nosotros dos, contentaos con ser mirones inútiles.— Muy bien, replicó D. Antonio; y, para que no hayan venido aquí en vano, aquel de nosotros dos que sobreviere cuidará de presentar á cada uno una rueca, que sienta mejor que la espada en manos de una muger, pues, por mas que parezcan hombres, tienen ménos corazon que las mugeres.

—Basta, Caballeros, dixo Don Henrique, que hablais mas de lo justo. ¡Cruel situacion! ¡Posible es que las leyes dé un vano pundonor prescriban cosas tan contrarias á la naturaleza y á la justicia!

—TOMO I. v Per-

Perdona, querido Lope mio. ¡ Ah, y qué violencia! Preciso me veo á tratarte como enemigo..... Pero, Don Ramiro, dixo volviéndose á él, estad cierto de que, si mi amigo muriere á mis manos, no le sobrevivireis mucho tiempo.

Viniéron á lás manos Don Antonio y Don Ramiro; y Don Henrique se adelantó hácia mí. Comencé á defenderme sin atreverme á darle una estocada.— ¿Cómo es eso? me preguntó: ¿te chaceas conmigo? ¿me tratas como á un niño? no: no: olvidemos toda idea de amistad: dexa de tratarme con ese desden que me insulta.— Le interrumpí diciéndole, quan extraño era que las palabras de aquellos dos ingratos hubiesen podido apagar en él todos los afectos de la amistad; pero en valde, porque ya no obraba en él la razon.— Vamos, vamos, me dixo: mas amo la honra, no digo que mi vida, sino que la de Don Lope.— Continué, á pesar de todo, defendiéndome y retirándome.— ¿Qué haces? me preguntó: ¿temes, Don Lope?— Sí, le respondí; pero no

tanto el morir, quanto el herirte.— Dexemonos de cumplimientos, replicó: haz lo que debes, y no pretendas disminuir el buen concepto que siempre he tenido de tu bizarria.— Nunca me faltará, le repuse, quando se tratare de defenderte; pero no puedo emplearla contra tí.— ¿ Con que eso es decirme, replicó Don Henrique, que me miras como un enemigo despreciable? Pues bien: cuenta que ya no soy tu amigo. Diciendo esto, me tiró, qual desesperado, una estocada, me hirió en un brazo, y, baxando con el mismo golpe mi espada, se atravesó con ella el muslo. Salióle por la herida un torrente de sangre, cayó en tierra, y no pudo decir mas que ¡Ay Dios!.... ¡perdona, querido amigo!.... ¡ruega por mi alma!... merecido tengo..... y acabó de hablar para siempre. Corrí á levantarlo, y exhaló entre mis brazos el último suspiro. En el mismo instante reparé que aquel, cuyo segundo era yo, estaba tendido sobre su adversario, y volé á su socorro.

Ya oisteis del Conde de Xerez las de-

mas

mas

mas particularidades de aquel desgraciado suceso, continuó Don Rodrigo; y así os referiré solamente las que no han llegado á su noticia, y he sabido de Don Lope.—Mi hermano, dixo éste, pudo ganar al Oficial Comandante de la escolta que me conducia. Mil doblones sobre la mano allanaron el negocio; y el Oficial me soltó á la llegada de mi hermano con sus amigos, escapándose por caminos escusados. Supe despues que habian querido procesar al Comandante, pero que habia satisfecho, haciendo á la tropa agresora tres veces mayor que la suya.

—Mi hermano tuvo la precaucion de disponer caballos de refresco. Dió gracias á los Caballeros que le ayudaron á librarme, nos despedimos de ellos, y nos alejamos á carrera tendida. Díxome mi hermano, que habia escrito á un buen amigo, que tenia crédito en la Corte, para que procurase su perdon y el mio; que, sin embargo, iriamos á Cadiz, á fin de que pudiesemos salir del Reyno

prontamente , en caso de no lograr nuestro perdon. Dia y noche caminamos para llegar quanto antes. Allí Conocimos á un Señor Ingles , que venia á Madrid.— Le contamos nuestro suceso , y nos recomendó á un honrado Comerciante de su Nacion , quien nos alojó en su casa. El amigo de Madrid nos daba en sus cartas algunas vizlumbres de esperanza; y por lo mismo continuamos en casa del Comerciante , saliendo poquísimo y con grandes precauciones, hasta la llegada de Julieta , á quien mi hermano habia escrito muchas veces, por medio de un criado fiel.

A pocos dias de estar Julieta con nosotros , nos llegó un lacayo del Conde de Xerez. Primeramente quiso hablar con el amo de la casa , á quien dixo que tenia que comunicar cosas importantísimas á mi hermano y á mí , nombrándonos por nuestros nombres supuestos. Le mandamos entrar en nuestro quarto. Díxonos, que estabamos descubiertos , y que se sabia donde parabamos , y entregó á mi her-

hermano la carta que traía para el Gobernador. Preguntó también por su Señorita, y nos aconsejó la fuga, suplicándonos que le llevásemos con nosotros.—El Conde de Xerez os ha contado lo demás de la aventura. Dichos Caballeros se hallan actualmente en México con la Dama, mientras sus amigos y parientes trabajan en la Corte para conseguir su perdón, y el arreglo de sus negocios.

Don Diego ha instado más de una vez á la amable Julieta para que consintiera en casarse; pero ella ha respondido siempre, que nada haría sin la voluntad de su padre; y que sus obligaciones son primero que sus complacencias. No dexando de confesar al mismo tiempo, que lo quiere para esposo; que no tendrá otro que él; que está pronta á seguirlo á qualquiera parte que fuere; que se le dá poco de quanto digan; y que, mientras nada tuviere que afearse á sí misma, arrostrará con valor la malicia y la calumnia.

Ten-

Tengo correspondencia con ellos, y voy á enviarles un expreso para noticiarles quanto acabo de saber, á fin de que, prevenidos, tomen sus precauciones, y vivan sobre sí. Por lo que hace á Julieta, ya está al abrigo del resentimiento de su padre, y de su último amante, pues se metió en un Convento luego que llegó á México.

Me daríais gusto, prosiguió Don Rodrigo, si prolongaseis el camino quanto fuese posible, divirtiéndoos en la marcha; y como, á vuestra llegada, encontrareis preparada vuestra habitacion, podríais dar posada en ella á vuestros huéspedes; pues quiza, con esto, os será facil precaver alguna desgracia, ó, lo que será muchísimo mejor, contribuir á una total reconciliacion entre ellos. Miétras tanto, no sea que se me olvide, voy á daros, por escrito, las señas de Don Diego. Al entregarmelas, me rogó encarecidamente que no omitiese diligencia para servir á dichos Caballeros, á quienes me aseguró que estimaba de manera que no

-A201

po-

podía ménos de tomar parte en sus cosas.

Al apuntar la aurora del siguiente día partió el expreso. Deciales en su carta, entre otras cosas, que encontrarían en mí un hombre dispuesto á servirlos, de quien podrían hacer total confianza.

Quando se despidió el Conde de Xerez de Don Rodrigo le instó mucho para que recibiera un bello diamante, que se quitó del dedo; pero se negó á tomarlo con tanta firmeza, que no pudo el Conde hacérselo aceptar.

CAPITULO III.

*Relacion de una fiesta extraordinaria,
que no se espera, en el camino
de México.*

Habriamos caminado como unas quatro leguas, quando uno de nuestros mozos de mulas nos preguntó ¿si queriamos tomar algo y descansar antes de llegar á Rinconada, donde habiamos de pasar la noche? Le respondimos, que gustariamos de comer, y despues reposar un poco, hasta que se templasen los ardores del sol, que nos incomodaba mucho. Al instante nos sacó del camino real y llevó hácia un bosquecillo de cocos para disfrutar del fresco á su sombra.

Entre los arboles de cocos hay algunos que llegan hasta ochenta pies de altura: no tienen ramas: el tronco del arbol es derecho como el de un pino; y solo tienen hojas en su mayor altura, de quince á diez y seis pies de largo. El fruto, que

se llama coco, es muy abultado, y su corteza gruesa y sólida, la qual, quebrantada, descubre una carne blanca, dura é insípida, que contiene un licor blanco, llamado leche: dicho jugo es nutritivo, gustoso y refrigerante. Los muchos arboles que habia sombreaban y refrescaban el sitio, porque sus grandes hojas formaban sobre nuestras cabezas un pabellon de hermosísimo verde: agitado el ayre con el movimiento de las hojas aumentaban aquella deliciosa frescura: solo interrumpía el silencio el sordo ruido del ayre, y el mormullo de un arroyuelo, cuyas clarísimas aguas serpenteaban al rededor nuestro. Todo concurría á proporcionarnos un cierto placer campestre, que me representaba en la imaginacion uno de aquellos bosques encantados, cuyas bellas descripciones habia yo leído.

: Callando admirabamos las bellezas de aquel sitio embelesador, quando nos sorprendió súbitamente un concierto de música, acompañado de bellísimas voces, que formaban una armonía tal, que nos

tenia como encantados. Aunque á nadie divisábamos, bien sabiamos que los autores de tan agradable fiesta no podian ser entes aereos. Cesó finalmente la música, y continuamos la marcha.

Nuestros muleteros tiráron un poco hácia la izquierda, y entramos en un bosque espeso, que creimos pudiera ser el parage del concierto que habiamos oido. Dixonos un mozo, que en aquel bosque encontraríamos una venta, cuyo amo se complacería en regalarnos magníficamente. Pero debo preveniros, añadió el mozo, que el ventero es diferentísimo de todos los venteros desolladores de este mundo. Este os dará quanto necesitareis para vosotros y vuestras mulas, os divertirá con excelentes músicas, os regalará deliciosos vinos, y toda suerte de refrescos; mas tened entendido que, si hablais de pagarle, le hareis la mayor afrenta.

Pues ¿cómo hace para sostener el gasto de su casa? preguntó el Conde.— El se lo sabrá, Señor, respondió el muletero: lo que sé es, que tengo un gran tra-

ga-

gadero, y que como y bebo lo que me dan, sin meterme en mas averiguaciones.

Como el bosque era tan espeso no podia caminarse á caballo, por lo qual echamos pie á tierra. Don Alfonso, que no via rastro de casa, preguntó ¿ dónde estaba la venta? Pronto la vereis, respondió uno de los mozos. En efecto, al salir del bosque, vimos tres grandes tiendas. Lleváronnos á la de enmedio, y la primera persona que salió á recibirnos fué Don Rodrigo. Parece inútil decir lo agradablemente sorprendidos que quedamos. Tomó tan bien sus medidas, que, un instante despues de nuestra marcha, salió tras de nosotros, y, por caminos de travesía, se nos anticipó á llegar. Habíalo dispuesto todo el dia antecedente para recibirnos, y lo hizo con magnificencia mas de Príncipe que de Comerciante.

Este es, dixo el muletero señalando hácia Don Rodrigo, el amo de la venta. Creo, dixo el generoso Comerciante, que me perdonareis tres quartos de legua de

rodeo , que habeis hecho por causa mia, en dandoos la disculpa ; pero tambien vereis que he buscado mi satisfaccion propia , prolongándome el gusto y el honor de estar en vuestra compañía.

Don Alfonso le respondió , que lo que hacia era aumentar una deuda , que ya consideraba de dificil pago : que seria necesario que se contentase con su agradecimiento.

Con él , replicó Don Rodrigo , me pagais superabundantemente. Lo que llamais deuda está mas que pagada , si os ha sido grata. Diciendo esto , nos entró en otra tienda colgada de carmesí. Apenas nos sentamos , se presentó un lacayo con un garrafon de agua , clara como un cristal , y fria como la nieve , acompañada de una bótella de exquisito vino. Bebimos con muy buenas ganas , y luego Don Rodrigo nos habló , á poco mas ó ménos , en estos términos.

En todo el camino hasta Rinconada, Señores , no hubierais encontrado parage cómodo para descansar. Rinconada , don-

de

de habiais de haber dormido á la noche, abunda en provisiones, y tiene bella agua, que es un gran artículo para la estacion de este pais. Las posadas no son malas, pero acomete de noche tal cantidad de moscones y zancudos, que no es posible pegar los ojos. El zumbido basta solamente para inquietar al viagero que busca el reposo; ademas de que sus picaduras son insoportables, y á muchos han causado calentura.

A deciros la verdad, he querido ahorraros este mal rato. Me compuse con los muleteros, y, á instigacion mia, los he dado este chasco de apartaros del camino real, y traerós aquí para que yo disfrute aun en esta noche de vuestra buena compañía. Haré quanto pudiere para que no os parezcan largas las horas hasta la de cenar. Con este objeto he preparado una fiestecilla, que creo será muy nueva para el Conde y Don Alfonso. Si partis mañana al apuntar el dia, habreis pasado á Rinconada antes de lo fuerte del calor, y, refrescando en Guataluca, llegareis con
tiem-

tiempo al lugar donde habeis de pasar la noche.

Dió el Conde á Don Rodrigo las muchas gracias que merecia. Poco despues se sirvió una magnífica comida, profusa y delicada. Miétras comimos, estuvimos oyendo una música escogida. Acabamos de comer, y nos llevó Don Rodrigo á otra tienda colgada de damasco amarillo bordado de plata.

Luego que nos sentamos sonó una trompeta. Os he prometido, dixo Don Rodrigo, una fiesta nueva para los que nunca han estado en América. Esta trompeta advierte, que ya mis actores están preparados, y que aguardan solo vuestra presencia. Salimos, y, á pocos pasos, nos sentamos en un parage fresco y sombrío, donde sus esclavos habian dispuesto un banco de cespedes y musgo, cubierto con un rico tapiz persiano. Delante de nosotros habia una mesa llena de toda suerte de exquisitos vinos, varios flascos de cristal con agua fresca, y muchos géneros de almivares y dulces secos en tazones de
pla-

plata. Así que nos colocamos, se nos presentó una tropa de danzantes Indios, que nos divirtió baylando á la moda de su pais. Tanto nos admiró la propiedad, gracia y exáctitud de la cadencia, quanto la agilidad con que executaban las danzas mas difíciles. Acabados los bayles, acudió otra tropa de volatines Indios, que nos entretuvieron mucho con la variedad de saltos y fuerzas, tales quales nunca se vían en Europa. A esta compañía reemplazó otra que representaba unos combatientes, también á la moda Indiana. Se formáron en dos líneas, y empezáron con una especie de danza á la *Pyrrhica*, golpeando con los dardos sobre sus escudos en cadencia, y con arte admirable; pero aquello solo fué un prelude, pues se volviéron á dividir, y empeñáron una batalla en toda forma, siempre acompañados de instrumentos y voces, de música varonil y guerrera, cuyas consonancias variaban segun las diversas acciones. Hubo prisioneros de ambas partes, y remedáron maravillosamente los muertos, y los heridos.

dos. Por último , el partido victorioso, derrotado ya el contrario , quedó dueño del quimérico campo de batalla. Atáron á los prisioneros , y , segun costumbre, fuéron entregados á los Sacerdotes , y á las mugeres para ser sacrificados. Y acabó la fiesta con bayles , al ruido de músicas alegres , y de victoriosos gritos.

Nuestros dos Extrangeros no se cansaban de admirar y de mostrar su complacencia. Hablaron mucho sobre aquel espectáculo , que para ellos tuvo todos los atractivos de la novedad. Sirvióse chocolate , continuamos tomando el fresco hasta que empezó á caer el rocío , y luego nos pasamos á la tienda donde habiamos comido. Pusímonos á jugar á los naypes hasta hora de cenar. Avisó un lacayo que la cena estaba pronta : levantáron una compuerta, que habia á espaldas de la tienda , y se descubrió un pasadizo cubierto , que comunicaba á la otra tienda, para ir á ella sin tomar el sereno , que es dañoso en aquel pais.

Correspondió la cena á la comida. Pa-

samos una noche divertidísima, hasta la hora de acostarnos; y, llegada ésta, fuimos á la tercera tienda, en la que encontramos unas *bamacas*, ó camas suspendidas, aseadas y cómodas, con cortinas de algodón finísimas, en las que descansamos muy bien hasta reir el alva, hora en que nos levantamos. Tomado el chocolate, y alguna friolera mas, nos despedimos de nuestro generosísimo huesped, quien, léjos de admitir las gracias que le dabamos, pretendia tenernos que agradecer. Continuamos nuestro camino, en el que nada nos acaeció digno de contarse. La segunda noche dormimos en Segura de la Frontera, que es un pueblo de unos mil vecinos entre Españoles y Indios.

Viendo yo que mis dos compañeros estaban algo fatigados, y que no podian aguantar el calor excesivo del pais, les propuse que descansaramos un dia; y se lo propuse con tanto mas gusto, quanto yo queria dar, á los dos hermanos de México, tiempo para que tomasen sus medidas, con proporcion á las noticias recibidas

das

das por el expreso de Don Rodrigo. Con este mismo fin mandé á nuestros mozos de mulas que nos desviasen algo del camino real, y que tomasen el de Tlascala, que está mas al N. O. que el que debiamos seguir.

La Ciudad de Tlascala es grande, bien fabricada, las casas de piedra, y pobladísima. De allí pasamos á la Puebla de los Angeles, Ciudad que está á unas veinte leguas de México. El Conde llegó á fatigarse tanto, que nos fué preciso descansar allí ocho dias para que se repusiera.

Despues de Tlascala, el mejor pueblo que encontramos fué Guacocingo, donde dormimos la última noche de nuestro viage. Llegamos á México, y fuimos á apearnos en casa de mi correspondiente, quien nos recibió muy bien; y, como era bastante tarde, nos precisó á pasar la noche en su casa. Al dia siguiente, nos llevó á la casa tomada para mí, en la que mis dos compañeros me hicieron la honra de alojarse, segun me lo habian prometido.

Hay

Hay tantas relaciones, publicadas por Misioneros y viajeros, sobre todo lo perteneciente á la Ciudad y Reyno de México, que seria inutilísimo repetir aquí lo que habreis oido ú leído, sobre esta materia. Ademas de que interrumpiria el hilo de mi historia, que no quiero cortar con digresiones cansadas.

Pasamos lo que quedaba de la mañana en exâminar la casa, y luego convidé á comer á mi correspondiente, quien se retiró acabada la comida. Aproveche del tiempo que nuestros Caballeros dormian la siesta en su quarto para salir; y, con las señas que me habia dado Don Rodrigo, me fuí en derechura á casa de Don Diego y de Don Lope, á quienes, por fortuna mia, encontré en ella.

Recibiéronme con mucha cortesía, y se mostraron agradecidísimos al cuidado que tuvo Don Rodrigo de noticiarles el viage de los dos Caballeros, que tenia yo en mi casa; pero me aseguraron, que estaban determinados y dispuestos á quanto sucediese. Don Lope, sobre todo, me

di-

dixo, entre otras cosas: no puedo ménos de compadecerme del Conde de Xerez, que se ve privado para siempre de la vista de un hijo amado, y que, en lo substancial, era un Caballero de mérito; bien que no sea la mejor accion de su vida el encarnizamiento con que procuró mi muerte. Pero, como eramos amigos íntimos, yo le disimulaba ciertos defectillos; y hasta la misma accion de forzarme á reñir con él la gradué de un punto de honor mal entendido, y hice quanto estuvo de mi parte para conservarle su vida defendiendo la mia. Tan cierto es lo que digo, que él fué quien se mató con mi espada; y su muerte me causó suma pena. Penetro desde luego el motivo del largo y penoso viage de esos Señores. El anciano Conde es valiente como un Cid; y no dudo, que, á pesar de la desigualdad de nuestras edades, tendrá valor para llamarme á un desafio. Yo no he de rehusarlo; pero saldré resuelto á mirar por su vida, así como intenté mirar por la de su hijo; y, en una palabra,

ba, procuraré conservar su aliento como el mio propio. No hará ménos mi hermano con su competidor; pero no tiene las mismas razones para andarse en miramientos. A decir verdad, temo que ese jóven fanfarron se ha cansado en andar millares de leguas para buscar en México una muerte, que hubiera podido esperar pacíficamente en España.

Les ofrecí todos los servicios que dependiesen de mí, en caso de que me juzgasen á propósito para algo. Me lo agradecieron mucho, y me dixéron, que podría darse el caso de que en lo sucesivo me necesitasen.

Luego que los dexé, me fuí derecho á casa. Ví poco á mis huespedes, porque se mantuvieron encerrados en su quarto. Hablaron, miéntras la cena, contadas palabras, y se retiraron luego. Al dia siguiente salieron muy de madrugada, para ir, segun dixéron, á dar una vuelta por la Ciudad, y aun previniéron que, si no volvian á comer, no los aguardasen, porque podria suceder que la curio-

sidad los detuviese mas de lo que creian.

En efecto, ni volviéron á comer, ni of hablar mas de ellos en todo el dia. Empecé á recelar algo, con todo de no imaginar, que, desde el primer dia, hubiesen ido á buscar á sus enemigos, ni ménos que hubiesen dado con ellos tan facilmente. Pero ello es que los encontraron, no se si diga por su fortuna, ó por su desgracia. Sorprehendióme, á la entrada de la noche, el ruido de un coche que paró á mi puerta. Era el Conde que traia herido á su amigo, á quien tuve por muerto. Pidió al instante el Conde un Cirujano. Por fortuna vivia uno junto á mi casa. Vió al pobre Don Alfonso, y le descubrió dos grandes heridas, pero dixo, que no eran mortales. Le aplicó estípticos para estancar la sangre, y practicó todo lo demas conveniente. Pusiéron al herido en una buena cama, y fué poco á poco volviendo del desmayo, causado por la sangre perdida; pero no pudo recobrar tan pronto sus sentidos.

Envióse seguidamente á buscar un Médico

dico, pusiéronsele al enfermo dos asistentes, y se le cuidó quanto fué posible. Ya dexa conocerse la causa de este suceso. Lo dexé reposar, quedóse con él el Conde, y me fuí derecho á la casa de los dos hermanos. El lacayo, que salió á abrimme, me dixo, que ambos se habian refugiado al Convento de Dominicos. Dirigíme alla, y les dixe, que el Cirujano habia declarado, que nada habia que temer en quanto á la vida de Don Alfonso, á quien juzgaban muerto. No les hizo mucho efecto la noticia, y antes la recibieron con frialdad. Ese hombre es tan obstinado, dixo Don Diego, que, aun quando escape bien, temo que no le corrija esta leccion primera. Luego que supe su llegada á Xalapa, dixe que tenia gana de morir en América; y en efecto así se va verificando. Nos desafiáron á mi hermano y á mí; y acudimos puntuales al lugar señalado. Luego que nos viéron, me acometió Don Alfonso enfurecido. Lo mismo hizo el Conde con mi hermano, pero tan repentinamente,

que

que ni le dió tiempo para justificarse, ni para decirle una palabra. Púsose mi hermano en defensa; y qualquiera hubiera dicho, visto su modo de reñir, que mas temia herir á su contrario, que ser herido de él.

Yo no gasté tantos cumplimientos con mi hombre, porque le respondí tan vigorosamente, que, á la tercera estocada, lo derribé en tierra. Seguidamente corrí á separar á mi hermano, quien, mas de una vez, habia ya podido matar al Conde, y terminar sus quejas con su vida.

Así que me vió el animoso anciano, dixo así: demasiados son dos contra uno solo; pero la justicia de mi causa me dará fuerzas contra ambos.— ¡Ay Señor! le repliqué: en nosotros veis dos contrarios, que siempre han admirado vuestras virtudes, y que os estiman y veneran; y, en una palabra, dos contrarios, que, en vez de atentar á vuestra vida, están prontos á sacrificar mil veces las suyas para defender la vuestra. No creais que esperemos de vos sumision ni diligencia alguna que no sea decorosa á un hombre de vuestro

nacimiento y espíritu. Sabemos que un hombre animoso como vos, puede quedar muerto, pero no vencido. Permitid, Señor, que me ponga á vuestros pies para suplicaros que perdoneis á mi hermano una desgracia, que hubiera querido evitar á costa de su propia sangre, y que ha sentido tan amargamente como vos mismo.

Yo por mi parte, Señor, siempre os he mirado con el respeto de hijo, y, mientras viviere, pensaré del mismo modo. Cierto es que vuestra hija, por guardarme la fe jurada, y por huir de un enlace que le era repugnantísimo, buscó en mí un asilo, en mí, á quien vos mismo la prometisteis por esposa; pero tambien es cierto que he sido guarda fiel de su virtud, y que ella ha sido tan zelosa del respeto y sumision que os debe, que hasta ahora no he podido vencerla á que me dé la mano sin vuestra aprobacion.— Escuchóme el Conde con toda la atencion imaginable, y luego dixo: generosos Caballeros, por lo mismo que confesais que no puedo ser vencido, me doy yo mismo por

tal: sí: reconozco que os debo la vida, por la misma razon de que no habeis querido que os la pidiese, ni exigido de mí procedimiento alguno, que fuese indigno de un hombre de honra.

Diciendo esto, arrojó su espada en tierra, y, dirigiéndose á mi hermano, le dixo: desde ahora mismo, Don Lope, quiero creeros inocente de la muerte de mi hijo, á cuya estrella fatal atribuyo su pérdida. Seguidamente nos abrazó á ambos, y nos rogó que nos refugiasemos á alguna Iglesia, asegurándonos que tendríamos pronto noticias suyas. Llamó despues á sus criados, que se habian quedado en el coche, metieron en él á Don Alfonso, á quien dabamos por muerto, y nosotros buscamos inmediatamente asilo en este Convento.

Al dia siguiente, habiendo reconocido el Cirujano las heridas de Don Alfonso, aseguró que no eran mortales, y que sanaria; pero tambien dixéron, que no convenia hablarle ni hacerle hablar; de manera que el Conde y yo pasamos algunos dias

días sin entrar en su cuarto , y nos contentamos con preguntar á menudo por él á los asistentes , quienes nos dixéron , que casi no abria la boca , ni para quejarse, ni para pedir cosa alguna.

Miéntras Don Alfonso se mejoraba , iba el Conde diariamente á visitar á los dos hermanos y á su hija , á quien ya habia perdonado la fuga que hizo de su casa. Se via embarazadísimo entre Don Diego y Don Alfonso , pues realmente habia prometido á ambos su hija , y el último se habia expuesto á un peligroso viage para merecerla , ó vengar la afrenta hecha á su padre y á él , en caso de no haberse podido casar con honor , ó de haberla encontrado efectivamente casada.

Sabia yo que era delicadísimo sobre el punto de honra ; y esto cabalmente aumentaba sus inquietudes. Hablabame de ello á menudo , y buscaba conmigo los medios de quedar á cubierto de toda nota. Mi dictámen fué , que diese su hija á Don Diego , que era á quien primero la habia prometido ; pues la palabra dada á Don

Alfonso era , segun yo , condicional , suponiendo á los dos hermanos delinquentes en lo que substancialmente no lo eran.

Pero el mismo Don Alfonso puso fin á esta perplexidad. Al sexto dia de sus heridas, nos envió recado al Conde y á mí para que pasasemos á su quarto. Nos disculpamos con él de no haberle visitado freqüentemente , alegando la prohibicion de los facultativos. El Médico , que presente estaba , declaró que el paciente habia salido de peligro , pero que era de opinion que hablase quanto ménos pudiese. Preguntóle el enfermo cuándo podria hablarnos largamente , y le respondió , que de allí á quatro ó cinco dias:

Sea en buen hora , dixo el enfermo ; pero entre tanto , continuó hablando con el Conde , hacedme el gusto de decir de parte mia á Don Diego , que le cedo todas mis pretensiones sobre vuestra hija : que ya no soy su enemigo : que le ruego venga á verme luego que el Médico lo permita ; y decidle tambien , que , al mismo tiempo que procuré quitarle la vida , he

vis-

visto claramente que la gracia del Todopoderoso puede, quando es su voluntad divina, trocar en bienes los proyectos formados para los mayores males. Confío en que he encontrado el camino de la felicidad eterna, cuya esperanza me anima á cuidar de mi salud, y acelerar mi restablecimiento; y temeroso de retardar este, si hablo demasiado, no os diré mas por ahora.

Lleno de gozo el Conde, fué al instante á buscar á Don Diego, á quien participó quanto le habia dicho Don Alfonso, y le dió desde luego su consentimiento para casarse con Julieta. Sin perder mas tiempo, fué á buscarla en su coche, y la llevó á mi casa; pero tomó la precaucion de prohibir á todos que hablasen de ello á Don Alfonso, no fuese que semejante noticia le causase alguna conmocion nociva al restablecimiento de su salud.

CAPITULO IV.

*De un mal nace un bien, ó el Diablo
hecho santo.*

Acudiéron puntualmente Don Diego y su hermano á visitar á Don Alfonso el mismo dia que éste les señaló. Acompañados de mí y del Conde , entráron á ver al enfermo , quien ya estaba en bata incorporado en la cama. Luego que vió al que tanto tiempo habia que era objeto de su odio y venganza , habló con él en los términos siguientes:

Perdonad , Señor D. Diego , á un hombre arrepentido de haber obrado contra vos , y procurado vengarse con tanto encono. Desde ahora os cedo cordialísimamente á la Señora Julieta , que he querido tan injustamente quitaros. Ya no soy el mismo. He abierto los ojos , y conocido que esas disparatadas ideas que los hombres se forman de lo que quieren llamar *caso de honra* , no son mas que ilusiones

nes del demonio: he palpado que no hay honra donde se olvidan aquellas santas obligaciones que la Religion nos enseña ser totalmente opuestas á esos quiméricos estilos tan de moda, que causan la ruina de muchísimos; pues, por un humo, por una vana reputacion, se meten en un laberinto de males verdaderos, así en este mundo como en el otro. Nos gloriamos de ser Christianos, y buscamos una gloria falsa en la venganza. ¡Qué contradiccion! ¡Qué absurdo! Esperamos de la bondad y justicia divina recompensas eternas; pero vivimos como si no creyeseamos en la una, ni temiesemos la otra.

Continuó diciendo á Don Diego, que sus heridas le habían abierto los ojos sobre el mundo, y sobre sí mismo; y á esto añadió varios discursos morales y sublimes, sobre la fragilidad de las cosas humanas, concluyendo con hacer su testamento.

Dexo á mis inmediatos herederos, prosiguió, los bienes que tengo en España: estoy resuelto á ser Religioso; de manera,

que,

que , luego que me lo permita la salud , tomaré el hábito en un Convento. A todos os deseo un felicicísimo viage , y muchas prosperidades en Europa , á donde nunca mas volveré.

Goza , Don Diego , en compañía de Julieta quantas felicidades podeis apeteer. Deseo á todos en general , y en particular á esta Dama , á su padre , y á vuestro hermano , una vida sosegada y feliz..... Siento que los esfuerzos hechos para hablar me han debilitado algun poco , y necesito de reposo : llevad , pues , á bien que os pida me dexeis solo para tranquilizarme.

De allí á tres semanas , quedó Don Alfonso completamente restablecido. El Conde , que se vió sin obstaculos para el casamiento de su hija , señaló dia , y se celebró con la mayor magnificencia. — Al dia siguiente de las bodas , envió Don Alfonso á llamar al Prior de los Dominicos. Es á saber , que Don Alfonso habia recibido de mi mano aquella mañana misma doce mil duros , sobre buenas letras de



cambio para España; pues, como yo habia vendido todos mis géneros, me hallaba con dineros para comprar otros; y esto me determinó á tomar su letra, quando me pidió la cantidad dicha.

Regaló ocho mil duros al Convento de los Dominicos. Me precisó á que aceptara mil; y distribuyó otros tantos en obras de caridad. Ordenó todos sus negocios en la mejor forma, y entró en el Convento de los mencionados Padres, donde hizo una vida retiradísima, practicó exemplarmente todas las virtudes christianas, se mortificó con la mayor austeridad, y murió, al cabo de siete años, en opinion de Santo.

Poco tiempo despues, partió el Conde para España con su hija, Don Diego y Don Lope. Tuviéron feliz viage; y aquel generoso Señor me envió, á la vuelta de la flota, un presente considerable de aceyte, y otro igual á Don Rodrigo.

No habia yo emprendido el viage de México solo por tomar el ayre y pasearme. Me informé con puntualidad de lo perteneciente al comercio de lo interior del

del pais , para no estarme con los brazos cruzados miéntras me llegaban los géneros que aguardaba de Europa , y sacar de mi capital el mayor provecho posible , y en ménos tiempo , para regresar quanto antes á mi patria.

Habia yo notado que muchos Indios ricos hacian un buen comercio trayendo á la Ciudad cera , algodon , seda , miel , azúcar y cochinilla. Conocia yo á uno de sus Buhoneros , á quien habia vendido , en varias veces , valor de mas de seis mil piezas de á ocho. Procuré estrechar amistad con él , y lo conseguí facilmente.

Un día que le hice algunas preguntas sobre el comercio interior del Reyno , me dixo , que si queria hacer el gasto de comprar mulos para transportar mis efectos mas adentro del pais , podria ganar un cincuenta por ciento mas que en la Ciudad , y que , trocándolos con cueros , pieles y otros efectos , ganaria mucho en México , á no ser que quisiese mas enviarlos á España. Este modo de negociar , continuó , parece tan poca cosa , que ningun

Comerciante Español se baxaria á hacer semejante trafico; y por lo mismo nunca creerian que un Comerciante en grueso, como vos, se metiese en tales menudencias.

Reflexioné sobre ello. Vi que mi único objeto en aquel pais era ganar dinero, y que á este fin, dexando á parte vanidades, debia dirigir todas mis especulaciones. Tomé por último mi partido, y le pregunté, ¿ si querria hacer el viage conmigo, ó á lo ménos proporcionarme algun Indio honrado en quien pudiese yo tener confianza total? Respondióme, que él mismo iba con los géneros que yo le habia vendido, y en compañía de algunos otros Comerciantes, á Oaxaca; y que así, si queria proveerme de mulos, tendria mucho gusto en acompañarme, tanto mas no teniendo que hacer para ello sacrificio alguno, pues lo que me habia comprado aun no era la decima parte de lo que se necesitaba en aquella Ciudad y sus cercanias.

Fieme de lo que me dixo, compré veinte mulos, y me puse con él en camino.

La experiencia me acreditó su verdad. Salí de todos mis géneros por via de trueque, porque me tenía mas cuenta. Adquirí una porcion de hermosos caballos, criados en el valle de Oaxaca, que son los mas famosos del pais; y, entre cueros y otros efectos, cargué como unos treinta mulos, pues habia comprado diez mas, y vendí mis caballos con el ventajoso provecho de un treinta por ciento.

Como mi Indio queria internarse mas en el pais, y yo volverme, me recomendó algunos muleteros, cuya fidelidad conocia, y que efectivamente fuéron buenos criados. Ibane tan bien con aquella especie de tráfico, que no hacía otra cosa que cambiar las mercaderías, que me llegaban de España en cada flota, por otras que enviaba. Verdad es, Señores, que los Comerciantes se burlaban algo de mí, y allá entre ellos me llamaban *Bubonero* ó *Arriero*, pero sus burlas no me perjudicaban, y mi tráfico me producía grandes ganancias. A parte de esto, como mis negocios eran mas breves, tambien se abreviaba el tiempo

po de mi permanencia en América. Y por último, yo no quería dexar imperfecta mi obra, esto es, en buen Castelló, que quería juntar mucha plata.

Al quarto viage que hice á Oaxaca llevaba ya ochenta mulos cargados con géneros de Europa. Tan bien me salió la cuenta, siendo buhonero, como me llamaban los Comerciantes Señores, que no quise volver á vender mas en la Ciudad de México.

Luego que el Obispo de Oaxaca supo mi llegada con tantas mercaderías de Europa, venidas en la flota de Vera-Cruz, me envió á llamar. Acudí inmediatamente. Díxome su Ilustrísima que necesitaba una buena partida de galones de oro y de plata. Cabalmente los tenía; y aquel buen Prelado empleó ochocientos duros para los ornamentos de su Iglesia.

Miéntas tratábamos de la venta, noté que el Obispo me exáminaba cuidadosamente, como queriendo acordarse de donde me habia conocido. Escogidos los galones que quiso, mandó á su Mayor-
do-

domo que me pagara, que me combidara á comer, y que me entretuviera hasta que se retirasen las gentes que comian con su Ilustrísima.

Luego que el Mayordomo me intimó la orden de su Ilustrísima, empecé á caer en que su cara no me era totalmente desconocida, bien que no pudiese acordarme de donde la habia visto.

Retirados los conmensales de su Ilustrísima, me llevaron á su quarto, y aquel Prelado me mandó sentar. Hizo señas al Mayordomo para que nos dexara solos, y, estándolo ya, me habló en estos términos. Me parece, Señor Scipion, que sois ya mas hombre de bien que lo erais quando robasteis al Arzobispo, y descerrajasteis el arcon de aquel pobre hombre Baltasar Velazquez, mercader de paños en Córdoba.—Ilustrísimo Señor, le dixe, supuesto que V. S. Ilustrísima está tan bien informado de las locuras de mi juventud, no dudo que lo estará igualmente del motivo que me incitó á ellas, ni tampoco dudo que me disimulará algo en fa-

vor de los pocos años que yo tenia entonces. No es esto pretender (Dios me libre) disminuir la enormidad de mis culpas: me he arrepentido de ellas firmísimamente, y procurado la restitucion, haciendo muchas limosnas, ya que de otra manera no he podido reparar el mal á quien se lo causé.

Sé, replicó el Obispo, que fuisteis impelido; y como forzado, á robar al buen Baltasar, por aquel desalmado de Gaspar su hijo; pero quando cargasteis con las joyas del Arzobispo, fué tan solo arrastrado por vuestra natural inclinacion á robar. Bien que, si, como decis, os habeis arrepentido, y hecho la debida restitucion, os habrá Dios perdonado; y en tal caso ¿qué criatura humana se atreverá á hacer reflexiones sobre el pecador á quien Dios ha mirado con ojos de misericordia?

Pero decidme, continuó el Obispo, mudando de conversacion, ¿sabeis qué se ha hecho aquel malvado parricida de Gaspar? —Corriéron voces, respondí, de que se habia convertido, y tomado el hábito

en los Cartujos de Sevilla. Si todavía vive, espero que las penitencias y mortificaciones le habrán conseguido, de la bondad infinita del Todo-poderoso, el perdón de unos delitos, no tanto procedentes de mal corazón, ó de natural corrompido, quanto de las malas compañías, que por su desgracia tuvo. Pero, si acaso ha muerto, espero también que aquel Señor, que abrió los brazos al buen ladrón, le habrá recibido en el número de los suyos.

Por el cristiano lenguaje que usais, repuso el Prelado, conozco que estais sinceramente arrepentido de los desbarros de vuestra juventud. Por lo relativo á Gaspar, os diré, que, habiendo reconocido con horror la enormidad de sus extravíos, se hizo efectivamente Cartujo, como os lo han dicho, y no tuvo ya mas objeto sobre la tierra que lavar sus pasadas iniquidades con lagrimas de penitencia; porque las lagrimas que un corazón contrito envia á los ojos, que desprecian todos los objetos de esta vida pa-

sagera y terrestre, tienen eficacísima virtud para limpiar nuestras almas de toda mancha.

Al cabo de tres años de profeso, le mandó el Prior, satisfecho de su conducta, que estudiase Teología, y encargó á un docto predicador del Convento, que le dirigiese en sus estudios. Diez años seguidos empleó en esta ciencia sublime, sin dexarla mas tiempo que el destinado á los oficios, y á las obligaciones piadosas de la Comunidad. Acabados sus estudios, fué nombrado Predicador, para alivio de los antiguos.

Fray Gaspar tuvo la felicidad de predicar algunos sermones, que, por la gracia de Dios, gustáron, y tocáron los corazones de la mayor parte de sus oyentes.

A los siete años que exercitaba este ministerio, fué enviado por el Prior á Roma á tratar negocios del Convento con el General de la Orden, y se le dió por compañero á un hermano lego.

En las cartas que llevaba para el General lo recomendaba el Prior como un buen

buen Religioso , cuyos sermones tenian la necesaria uncion para el provecho de las almas.

El General habló de esto al Papa , y su Santidad quiso oirle. Tuvo Fr. Gaspar la fortuna de gustar al Santo Padre, quien no solamente le dió su aprobacion , sino aplausos y elogios por el modo de predicar la palabra de Dios. No le fué dificultoso , despues de tan buen éxito , conciliarse la estimacion del General : logró despues facil entrada en el Vaticano , y el Pontifice le dió muchas audiencias particulares , y expidió órdenes para el pronto despacho de los negocios á que el Prior le habia enviado á Roma. Apénas quedaron evaquados á satisfaccion suya , quando el Papa lo sacó de su Orden , y destinó á las Misiones de México , nombrándole Obispo de Oaxaca , donde ahora tiene la complacencia de ver y de abrazar al Señor Scipion , y de rogarle que olvide las malas acciones á que lo induxo , y de darle millones de gracias por haber sido único instrumento de la salvacion de su

-119 al-

alma, como lo espera de la misericordia divina, mediante el Redentor del mundo. Si: cierto es, continuó: el Obispo de Oaxaca mira al Señor Scipion como causa principal de sus felicidades, por la prudencia que tuvo de dar parte á su padre de la horrible intencion de atentar á su vida: intencion tan negra y abominable, que, á pesar de su íntimo arrepentimiento, no puede pensar en ella sin horror y execracion.

Y Diciendo esto, me abrazó cariñosamente, y con sus lagrimas humedeció mis mejillas. Yo le apreté tan estrechamente, y me sentí tan conmovido, que apenas puede decir: ¿es esto verdad? ¿Posible es que soy festigo de semejante mudanza?

Algo vuelto en mí de tan inesperado suceso, pedí á su Ilustrísima noticias de su familia. Dixome, que mi antiguo buen amo había llegado hasta una edad muy avanzada: que su hermana había casado con un Comerciante rico: que disfrutaban de todo su patrimonio, cedido por él quando tomó el hábito; y que, desde

entónces, se habia enteramente desasido de las cosas mundanas. Finalmente, que no tanto se miraba propietario, quanto administrador de las rentas de su Obispado, de las que no podia gastar mas que lo simplemente necesario para su manutencion, y las necesidades de su Iglesia; y que no pensaba en juntar mas tesoros que los que ni perecen, ni están sujetos á alteracion alguna.

Quiso el Prelado que le contase mi vida desde nuestra separacion hasta entónces. Hízelo con aquella puntualidad que me permitiéron el poco tiempo y mi memoria. Me convidó á cenar con él, y dispuso que estuviésemos solos.

Al despedirnos, me prometió servirme en quanto pudiese. Así lo cumplió en lo sucesivo. Estaba amado y venerado en su Diócesis, porque en él veian piedad sólida y natural, hospitalidad generosa, caridad humilde, y sobriedad sin afectacion. Todas estas virtudes, unidas á su atractiva afabilidad, le ganáron de tal suerte los corazones, que, por medio de su protec-

teccion , me vi casi enteramente dueño de todo el comercio de la Provincia de Oaxaca.

Facilmente comprehendereis quales serian mis ganancias , si considerais que tiene aquella sola Provincia trecientos y cincuenta Lugares , proporcionado número de Aldeas , y ciento y sesenta Conventos de hombres y de mugeres. Todos se proveian , casi en mi casa sola , de los géneros de Europa. Me vi obligado á establecer varias escalas , almacenes y factores en diferentes pueblos , y á mantener quatrocientos machos casi siempre en movimiento.

A mi vuelta del tercer viage que hice á México, tuve noticia de la llegada de la flota, que me traia abundante provision de aceyte , género muy buscado entónces en el pais , y que seria despachado ventajosísimamente ; de manera que mi factor de Cádiz no podia haberme enviado cosa mas oportuna ; bien que por eso lo hizo, habiendo sabido que era el género de que ménos habia cargado la flota.

En-

nois Envié las bestias necesarias para arrastrar con todo. Yo tomé la posta , y llegué á tiempo de ajustar , á precio cómodo, quanto aceyte venia á bordo , antes de que nadie supiese la falta que de él habia en lo interior de las Provincias. Con aquello quedé exclusivamente dueño de la venta. La ganancia fué tanto mayor quanto que lo vendí á como quise. Hacia ya mis cuentas de que un par de años me bastarian para enriquecerme de aquel modo, aun mas alla de mis deseos.

¶ Pero hay arriba una soberana inteligencia , que cuenta de otro modo que nosotros. Me sucedió la desgracia de perder valor de sesenta mil duros en el siguiente viage de la misma flota; porque una borrasca la dispersó, y la embarcacion , cargada con mis géneros , fué apresada por un Corsario Holandes.

ob Conocí visiblemente el dedo de Dios en este descalabro , pues lo perdido era justamente lo excedente del precio ordinario á que , con mi monopolio , habia yo vendido los aceytes , aprovechándome de
la

la escasez. Por tanto hice firme resolución de nunca mas procurar mis provechos con perjuicio de los otros.

Vivia yo de manera , que mis negocios, aunque me ocupaban , me entretenian ; y así no experimenté disgustos ni fatigas en mis viages. Jamas perdí de vista mi principal , ó mas bien , mi único objeto. Desde aquel tiempo fuéron mis negocios viento en popa , y el cielo bendixo mis empresas. No puedo atribuir favor tan singular á otra causa que á la escrupulosa atencion con que cuidaba de no defraudar á los pobres , á quienes voté, al entrar en el comercio, la distribucion del diezmo de mis ganancias ; y fuí tan puntual en cumplirlo , que nada cercenaba aun quando perdía : verdad es que mis pérdidas no merecen nombrarse , exceptuando la que he referido.

Apénas llegué de Vera-Cruz , quando fuí llamado por el Virey, que deseaba hablarme. Díxome , que el Obispo de Oaxaca me habia recomendado á él poderosamente ; y que me habia pintado como

un hombre honrado y justo , á quien podia conceder su proteccion ; por lo qual me aseguraba que se complaceria de mostrar quanto caso hacia de la recomendacion de tan digno Prelado. Dí humildes gracias al Señor Virey, y me despedí igualmente contento que agradecido.

Como solo me ocupaban vastas ideas de ganancia y de provecho , dexo á vuestro discurso si sería lerdó en obsequiar al Virey. Siempre me recibió de manera, que yo mismo me admiraba. Con ménos habia sobrado para despertar la envidia de algunos que me miraban con imperioso desden ; y aun hubo quien se cegase tanto , que buscó ocasiones de insultarme y ridiculizarme. Su Excelencia lo advirtió, y, por lo mismo , me recibió en adelante con mayores distinciones. Una mañana, entre otras, que estaba en su Corte , con muchísimos otros , me llamó y llevó privadamente á su gabinete.

un hombre honrado y justo, á quien po-
día conceder su proteccion: por lo qual
me aseguraba que se cumpliría de mos-
trar quanto caso hacia de la recomen-
dacion de tan digno Príncipe. Di humil-
dades al Señor Virey, y me despedí igual-
mente contento que agraciado.

Como solo me ocupaban vastas ideas
de ganancia y de provecho, dexé á vues-
tro cuidado el seris leido en oducular al
Virey. Siempre me recibí de su manera,
que yo mismo me acordaba. Con ménos
había cuidado para despertar la envidia
de algunos que me miraban con impetoso
ojo; y aun hubo quien se cegase tan-
to, que pasó ocasiones de insultarme y
ridiculizarme. Su Excelencia lo advirtió,
y por lo mismo me recibí en adelante
con mayores distinciones. Una mañana,
cuando estaba en su Cámara, con
muchos otros, me llamó y llevó pri-
vadamente á su gabinete.

GENEALOGÍA
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.